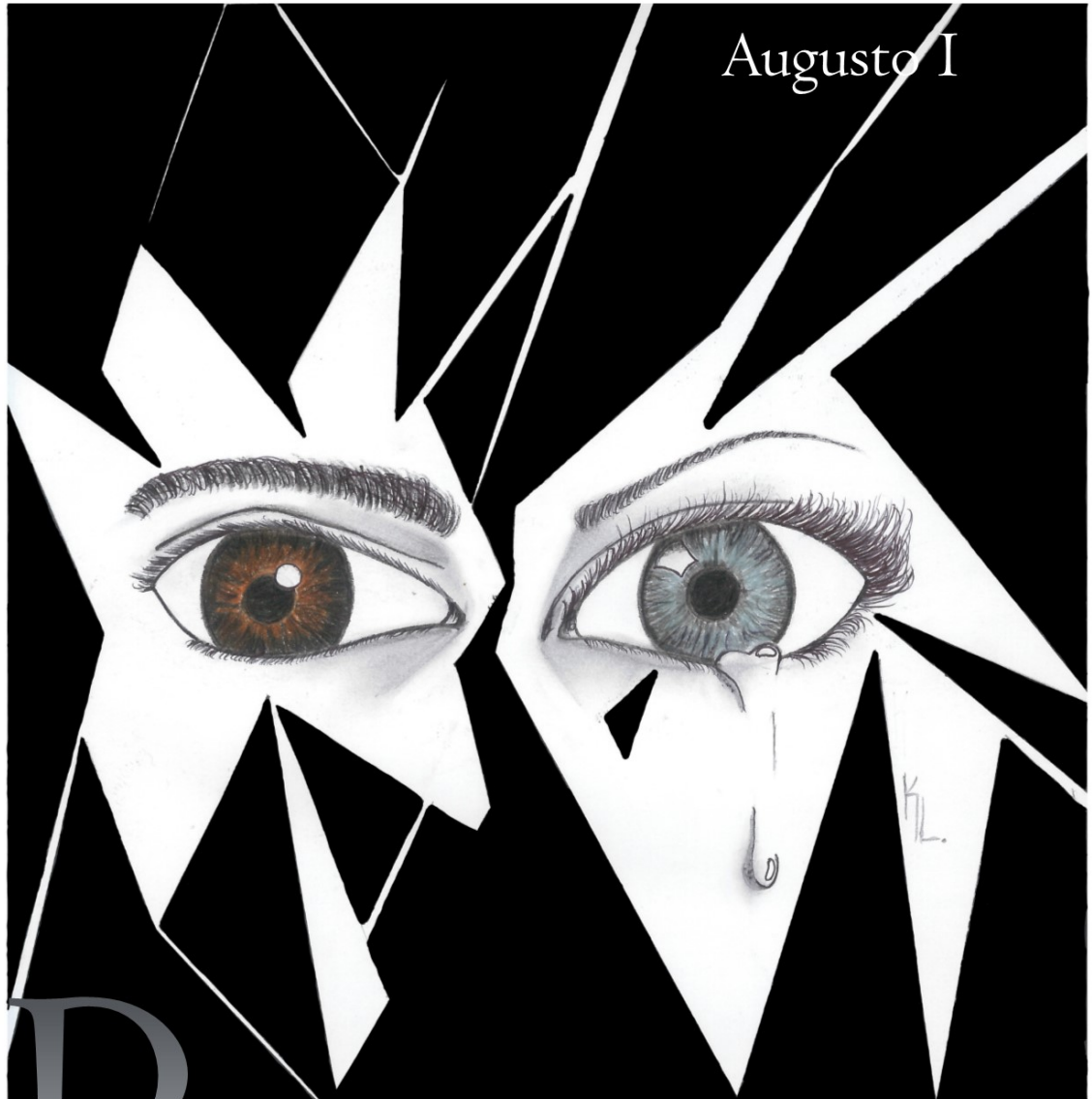


PRIMORDIALES

Abdiel Augusto Patiño Iglesias



PRIMORDIALES

Capítulo 1

- I -

LA CHICA DE LA VALLA

Izan tenía una obsesión por ella, por la chica de la valla; era tan profundo su delirio que cierto día se detuvo a unos metros del aviso publicitario y lo fotografió para la posteridad. No tenía idea de su nombre ni de su procedencia, pero desde que fue levantada aquella valla que promocionaba un proyecto residencial de playa para multimillonarios, donde la chica develaba sus bellos ojos grises, su negra cabellera y su piel trigueña rociada de agua de mar, resaltada por la tonalidad de la arena y el brillo del sol; se ensimismó con ella. Su mirada era profunda, atrayente, casi tierna. Sentía que ella era capaz de meterse dentro de él cada vez que sus ojos chocaban frente a frente, a veces desde el laboratorio de física, otras tantas desde la cancha deportiva, donde ocasionalmente se jugaba fútbol, béisbol o se practicaba cualquier disciplina de atletismo que el terreno permitiera. Jamás, en sus 21 años de vida, había visto chica tan bella.

Habrían pasado unos 7 meses desde la instalación del anuncio, cuando Ednar, su mejor amigo, a la salida del campus, a unos metros de la esquina norte del cuadro deportivo, desde dónde se apreciaba la valla, le insinuó que la buscara. Total, no debía ser tan difícil, bastarían un par de llamadas para, por lo menos, dar con el nombre de la empresa publicitaria y, consecuentemente, con el de ella. Pero Izan tenía un serio defecto, abrumadora condición que le afectaba en cualquier campo de su vida diaria: inseguridad. No se sentía lo suficientemente capaz de muchas cosas, y entre esas, tan siquiera el pretender encontrar a una chica que vendía con su bello rostro un proyecto exclusivo para igual tipo de clientes. Para él estaba más que claro que ella, lo más probable, pertenecía a un nivel social distinto, ya que para tal clase de anuncios publicitarios no seleccionan a cualquiera. Debía ser modelo o contar con experiencia, de seguro hasta con uno de esos apellidos rimbombantes, o bien, hija de una pareja profesional de alto nivel, de esas que siendo de clase media, se codean con el mundo de los acaudalados o figuras de importancia social, incluso pública.

De lo que sí era capaz Izan, era de inventarse los probables obstáculos antes de haber tan siquiera empezado el recorrido.

Pero Ednar sí tenía esa cosa que a su amigo le faltaba, y para rematar, la complementaba con una alta dosis de extroversión. A él ya se le contaban, por lo menos, tres novias formales – si es que se le puede llamar así a esos noviazgos que duran no menos de seis meses –, así como otras tantas aventurillas ocasionales, frutos de alguna salida a una

discoteca, bar o fiesta universitaria. Por su lado, a Izan solo se le contaban sus enamoramientos platónicos e intentonas fallidas por caminar la senda del amor juvenil. Así, Ednar no cesó de insistirle en atreverse a dar con el paradero de la desconocida; es más, ni que el interés fuera propio, se atrevió a tomar acciones en ese sentido y ponerle la información en bandeja de plata a su amigo.

Una mañana, en una de las horas libres de la jornada, mientras Izan se enfrascaba en resolver una complicada tarea de la cátedra de mecánica, un golpetazo en el escritorio lo sacaría de concentración. La mano derecha de su amigo se apoyaba sobre un trozo de papel. Levantó la mirada y notó que una sonrisa petulante se dibujaba en su rostro, parecía ser portador de la panacea para el peor de los problemas, que justamente no era su tarea de mecánica. Era para el otro, el de su falta de determinación para buscar a su nuevo amor plantónico, ese de enigmático rostro, ojos grises, piel trigueña y negra cabellera: la chica de la valla.

"External Thinks" era el nombre en mayúscula cerrada escrito sobre el papel, al lado de un número telefónico. Inesperadamente, recibía los datos de la agencia publicitaria responsable del anuncio publicitario; su amigo lo había conseguido de la manera más sencilla. Solamente bastaron un par de llamadas a la empresa dueña del proyecto, haciéndose pasar por un empresario muy fascinado por la publicidad del residencial de playa, afanado por saber qué agencia había desarrollado tan atractiva e interesante campaña. Y así fue, en una segunda llamada le dieron los datos.

El primer paso estaba dado.

Pero, ¿Izan se atrevería a llamar? Y de hacerlo, ¿qué preguntaría? A pesar de ser considerada una persona inteligente, en ese momento, no se le ocurría para nada qué hacer con la información. Sin embargo, a su amigo sí; él podía maquinar en cuestión de minutos alguna rara invención para conseguir que en la publicitaria le facilitaran los datos de la modelo. Sencillo, llamar y hacerte pasar por un agente independiente o el dueño de alguna empresa buscando los servicios de una modelo como la chica de la valla para su campaña de mercadeo; o simular ser un buscador de talentos para espectáculos y programas de televisión local o internacional. Cualquier cosa podía salir de la mente de Ednar en favor de su amigo.

Y Izan se atrevería, pero no a hacer él directamente la llamada, sino a ser partícipe de la artimaña. Culminada la jornada, se retiraron a casa de Ednar; desde donde se haría el contacto. Una señora, con tono muy amable, atendería el teléfono.

– External Thinks, a su servicio. Maribel le atiende.

– Buenos días. Le habla Osman Guzmán, agente de Ricord Recruitment.

Ricord Recruitment respondía a una de las empresas de reclutamiento y colocación de talentos más importantes del país, mientras que Osman Guzmán era uno de los contactos directos que aparecía en la página web de la compañía. Ednar debía estar seguro de lograr su objetivo sin levantar sospecha alguna, de lo contrario sería un desastre total.

– Buen día licenciado Guzmán. Un gusto. ¿En qué puedo ayudarle?

Ednar ajustó un poco más su tono de voz y continuó.

– Maribel, ¿cómo está? Mire, necesito su ayuda con algo muy importante. Espero esté a su alcance.

– Dígame, a ver qué puedo hacer.

– Ustedes hicieron la campaña publicitaria de un exclusivo proyecto de playa llamado El Mirador.

– Por supuesto – asentó Maribel, en tono risueño.

– Sucede que la modelo que emplearon en las vallas publicitarias responde al perfil que estamos necesitando para un cliente de una empresa importadora de fragancias.

– Entiendo.

– ¿Habría algún problema con que me ayudara a localizarla? Le reitero, Maribel, es algo muy importante y agradecería enormemente su ayuda.

Izan observaba y escuchaba a su amigo con tal nivel de abstracción; y es que le resultaba casi imposible canalizar la facilidad con la que éste podía maniobrar con su léxico, sin titubear en ningún momento, con ese sagaz tono que rayaba casi que en la coquetería. ¿Quién podría negarle algo?

“Ajá, ajá... Ajá”, eso fue lo último que el chico articuló antes de despedirse con un “muchas gracias, mi vida”, lo que impactaría aún más a Izan.

– Listo Iz – como él le decía –, en 10 minutos tengo que volver a llamar y tendré la información.

– No me jodas, Ednar. ¿En serio?

– En 10 minutos tendré los datos de tu chica de ojos grises.

Ednar se acercó a su amigo, lo tomó del suéter y lo miró fijamente, con

un sesgo de seriedad no muy común en él.

– Pero júrame que no me he puesto en toda esta vaina por ti, para nada... Irás a conocer a esa chica, así ella te de una patada y te mande por un tubo.

Izan tragó en seco, sus temores, esa pléyade de dudas acerca de sus propias capacidades y energías, se preparaban para esbozar una diversidad de escenarios probables, pero contradictorios a sus verdaderos intereses y quereres. “Pero, y si...”

– Júralo, Iz.

No tuvo tiempo para pensar, la presión de su amigo lo obligó a vaciar su mente de eventuales contraposiciones y afinarse hacia lo que realmente importaba en ese preciso momento.

– Está bien, iré por ella.

– ¡Iremos! No creas que voy a perderme la acción.

10 minutos después Ednar reiteraría la llamada y la magia se consumaría. Laia Versailles era su nombre; y el corazón de Izan se agitó.

Capítulo 2

- II -

OJOS GRISES

Izan había soñado con la chica de la valla varias veces desde que la vio por primera vez y empezó a quererla y, muy sublimemente, desearla. Fueron varias las ocasiones en las que se creyó convencido, o más bien, comprendido, en el hecho de que aquellos ojos grises le agitaban algo muy dentro, algo que no había conseguido ninguna de sus previas ilusiones escolares y universitarias. ¿Y quién lo supondría?, ahora tenía en sus manos su nombre y un número telefónico; suficientes datos para conocer, por lo menos, el tono de su voz, que imaginaba tan suave con el de la más emblemática de las melodías. Pero aún no se decidía a llamarla. ¿Qué le iba a decir?, ¿quién era él para atreverse a contactarla; para querer conocerla porque se había enamorado ciegamente de su foto en una valla publicitaria? Más Ednar no esperaría, en plena cafetería de la universidad, al día siguiente, lo tentaría.

– Llama de mi teléfono, por lo menos escucharás su voz y tal vez eso te ayude a atreverte y dejar las pendejadas... Eres muy... Rayos, hombre; no quiero insultarte; pero a veces no me puedo creer que seamos tan amigos.

Izan soltó una leve risotada antes de responder.

– Lo que sucede es que somos diferentes, he ahí el asunto. Si fuera muy parecido a ti, seríamos una simple dupla de pendencieros, acosadores sexuales y cosas similares... Te aburrirías de la competencia inmediata.

Ednar rompió en carcajadas, pero no cesó en su pretensión de que su amigo hiciera la llamada. Le puso el teléfono celular en la mesa.

– Marca el número y por lo menos escuchemos.

Pasados algunos segundos de duda, Izan pondría por delante algo de determinación por alcanzar un cometido sin medir tanto las probables vicisitudes y sus consecuencias; pero del otro lado, un mensaje con una grabadora que informaba que la línea estaba inactiva, sería lo único que escucharían.

– Rayos, tanto afán para nada.

– ¿Será que se equivocaron con el número que te dieron?

– No lo creo, se tomaron tiempo para ubicarlo en sus registros... ¿Y ahora qué?

Izan miró a su amigo con un atisbo de discernimiento, pero no introspectivo; buscaba entender exactamente lo que él esperaba escuchar.

– ¿Y ahora? – insistió Ednar.

– Pues iremos a donde supuestamente debe estar – espetó con inesperada seguridad.

– ¿Cómo dices?

La noche anterior, en su habitación, en un departamento que compartía con dos estudiantes, a unos 30 minutos de la universidad, Izan hizo lo que cualquiera como él haría, investigar desde la clandestinidad, donde no se requiere cavilar sobre el qué decir o hacer; desde donde no es necesario interactuar, sino simplemente observar. Sentado en la cama, recostado a la pared, con la televisión encendida a bajo volumen, pasando un filme de suspenso al que solo le prestaba la suficiente atención para comprender la trama, aunque no la profundidad del argumento; hurgaba en las redes sociales desde su computador personal. Ahí, con no mucho esfuerzo, dio con las cuentas de la chica de la valla; pero estaban bloqueadas, solo eran accesibles para quienes ella aceptara como sus amigos o seguidores. Solamente tuvo acceso a algunas fotografías y el perfil público; no obstante, para su suerte, uno de los datos le serviría para reorientar su búsqueda ahora que el número telefónico era inviable.

– Tengo el nombre de su universidad. Y si no es información falsa, ahí averiguaremos algo... ¿Nos fugamos unas cuantas horas mañana?

– Sabes que no tengo problemas con eso.

San Eustaquio es una universidad donde asisten estudiantes de alto perfil social, de familias acaudaladas; no de las más ricas y poderosas, pero sí de esas que administran grandes negocios, empresas y oficinas de servicios, cuya facturación brinda a sus asociados, los suficientes ingresos para darse una gran vida. No hay que olvidar que dentro de la clase alta también hay subclases, y los estudiantes de San Eustaquio son hijos de las familias de la subclase media, para decirlo de una manera plausible.

A la mañana siguiente, el par de amigos se apostó a las afueras del campus saneustaquiano, muy dudosos de acceder. A pesar de su carácter, Ednar sabía que adentrarse en ese mundo no resultaba sencillo; los saneustaquianos son de otro entorno, con otra forma de hablar y de hacer las cosas; pero Izan, en ese caso, pensaba diferente. Los saneustaquianos podían ser superiores económicamente y verse como una clase especial

de personas, miembros de una sociedad alterna a la del común de los mortales; pero no dejaban de ser eso: gente. Y si son gente, no debe ser tan difícil caminar entre ellos y encontrar a Laia Versalles; y si no, obtener alguna información sobre ella.

Con Izan adelante, la dupla ingresó al campus. En principio dieron una caminata por los alrededores, observando, pretendiendo que la buena fortuna les permitiera dar con Laia; pero así de sencillas no son las cosas, la vida no es tal cual, en la inmensa mayoría de las circunstancias. Unos 20 minutos después, y luego de recorrer todas las áreas públicas accesibles, cafeterías y el campo de juegos, se detendrían en una plaza abierta a tomar un refresco y pensar en qué acciones tomar.

– Así no la vamos a encontrar... Hay que entrar a todas las facultades, ver los salones, pero eso nos tomará tiempo – profirió Izan.

– Y olvidas las residencias estudiantiles... Ese es otro mundo.

– Necesitamos preguntar, pero no podemos equivocarnos de a quién y cómo hacerlo.

– Así es, amigo... Veo que estás agarrando norte con esto.

Izan sonrió con perspicacia y se dispuso a retar a su compañero de aventura.

– ¿Se le ocurrirá algo a esa mente tuya, llena de subterfugios?

– Lo que te sobra de léxico, es justo lo que te falta de experiencia, amigo.

Izan volvió sonreír, mientras Ednar miraba al cielo como si esperara que le cayera algún tipo de recomendación de lo que se debía hacer. Completó todo su refresco y luego de lanzar un profundo suspiro, espetó lo que sería la estrategia ideal.

– Vamos al departamento de asistencia estudiantil, presentamos nuestras identificaciones de la universidad y decimos que estamos buscando a Laia porque tuvimos una reunión exploratoria para una organización estudiantil interuniversitaria, para desarrollar programas sociales de ayuda a los más necesitados y que el número de teléfono que nos dio no funciona... ¿Qué opinas?

La entreabierta boca de Izan era suficiente evidencia de la ofuscación que le provocaba el atestiguar la facilidad de discernimiento que para esos menesteres tenía su amigo, casi que lo visualizaba a futuro como un experto embaucador o extorsionador; hasta su subconsciente podía poner en tela de duda la viabilidad en el tiempo de su amistad y los eventuales

problemas que se pudieran generar. ¡Sí!, así como Ednar tenía su indiscutible capacidad, Izan contaba con la de imaginar la contradicción acerca de todo, por adelantado.

Tomaron camino hacia el departamento de asistencia estudiantil; para lograrlo, preguntaron a una estudiante que, con toda amabilidad, les dio las indicaciones respectivas. Para llegar debían atravesar, a fin de acortar camino, el edificio de la facultad de bellas artes y humanidades. Sería ahí, en el pasillo central, que Izan se encontraría con un fino mural de madera y puertas de vidrio. Él tenía la costumbre de prestar atención a letreros, anuncios y demás papelería informativa que sobra en las calles y, más aún, en los pasillos de las universidades, y estando en un campus desconocido, con más razón lo haría. Así, unos ojos grises lo desubicarían y lo obligarían a detener bruscamente la caminata; observando con suma atención que en el mencionado mural, la fotografía de la vicepresidenta del club de artes escénicas correspondía a Laia.

Ahí estaba ella, tan sublime y despampanante como sus sentidos la percibían y proyectaban. Esos ojos, de mirada profunda, que parecían penetrarle la consciencia; lucía como si su alma estuviera presente en la fotografía.

– ¡La encontraste!

– Casi.

En eso, Izan se volteó y seleccionó a alguien de entre los estudiantes que circulaban el corredor; una chica de ojos saltones atendería a sus preguntas.

– Sí, está en el último año, pero esta semana no la he visto por aquí. Si subes al último piso podrías encontrarla; allá están los grupos de artes escénicas.

Ednar se sorprendió de la rápida reacción que a tal orientación dio su amigo. Izan agradeció la información y tomó las escaleras a paso acelerado. Ya en el último piso, se contuvo un poco. Seguramente el corazón se le había acelerado, no solo por el esfuerzo, sino por saberse a muy poco de conocer a Laia.

Recorrieron los pasillos. Entre quienes circulaban, no resaltaba su rostro. En casi todos los salones había clases y pretender buscar en ellos no sería posible si causar problemas con los docentes. No quedaba más que preguntar hasta encontrar a alguien que pudiera dar información más precisa, cosa que sin dudar haría Izan, quien para gusto de Ednar, en ese momento, proyectaba una determinación casi que milagrosa.

– Sí, claro, la conozco; pero hace días que no viene – le respondió una de las estudiantes abordadas. – Es más... Espérate.

La chica llamó a un amigo y le indagó acerca del paradero de Laia.

– No, no la he visto esta semana; tengo entendido que está enferma o algo así; no sé... Y el grupo de ella, que podrían saber más, está en una gira.

Izan agradeció la información y se apartó un poco, y es que antes no lo había notado. Ahí estaba, en la pared del fondo del pasillo, una enorme impresión digital de una escena de alguna obra de teatro montada, tal vez, en el auditorio de la facultad. Se embelesó y no supo ni escuchó más nada de lo que quedaron platicando Ednar y el par de chicos. Caminó hasta estar a unos cuatro metros de la pared y se enfocó en ella. Laia brillaba, su mirada y sonrisa parecían deslumbrar el corredor más que la luz solar que se colaba por las ventanas. Izan lo comprendió, o más bien, profundizó en lo que ya su subconsciente daba por un hecho: estaba locamente enamorado de esa desconocida; de la chica de la valla, la de los ojos grises.

Capítulo 3

- III -

DESAPARECIDA

Cuando su mirada chocó con la de aquella señora de no menos de 60 años, un escalofrío le recorrió el cuerpo. Recordó cuando su abuela conseguía hacerle obedecer todo lo que ella indicara sin una sola manifestación de contradicción, con tan solo mirarlo. Ni sus padres habían podido controlar tan fácilmente sus ataques de rebeldía, como lo hacía su abuela. Y así se sentía ahora ante aquellos ojos que parecían hablarle e indagarle en cada ápice de su existencia.

Se presentó y preguntó por Laia. La señora le sonrió y miró al otro chico, que esperaba unos metros detrás. Con un gesto le invitó a acercarse. Ednar, que evidenciaba aún el efecto de la noche anterior, sentía algo de vergüenza. Ya le había pedido a Izan que pospusieran la visita solamente un día, pero la moratoria fue rotundamente negada. A pesar de que, por dentro, lo carcomía el temor y la sugestión de que las cosas podían terminar saliendo muy mal, el chico dejó que la determinación que lo había movido dentro del campus eustaquiano, lo acompañara en lo que podía ser el último intento para conocer a esa hermosa chica de ojos grises.

El día anterior, mientras Izan se perdía en la pared con la imagen de Laia, su amigo mantuvo una breve conversación con el otro par de chicos, la cual terminó con la obtención de dos boletos de cortesía para una fiesta en una discoteca. Luego de despedirse, se acercó a Izan y lo extrajo de su profundo ensimismamiento. En principio, éste no comprendió lo relevante que debía resultar para él la novedad de contar con boletos gratis para una “feroz fiesta universitaria”, como tajantemente decían las entradas; sin embargo, Ednar tenía la respuesta contundente a la duda: allí de seguro estarían estudiantes del último año, lo que significaría mayor posibilidad de ver a Laia o saber de ella.

Y así sería, ese viernes, el dueto arribaría a Silver Nigth, una disco de mediano nivel, en lo relativo a ubicación y costos, muy famosa por ser una de las más atractivas para eventos organizados por universitarios. La feroz fiesta sería aprovechada por Ednar para buscar alguna atractiva chica, acercase y cortejarla, como era su costumbre; mientras que Izan, concentrado en su propósito inmediato, luchando contra el alto nivel de introversión que le generaba asistir a actividades que le exigían interactuar con gente totalmente extraña, incapaz de saber cómo reaccionar ante cualquier gesto o mirada insinuante o sugerente – lo que antes ya le había sucedido, siendo burdas experiencias desde sus años de escuela secundaria –; finalmente daría con alguien qu}e, sin mucha

dificultad, le facilitaría la dirección de Laia luego de una breve conversación en la que el chico, por lo menos, al concentrarse en el supuesto porqué de su imperiosa necesidad de contactar con la vicepresidenta del club de artes escénicas, sembraría algo de franqueza en quien le facilitaría lo datos necesarios. Para su fortuna, su momentáneo contacto resultaría ser, nada más y nada menos, que una de las vocales del mismo club, quien también había intentado localizar a Laia infructuosamente a su celular, pero que, por la lejanía de su residencia, ubicada en un suburbio conocido como Oporto; no se había apresurado por saber de ella; total, apenas llevaba tres días de ausencia, algo bastante común en edad universitaria y en ella, que ya antes lo había hecho.

Izan pasó el resto de la noche con más penas que glorias, porque invariablemente, en esos escenarios se dan situaciones que se pueden descartar u aprovechar, pero él siempre las descartaba todas, por más nada que su inseguridad. De su mente no salía su búsqueda de la chica de la valla, pero la realidad de su entorno inmediato estribaba en su inalienable derecho a la libertad de su edad; y, a pesar de que un par de chicas le lanzaron esa mirada que dice "acércate, háblame, pregunta mi nombre y si eres atrevido, baila conmigo"; él, ni antes y ni ahora, lograba conectar. Buscó a su amigo, se despidió, yéndose mucho antes que él.

A las ocho de la mañana del día siguiente, Izan se comunicó con Ednar para decirle que con él o sin él, iría a la dirección que había conseguido. Los intentos de su amigo por que la misión se pospusiera fueron en vano, por lo que, a pesar de estar severamente afectado por haberse pasado de alcohol en el antro, no pudo más que levantarse, darse una buena ducha y apresurarse; total, era de gran interés para él saber cómo iba a terminar la historia, máxime cuando su amigo había demostrado una repentina dosis de audacia sobre su objetivo y en lo que debía hacer para conseguirlo. Pero lo que no sabía era que ni el mismo Izan entendía por qué, así por así, sus acciones resultaban nada consecuentes con lo que él sabía era su naturaleza nada envidiable: inseguridad e introversión.

Una hora después, en las afueras de la ciudad, estaban ahí; los dos, frente a la abuela de Laia, en la puerta de su casa en Oporto, a la espera de que la autorización de entrar surgiera de aquellos labios entreabiertos, rodeados de incontables arrugas.

– Bueno, muchachos; no se queden ahí, pasen... Si dicen ser amigos de Laia, pueden pasar.

Los chicos entraron a paso lento y sin esperar más invitación. Se acomodaron en el sofá más grande de la sala. La casa lucía bastante modesta, tanto así que no parecía corresponder al estándar al que se supone pertenecen quienes estudian en San Eustaquio; por el contrario, todo el entorno, los espacios, el mobiliario; la ubicación de algunas

fotografías y adornos, eran manifestación de un nivel social bastante cercano al que el par de chicos consideraba como propio. Regina, como se había presentado la anfitriona, se movía a paso pausado. Antes que todo, ofreció a sus inesperados visitantes algo de tomar o de comer, a lo que los chicos se negaron, lo que para nada impidió que un par de minutos después, sendos vasos de limonada y unas galletas, fueran ubicada en la mesa de centro. Y es que para Regina no resultaba adecuado que unas inusuales visitas se marcharan si haber probado una muestra de sus habilidades culinarias.

La plática partiría por comprender las motivaciones que los habían llevado hasta la casa de Laia. Ednar, en principio, articuló explicaciones ya acordadas sobre aquella organización interuniversitaria que se pretendía crear y de la que Laia era pieza fundamental. Pero Regina tenía una particularidad, esa predisposición ante las cosas que brindan los años y la experiencia. Laia le contaba mucho acerca de su día a día universitario, demasiados asuntos; y nunca había mencionado algo acerca de una agrupación de alcance interuniversitario.

Entonces, Izan, que no quería que el primer acercamiento con la familia de su amor platónico se sostuviera en una mentira, por muy tonta e irrelevante que resultara; y movido por aquella sensación incongruente que no se correlacionaba con nada de lo que, para él, era su propio yo; dispuso hablar con la verdad, por muy ingenuo o estúpido que pareciera. Fue honesto y reveló su aventurada posición, a riesgo de parecer un chico con comportamiento propenso al acoso o al fisgoneo.

– ¿Te enamoraste de una chica que solo has visto en un aviso publicitario?

Izan tragó en seco, miró a Ednar, quien no podía ocultar su sorpresa ante el inesperado ataque de honestidad de su amigo. Luego, habló.

– Estoy siendo honesto, señora Regina... Y es por eso que durante estos días he hecho todo lo posible por encontrarla y conocerla.

– No dudo de tu honestidad, niño; solo me deslumbra tu determinación y la naturaleza de tu historia.

Regina volteó su mirada hacia las fotografías que adornaban la parte superior de un aparador de mediana altura. Sonrió levemente, su semblante sugería un estado de melancolía inexplicable para cualquier desconocedor del contexto que la envolvía.

– Ella no está aquí, hijo; hace 3 días que no sé nada de ella... Saben, ya antes se había ido, una vez que tuvo un ataque de liberación... Quería entender algo de la magia o la tristeza de este mundo por su cuenta, y la

dejé.

Regina se levantó y caminó hasta el aparador y tomó una foto de Laia, en la cual tendría unos 15 años de edad.

– Cuando volvió estaba tan madura, parecía que hubieran pasado años y tan solo fueron 5 días.

Los chicos intercambiaron miradas, lo que la mujer les contaba parecía algo fuera de cualquier concepción medianamente normal de la relación entre un adulto y su prole. “¿Laia simplemente decidió irse por 5 días y ya?”, era una de las dudas que les surcaba la mente.

– Luego me avisó que se iría casi por semana y media en unas vacaciones de verano... Me asusté, pero la dejé... Y cuando volvió la sentí más segura de sí misma, compenetrada con sus deseos y sueños.

Izan no aguantó, la historia le resultaba inadmisibile, para nada fácil de digerir.

– ¿Ella se iba así porque sí, y ya?

– No, mi amor, naturalmente no; ella me advertía sobre su decisión y hasta me llamaba para no tenerme preocupada... Pero en esta ocasión todo ha sido diferente, simplemente se fue y no logro localizarla. He llamado a sus amistades más cercanas y no saben nada de ella, incluso Zoe, que es su mejor amiga, no pudo darme noticias... Bueno, aunque no hace mucho que se fue a una residencia artística de tres meses.

– ¿Y la policía? – inquirió Izan, confundido; tratando de reorientar la conversación hacia Laia.

– Hablé con ellos ayer. Tomaron el reporte, pero como les conté esta misma historia, no le han dado mucha importancia y me dijeron que, si no tengo novedades para la otra semana, entonces darán una alerta.

– Que hijos de...

Izan calló a su amigo, no lo dejó terminar la frase cargada de emotividad que podría resultar irrespetuosa para Regina. Sin embargo, ella sonrió y afirmó con un “así es” la cercenada expresión. Y entonces, contó otra parte de la historia.

A los 12 años Laia perdió a su madre por culpa de un chofer de autobús que se jugó las de corredor de carreras y perdió el control en una curva de la autopista oeste. El aparato se volcó y dio una incontable cantidad de vueltas, primero sobre el pavimento y luego por una ladera de más de 30 metros, donde finalmente fue apañado por una enorme roca que, tres

años antes, se había deslizado mientras caía una fuerte tormenta de varios días, cayendo sobre una casa de una familia de escasos recursos que había invadido, junto a otro grupo de precaristas, un enorme terreno baldío, dando vida a un asentamiento informal. Los cinco miembros de la familia murieron aplastados por la enorme roca y, posterior a la tragedia, las autoridades, que tenían años sin hacer nada o muy poco para reubicar a los habitantes del lugar, al fin encontraron dónde y cómo, y desaparecieron el asentamiento, pero no la roca, la cual daría la estocada final a más de una vida en ese autobús, incluyendo la de la madre de Laia.

Para muchos se visualizaría como insuperable un trauma de semejante magnitud. A los 12 años existe ya una profunda concepción de la vida y la muerte, así como del dolor que esta última alcanzaría generar en una persona. Pero Laia siempre tuvo a Regina, su única abuela viva y a una tía, Alana; quienes fueron su sostén y nueva familia, ellas le ayudarían a recuperarse y continuar.

– Me preocupa el no saber nada de ella aún... Tal vez quiso irse sin decirme, pero dudo mucho que también optara por ni siquiera llamarme para sacarme de esta intranquilidad.

Regina se acomodó frente a Izan y le clavó una mirada profunda, que bien podría mezclar lo misterioso con lo inquisidor. Él percibió que esos negros y brillantes ojos, que sobresalían con firmeza, opacando hasta la más leve de las arrugas de su rostro, hurgaban en su interior, buscando algo que él ni siquiera podía imaginar.

– Pero tú estás aquí, Izan; tú has venido a darme algo de tranquilidad.

– No le entiendo – respondió el chico, con evidente desconcierto.

– Laia es muy especial y tal vez tú también lo seas.

Ednar, que prestaba atención al diálogo, paseó su mirada por el rostro de ambos, buscando entender lo que ocurría. Como le era imposible, se levantó con intención de decir algo que marcara ya el cierre del improvisado encuentro; pero Regina no le permitió ni siquiera empezar a hablar.

– Siéntate, hijo; termina el jugo y tus galletas... A una señora como yo no se le hace un desplante de esa clase.

Regina calló por uno segundos, mientras esperaba que Ednar volviera a sentarse. Luego posó su mirada en Izan, ahora con una proyección más penetrante.

- Esperen un momento, ya vuelvo.
- ¡Está loca! – espetó Ednar en baja voz, luego de constatar que la mujer había desaparecido por el corredor.
- No lo sé... Es rara.
- Deberíamos irnos, Izan; larguémonos de aquí.
- No, aún no; quiero saber lo que...

Regina apareció en el fondo del pasillo. Se acercaba a paso un tanto más apresurado, con la mirada fija en Izan. Al llegar, le regaló una sonrisa bastante cordial, como si la presencia del chico le satisficiera de alguna incompresible manera. Se acercó más, a pocos centímetros de él; le tomó la mano y le puso en la palma un anillo de plata con una línea dorada en alto relieve.

- ¿Y esto?
- Tómalo, llévalo contigo... Era de mi hija...
- Pero, no entiendo.
- Es una joya que Laia conserva con mucha solemnidad.
- ¿Y por qué me la da?

Regina le cerró con fuerza la mano, haciendo que el chico sintiera como el metal se incrustaba en su epidermis. Lo miró con ojos lacrimosos, casi que suplicantes. Mordió sus labios, no quería llorar; y mucho menos que la voz se le quebrara.

- He visto dentro de ti, Izan; tu consciencia, lo que muchos llaman alma... Hoy lo he visto y sentido; eres más de lo que crees.

La mujer se apartó y dio la vuelta, no estaba dispuesta a que su interior quedara aún más expuesto ante el par de chicos que, sumidos en el desconcierto, no terminaban de cavilar acerca de la singularidad de lo que acontecía.

- Llévalo, y si me equivoco, cuando quieras puedes devolvérmelo; aquí estaré. Ahora, salgan de mi casa... Váyanse.

Ednar no dudó en abrir la puerta e incitar a su amigo a que salieran rápido, pero Izan estaba en otro universo, repleto de dudas e imprecisiones, su mente horadaba en la necesidad de entender, así fuera un poco, las motivaciones de Regina y el contexto de lo acaecido durante

el breve y enigmático encuentro; pero no había manera. Abrió su mano, observó con detenimiento el anillo; volvió a apretar el puño y, luego de escuchar un portentoso "¡lárguense!", atendió a los llamados de su compañero y salió. Por su lado, Regina se movilizó aún más rápido que antes y cerró la puerta con fuerza.

Afuera, Ednar circuló por una vereda hasta la orilla de la calle, mirando a ambos lados. Izan se detuvo a mitad de camino y se volteó; pudiendo apreciar la silueta de Regina que, desde una de las ventanas, los observaba. En eso un taxi pareció caer del cielo y el par de aventureros abandonó el lugar.

Capítulo 4

- IV -

EL PANTANO

Al fin de semana siguiente ya muchas cosas raras le habían sucedido a Izan. Antes de que decidiera seguir el paso a las sugerencias de su amigo, de ir tras la chica de la valla y terminar en ese raro encuentro con la abuela Regina, en más de una ocasión aquellos ojos grises y el bello rostro que iluminaban, habían aparecido en sus sueños, hablándole, atendiéndole y hasta correspondiéndole como él deseaba y quería; sin embargo, posterior a la visita a la casa en Oporto, tales manifestaciones se hicieron más contundentes y reincidentes. Laia apareció en los sueños de Izan cada noche desde ese sábado, en episodios en demasía extensos para lo que comúnmente se entiende como un sueño. El chico llegó a creer que su ensimismamiento con su amor platónico lo estaba controlando y consumiendo en todos los sentidos. No obstante, tal escenario le resultaba placentero, no podía negarlo; poder sentir tales emociones nocturnas, con tan amplio grado de realismo y control, de seguro resultaría envidiable para cualquiera. Prácticamente convivía cada noche con Laia, puesto que no sólo la veía o escuchaba, sino que interactuaba con ella, sentía que la acompañaba a la universidad, su casa y a lugares que parecían borrosos y que su mente percibía como reales. Más que sueños, parecían construcciones pensadas; su inconsciente maquinaba escenarios y estructuraba argumentos que nadie podría creer; ni Ednar, que al escucharlo se golpeaba la frente y agarraba los cabellos, como si delante de un desquiciado se encontrara. Sin embargo, lo entendía; Izan estaba sumido en un contexto complicado, donde sus intentos por acercarse, conocer y arriesgarse de frente a sus sentimientos, parecían ser repelidos por fuerza superiores, como si las reglas existenciales operaran para evitar la realización de sus deseos; y vaya que tal cosa no podía ser obviada, contando con la experiencia, personalidad y demás particularidades de la vida de Izan.

Al fin de semana siguiente, muchas cosas raras habían sucedido, una de ellas sería la noticia que llevaría a que el detective Tovar apareciera en escena justo cuando el sol caía e iluminaba con aún más magia esa valla publicitaria donde Laia Versalles se hacía de un esplendor indiscutible y cautivante.

– ¿Izan Bustamante?

– Sí, soy yo – dijo el chico que, desde su asiento en las gradas del campo de juego, observaba el rostro de Laia en la valla.

- Soy el detective Boris Tovar y necesito hablar con usted.
- Sobre ella, ¿verdad? – atendió, señalando con la mirada a la chica.

Tovar también posó la mirada por algunos segundos sobre el rostro de Laia, lanzó un leve suspiro, y luego volvió su atención a su joven interlocutor.

– Justamente... Es sobre ella... Fuiste a su casa hace algunos días. Necesito saber por qué.

– ¿Quiere escuchar la versión larga o la resumida?

– Me quedo con la larga, Izan; tengo tiempo.

El chico volteó su acongojado rostro hacia el detective, de más de metro ochenta de estatura, cuerpo esbelto, cabello rizado, ojos negros y piel morena.

– Fui a su casa a buscarla, señor; pero no estaba.

El tono de voz de Izan, así como su mirada, denotaban una complejidad de sensaciones no correspondientes con la situación, de acuerdo los criterios de Tovar, por supuesto. Él estaba claro en que Izan no la conocía, nunca le había hablado; pero lo que no sabía es que interactuar con Laia resultaba, para el chico, en un deseo de grandes proporciones. No obstante, esa inconcebible manifestación de angustia que percibía, era de nula comprensión para él y para cualquier otro que no conociera sus circunstancias y motivaciones.

– ¿Y por qué? – le preguntó, buscando suavizar su gruesa voz.

– Porque estoy enamorado de ella – sentenció, luego de un profundo suspiro.

Dos días antes de este inesperado encuentro, los medios noticiosos se hicieron eco de una desgarradora noticia. Los restos de un cuerpo calcinado habían sido encontrados en un pantano, a poco más de dos horas de la ciudad, por unos residentes de los alrededores, que estaban buscando unos animales perdidos. Los ganaderos no solo encontraron sus dos rumiantes, atorados y ahogados, ya medianamente consumidos por las aves de rapiña; sino una bolsa de plástico que se asomaba sobre la superficie del fétido líquido que no calificaba para ser denominado como agua. Entre abierta ya por los picotazos de los rapaces, los hombres hurgaron en el contenido e identificaron restos de ropa y huesos. Los noticieros se encargarían de informar, gracias a sus fuentes inmediatas y de entero crédito que, de acuerdo a las primeras pesquisas, los restos podrían pertenecer a la joven Laia Versailles, reportada como desaparecida

días antes.

Cuando Ednar se comunicó con su amigo, ya Izan era conocedor del terrible suceso; él tenía por costumbre seguir a los medios noticiosos, más a través de las redes sociales que por los vehículos tradicionales. Casi está de más decir que Izan estaba devastado; él mismo no podía comprender el nivel de desconsuelo que le invadía tal inesperada alteración de la realidad. La chica de la valla estaba muerta, su chica de los ojos grises.

Contó los detalles de una historia que, evidentemente, estaba cargada de aspectos románticos, muy juveniles, que le resultaron incluso algo graciosos al detective Tovar; sin embargo, la naturaleza del enamoramiento de Izan generaba indiscutible interés. ¿Cómo enamorarse tan profundamente, así, de la nada, de una persona apenas conocida por un aviso publicitario?

– ¿Necesitaré un abogado?

Tovar sonrió, apenas trataba de cavilar acerca de la rara e interesante historia escuchada.

– No, hijo; no eres sospechoso; al menos no por ahora; además, la abuela de Laia habló de ti como si te conociera de toda la vida... Sólo haznos un favor, sigue tu vida normal y no te vayas de la ciudad, ¿de acuerdo?; hay un monstruo allá afuera y lo vamos a atrapar.

El lunes del funeral de Laia, 12 días después de haber conseguido su nombre e inservible número telefónico, el mundo de Izan finalmente colapsó. Junto a Ednar, hizo acto de presencia, siendo bien recibido por Regina, que trató a los chicos con un cariño casi que familiar, particularmente al enamorado de su nieta. Aún ese día, él no podía creer nada de lo que había vivido y mucho menos aceptar que la chica de la valla estaba muerta. En el sepelio también estaba el detective Tovar, que, con mirada inquisidora, observaba a todos los asistentes, evidentemente buscando cualquier actitud, mirada, gesto o movimiento sospechoso. Está dicho que la mayoría de los autores de crímenes horrendos y sin móvil identificable, asisten a los entierros de sus víctimas para sentirse satisfechos, siendo testigos de la última fase de su tarea. Pero Tovar se iría sin nada relevante. Si estaba ahí, podía ser cualquiera, tomando en cuenta el cúmulo de estudiantes y profesores presentes.

Al final del servicio, Regina se acercó a Izan, de la mano de su otra hija, y lo abrazó; más bien, se abrazaron con regocijo. Ednar y Alana no entendían ni el estado actual ni los precedentes de semejante nivel de empatía. La mujer haló el chico a un lado, para conversar en privado.

- ¿Cómo has estado? Terrible, ¿verdad?
- No sé ni cómo explicarme, señora.
- Llámame Regina, hijo... Y disculpa la forma en que los eché de la casa ese día; pero debía hacerlo así.

La mujer sonrió, lanzó un suspiro condescendiente al chico, quien tenía razón de aún no estar claro en las motivaciones detrás de su raro proceder para con él.

- ¿La has visto? – le preguntó, aportándole un tono de ultratumba a la expresión.

Izan tragó en seco, por unos segundos no comprendió la relevancia o alcance de la pregunta. En principio le sonó como una locura generada por una mente delirante, pero luego interpretó que tal duda iba más allá de lo que comúnmente se entiende como “ver a alguien”.

- Todas las noches aparece en mi mente, no me deja... Sueño con ella, pero más que eso, la percibo como...
- Como un espíritu viviente – asentó Regina.
- No sé lo que quiere decir con eso... Pero hablo con ella como si fuera real, como si viviera dentro de mí...
- Tal vez es así.
- ¿Y por qué, Regina?, ¿por qué viviría ella en mí?
- Por la misma razón por la que un chico de un corazón tan inocente como el tuyo, se enamoraría de alguien que aún no ha escuchado, ni conocido, ni presenciado.
- No lo sé; no lo entiendo – respondió Izan, luego de algunos de silencio y superficial introspección.
- Pues cuando tengas más claro el panorama, sabes dónde vivo.

Y se marchó, dejando en el ambiente y en la mente de Izan, un terrible haz de confusión.

Esa noche, antes de dormir, buscó en su computador la fotografía que tomó al aviso publicitario de Laia; con detenimiento, se concentró en cada detalle, pero con más profundidad, en esos ojos grises que le agitaban el interior y le sacudían los sentidos como nada en su corto andar en el mundo. ¡La amaba!, y era tan consciente de aquello, que sus ojos se

anegaron en lágrimas, esas que no liberó ni cuando se enteró de la aparición de sus restos, ni en el funeral. Lloró y sintió dolor. Lo concebía como algo inexplicable, y aunque lo parecía, no lo era; Izan había perdido a su amor y eso, como muy raras cosas en la vida, duele profundamente.

Capítulo 5

- V -

EL MURAL DEL RECUERDO

Muchas cosas raras seguían sucediendo en la mente de Izan, particularmente en sus sueños que, estando ya intensificados desde la noche inmediata a su visita a la casa de Laia, parecían recrudecerse en su contexto y detalles, luego de que encontraran sus restos en el pantano y se diera el sepelio. Él la recibía todas las noches, unas veces con más ímpetu que otras. En ciertas ocasiones, se percibía como un sueño común, una elucubración sencilla y tolerable del inconsciente, solamente que con una reiterativa protagonista principal; no obstante, en otras sentía que interactuaba con ella de una forma tan contundente que, al despertar, concebía que lo que su mente le mostraba no eran más que recuerdos de una realidad vivida en algún momento; y eran estas expresiones tan intensas, las que más impacto le provocaban; plasmándose en su memoria como categóricos retratos de lugares, hechos y situaciones que ambos compartían, ni que en carne y hueso se tratara.

Más, una nueva creación tomaría forma en esas imágenes nocturnas; un rostro masculino, de más de 40 años, ojos marrones, adornados con unas pobladas cejas; nariz aguileña, pelo lacio, también marrón y piel casi rojiza. La sorpresiva y desconocida fisonomía también se hizo reincidente, no tanto como Laia; pero cuando aparecía, generaba en el chico una combinación de sensaciones que se conjugaban en un solo deseo: el querer despertar.

¡Delirante!, así calificó Ednar la realidad de su amigo en la medida que fue siendo parte de aquellas manifestaciones mentales que padecía, noche tras noche, ni que de un castigo de la consciencia se tratara.

– Terminarás en un psiquiatra, ¿lo sabes? Mira que tus padres se asustaron con eso de que la policía te haya interrogado sobre la muerte de Laia y no se quedaron más tiempo porque tú les insististe que regresaran. Así que, si das señales de locura, aquí los vas tener... Cuidado y hasta se mudan y, créeme, cargarán contigo donde un maldito loquero.

– No sé qué hacer con todo esto, amigo.

– Olvidarlo, ¿qué más?... Te enamoraste perdidamente de una chica que nunca has conocido ni conocerás; no hay nada que puedas hacer al respecto; es algo que ni siquiera empezó; así que corta y sigue.

– No resulta tan sencillo como lo dices. No paro de soñar con ella, es

como si su espíritu se hubiera ensañado conmigo.

– ¿No me digas que te crees las cosas que dice esa doña?

– Sé que suena estúpido, pero es lo que siento... Creo que necesitaré un loquero.

– Lo que necesitas es salir, hermano, y dejar de ser niño de una buena vez.

Ednar se levantó, lucía medianamente ofuscado, la situación superaba con creces lo que él estaba dispuesto a tolerar. Dio un par de vueltas por la vereda de la plaza oeste del campus, donde había encontrado a Izan, sumido en sus pensamientos, con la mirada en la nada. Al verlo así, sabiendo de antemano acerca de lo que su amigo divagaba, se acercó dispuesto a escuchar y a proponer una salida a la tribulación, así resultase poco mesurada.

– No me friegues, Ed, ¿ahora vas acordarte de eso?

– No te jodo; además, ya teníamos un acuerdo; y creo que es hora de nuestra iniciación.

– ¿Hablas en serio?

– Me conoces, ¿no? ¿Qué te dice tu consciencia?

– Estás loco... ¿Justo ahora? No estoy para eso.

– ¿Estás de luto acaso?; ¿se murió tu novia?

– ¡Claro que no! – replicó Izan, luego de un par de segundos de reserva, con algo de vacilación en su voz, pero mirando con serenidad los ojos de su amigo.

– Entonces piénsalo, tal vez el momento es justamente este... Me confirmas como a las ocho; pero te digo algo, si decides no hacerlo, romperé nuestro pacto e iré sin ti.

– ¿Me estás coaccionando? – arguyó Izan, con una leve sonrisa y un tanto más animado.

– Contigo a veces hay que hacer las cosas así, y lo sabes bien.

Esa noche, luego de pensar y analizar acerca de la propuesta de su amigo, Izan cedió ante la posibilidad de lo singular y el anonimato. Algo le estaba garantizando Ednar con su alocada sugestión: despejarse, escuchar música, tal vez pasarse de tragos – como tenía mucho tiempo de no hacer

–, atestiguar de cerca la variedad y fascinación del encanto femenino y arriesgarse a hacer algo que no dependía tanto ni de sus capacidades ni temores ni predisposiciones. El club nocturno Stand Fire, en el centro de la ciudad, sobre una estrecha calle cercana al casco antiguo, de no muy buena fama, pero hartamente frecuentada por propios y extraños, sería el submundo donde la complicada y poca emocionante vida de Izan buscaría dar un salto importante, aunque no tan trascendental, existencialmente hablando. Allí, una bella pelinegra de verdes pupilas y tersa piel, se enfrascaría en la tarea de hablarle al oído, respirarle en el cuello y taladrarle los sentidos con su aroma y coquetería; pero no conseguiría disuadirlo. Que no se dude que Izan lo intentó; incluso, supuso que lo correcto era hacerlo, convencerse definitivamente de aquello; seguir las voces y pasos de Ednar; aunque en su consciencia no le pareciera. Finalmente, no lo consiguió; sentiría en las terminales nerviosas de sus dedos la delicadeza de esa piel; sus sentidos se alterarían, más no lo suficiente. Izan, para decepción de su amigo, terminaría esa aventura nocturna siendo el mismo.

Las dos noches siguientes no volvería a ver a Laia en sus sueños, no hasta la madrugada del lunes, cuando despertaría ahogado en su propia respiración, expeliendo espeso sudor por cada poro de su piel; sumergido en terror e impotencia. Esa madrugada, cual manifestación de culpa insostenible y castigo inmerecido, la vería arder y morir. Y él sería, inexorablemente, ese rostro de los ojos marrones.

En la mañana del lunes, ya en el campus, se encontró con Ednar, hablaron un rato de la experiencia en el Stand Fire y de la extraña combinación de sensaciones que le contuvieron, aún a pesar del entorno y de su disposición a cumplir el pacto de amigos. Claramente, Laia, a pesar de estar muerta, le acaparó los sentidos. Para Ednar, su amigo le había fallado; “no se puede traicionar a un espíritu o idea de una persona muerta, por más amor que se diga sentir”, le dijo; pero para Izan no se trataba de eso, si no de esa rara compenetración de él para con la chica de la valla.

– Y hablando de la valla, ¿cuándo rayos van a quitarla?

– Ayer hablé con Regina y me dijo que la publicitaria...

– ¿Cómo dices? – inquirió con exasperación Ednar, interrumpiéndolo. – ¿Has vuelto a llamar a esa señora?

– Pues sí, qué más.

– Vamos, Iz; así no hay cuando terminar con esto.

– En fin, me dijo que está peleando con la publicitaria y que se comprometieron a buscar una solución; pero que un contrato es un

contrato y que no existía ninguna cláusula de exclusión por motivo de defunción de la modelo.

– Carajo, Iz; eso te condena a seguir viéndola cada día y profundizar tus delirios.

En eso, el celular de Izan timbró, era un número desconocido. Al contestar, la voz al otro lado se identificaría como Samay, la vocal del club de artes escénicas que Izan conoció en la “feroz fiesta universitaria” en el Silver Nigth, y que le facilitó la dirección de la casa de Laia en Oporto. Esa noche, Izan le dejó su número de teléfono, a fin de que le pudiera avisar cuando Laia apareciera. Tristemente para todos, sería encontrada en terribles circunstancias. Ahora, Samay se comunicaba para otra cosa: invitarlo al acto de recordación de su amiga y colocación oficial de un mural del recuerdo, lo que se haría al día siguiente, en la mañana, en el pabellón central de la facultad.

– No te acompañaré a eso.

– Vamos, no me hagas esto.

– No entiendes que eso no te hará ningún bien.

– Tienes que ir conmigo. Además, tú tienes en parte culpa de todo esto. Tú me empujaste a hacer todo por encontrarla, así que no vas a dejarme solo ahora. Me acompañarás y eso no tiene discusión.

Ednar respiró hondo, miró al techo de la cafetería y asentó con un gesto. No le quedaba de otra, eran amigos y los verdaderos lo son en todas las circunstancias y condiciones.

El acto de recordación en el pabellón saneustaquiano de la facultad donde estudiaba Laia Versailles fue presidido por el rector y por la decana de bellas artes y humanidades, quienes se lanzaron sendos discursos acerca del valor de la vida, la esperanza, los sueños y aspiraciones de la juventud, la búsqueda de una sociedad libre de violencia, la igualdad de género y la violencia contra la mujer por el mero hecho de serlo; y es que, a ese punto, lo que se sabía de las investigaciones es que se buscaba a un escurridizo y perspicaz femicida, un asesino cuyo único móvil es el odio a la mujer. También dio sus palabras la presidenta del club de artes escénicas y otros estudiantes que, con lágrimas y voz entrecortada, hablaron cosas hermosas sobre la personalidad de Laia, sus sueños, compromisos y gran talento. Hasta el mismo Ednar sintió como sus ojos amenazaba con llorar ante tan honesta manifestación de compañerismo entre los estudiantes de la facultad.

Poco más de cuarenta minutos después, el acto terminó con la develación formal del mural del recuerdo, en el cual se ubicaron fotografías de Laia,

la mayoría tomadas en sus presentaciones y otras facilitadas por su familia. También se adecuó una mesa para colocar velas diurnas y una barandilla para acomodar flores. A Samay le recaería la responsabilidad de velar por el mantenimiento del mural hasta que correspondiera su remoción a final de año, luego de lo cual se ubicaría una foto de Laia en el Gran Salón de Estudiantes del campus, donde se colocan retratos de egresados exitosos y de estudiantes que lo merezcan, debido a su trayectoria, relevancia o motivaciones para la recordación, y por supuesto, que Laia resultaba merecedora de un lugar en esas enormes paredes entre las cuales, cada generación recibe sus diplomas y dice adiós a su alma mater.

En ese mural, Izan concentraría toda su atención en cada una de las fotografías seleccionadas para honrar la memoria de la chica de la valla. El arquetipo de santuario estaba montado sobre toda una pared que previamente había sido cubierta con una base de papel manila de color rosa claro, ataviada con decoración sencilla, pero atractiva y, según Samay, muy de Laia. Sobre las fotografías, se apreciaba la frase "vivirás por siempre en el corazón saneustaquiano y serás la luz de todos". Más al centro, una expresión más dada a lo sexista de las razones de su asesinato, hacía eco del sentir, no solo de las estudiantes del campus, sino de miles o millones de mujeres acosadas, abusadas y casi matadas alrededor del mundo: "ni una más, si tocas a una, nos tocas a todas". Al mismo Ednar se le estrujó el pecho al interpretar y concebir el alcance de tales argumentaciones.

Mientras Izan observaba las fotografías, su amigo se apartó un tanto con Samay a conversar, más que nada, de lo raro del comportamiento del enamorado. Entre las imágenes se apreciaban un par que correspondían a la fiesta de quince años y otra de sus dieciocho. En la primera, la chica lucía un hermoso vestido de tonalidad rosa pastel, de la mano de un ramillete de flores que no opacaba para nada su deslumbrante sonrisa, clara previsión de lo que ella encarnaría unos años después. Y sí, como no preverlo desde los quince, si en la segunda foto se revelaba la maravilla, belleza absoluta; manifestación sublime del encanto y lo que cualquier pretendiente consideraría como perfección femenina a tan floreciente etapa de la vida.

– Nos vamos, amigo – señaló Ednar, acercándose un tanto a Izan.

Respondió afirmativamente, sin embargo, no dejaba de observar las fotos, no podía irse sin grabar en su memoria algo de cada una de esas imágenes que destacaban momentos inolvidables de la vida de Laia, como bocetos de una historia tan viva como la de cualquiera de sus sobrevivientes. Y ahí, entre la pléyade de momentos seleccionados por Samay y los demás artífices del mural, una fotografía de Laia en un escenario, tomada desde tras bastidores hacia el público, en donde interpretaba algún personaje de proyección fuerte, que discutía o

espetaba algunas líneas de articulación imponente sobre otro, en este caso masculino; resaltaba claramente en el fondo, la primera fila, la de los que en ese preciso momento contaban con la privilegiada posición de apreciar de tan cerca todo lo que Laia dejaba de sí misma en escena. Y sería justamente allí, en esa fila, donde Izan fijaría su mirada y sucumbiría ante lo inconcebible. Sus párpados se abrirían tanto como nunca, sus ojos buscarían escapar de sus órbitas; su boca daría paso a un soplo de pavor y estupefacción; y un calambrazo le cruzaría la espalda desde la base de la nuca hasta el coxis.

El evidente cambio de semblante del chico despertaría ipso facto el interés de Ednar, que lo agobió con querer saber lo que sucedía. Pero Izan no se desconectaba de la fotografía, no apartaba su mirada de ese rostro sonriente que, a pesar de verse más pequeño debido al ángulo del fotógrafo, era claro e inconfundible.

- Pero qué rayos... – articuló Izan, sin conseguir terminar la expresión.
- ¿Qué pasa, Iz?
- Es él, el que aparece en mis sueños; el hombre de los ojos y cabello marrón.

Capítulo 6

- VI -

LA AUDICIÓN

Unas tres semanas antes de su repentina desaparición, Laia Versalles se acomodaba en una sección abierta del campus saneustaquiano a darle la primera leída a un guion que le habían entregado a primera hora de la mañana. Unos minutos después, habiendo apenas ojeado las primeras páginas, su nombre resonaría en derredor gracias a los incesantes alaridos de Zoe, que se acercaba corriendo, despavorida, con una enorme sonrisa dibujada en el rostro y un brillo incandescente en la mirada, de esos que revelan que la emoción carcome las entrañas con imparable ahínco.

Si Laia contaba con reconocimiento y trayectoria en sus menesteres, Zoe aún más. Juntas eran consideradas el dúo demoledor de la facultad. Conseguián los mejores papeles y calificaciones, eran líderes innatas; proyectaban un talento abrumador y prometedor y, para completar, eran las mejores amigas.

– ¡Me aceptaron, Laia; me aceptaron! – dijo, mientras que, literalmente, se lanzaba sobre su amiga.

– ¿En serio?

– Sí, me aceptaron... Beca completa para residencia de tres meses... Me voy en unas tres semanas.

Las chicas se abrazaban, gritaban, reían; quienes circulaban por el área observaban con sorpresa y desconcierto la jocosa escena.

– Me alegro por ti, Zoe; en serio, es... Es... No puedo creerlo...

– Sí, yo tampoco... Por Dios, mis padres se morirán cuando se los cuente, creo que ellos querían esto hasta más que yo.

Y más risas resonaron en esa sección del campus. Zoe Del Prado obtenía los réditos de su esfuerzo, compromiso, dedicación y perseverancia. Tanto ella como Laia estaban metidas de cabeza en sus sueños y aspiraciones, sabían lo que querían y cada paso que daban era en pos de eso, ser las mejores. Dichosos aquellos que aun siendo tan jóvenes e iniciados en lo que a experiencia de vida se refiere, tienen la seguridad de lo que quieren y, contando con irrestricto respaldo de quienes les preceden, concentran su energía y determinación en ese objetivo.

- ¿Y tú?, ¿qué hay de lo tuyo?
- Dijeron que en dos semanas comunican quiénes pasan a la entrevista.
- Tú estarás ahí, ya verás.
- Créeme, no lo estoy dudando.

Algunos días antes de que Zoe partiera a su residencia artística, Laia recibió en bandeja de correo electrónico una muy esperada comunicación. Debía reunirse, en el campus, con un representante de una productora internacional ante la cual ella había presentado su candidatura para un papel secundario en una producción cinematográfica independiente. El proceso para la audición era engorroso, pero entendible, dadas las interioridades del proyecto. Primero, todos los interesados debían enviar un portafolio de fotografías, tanto personales como de actuaciones ya realizadas, así como un currículum. Quienes, a virtud de los convocantes, cumplieran no solo con el perfil básico del personaje, sino con el valor agregado que siempre se busca y se espera; serían entrevistados y, de superar dicha etapa, conocer al líder del proyecto y hacer la audición final.

Para lo anterior, recibiría a Scott Dolande, emisario de la productora Star House, una casa cuya existencia, hasta el momento de darse por enterada de la convocatoria, Laia desconocía; pero que se presentaba como una nueva oferta para el cine independiente de bajo y medio presupuesto, una “apuesta para los nuevos talentos, en un mundo cinematográfico altamente competitivo”. Así, tal planteamiento sería visto como una oportunidad y no se perdía nada con hacer el intento.

- Hola, soy Scott, un gusto; gracias por recibirme.
- Hola; el gusto es mío, más que nada.

Ambos tomaron asiento en una de las zonas internas de recreación y descanso de los pasillos de la facultad.

- ¿Crees que sea buen lugar para conversar?
- No hay problema, a esta hora la mayoría están en clases.
- De acuerdo.
- Bien, nuestra conversación es más bien para ver como interactúas, conocerte más allá de tu currículum, que es muy interesante; y de tu portafolio, que también es supremamente atractivo.

Laia se sonrojó un tanto, pero no pudo evitar que una sonrisa de satisfacción se le dibujara en el rostro.

– Gracias.

– Qué se puede hacer, la verdad es la verdad... Pero bueno, analizando todo el potencial que has demostrado desde tus años escolares, no es por gusto que una facultad de artes tan cotizada, como la saneustaquiana, te haya becado con el 80% de la colegiatura más los valores agregados.

– ¿Qué quiere decir con eso? – interrumpió la chica, un tanto confusa.

– Que solo he venido a decirte en persona, algo que pude haberte dicho por correo; pero que no me parecía justo hacerlo así.

Scott hizo una breve pausa, simplemente para observar como las facciones del rostro de Laia mutaban de confusión a expectativa.

– Estás dentro del proyecto. Te estaré confirmando fecha de reunión con el productor ejecutivo y dueño de la productora en los siguientes días.

Laia se ahogó en su silencio, sencillamente no podía creer lo que escuchaba. Así de simple no podían resultar las cosas. Scott notó que su interlocutora sucumbía ante lo desconcertante del instante y de la noticia, por lo que supuso que debía sacarla del sopor, pero con algo de jocosidad y emoción.

– Vamos Laia – espetó con una enorme sonrisa en el rostro –; te vas a quedar callada ahora... No lo podría creer. ¡Vamos!

– ¿Y la prueba final?, no me han visto en acción.

– Pues lo que sabemos ya es suficiente. Estás dentro; el papel es tuyo.

Un par de noches antes de la partida de Zoe, ambas decidieron celebrar las buenas nuevas que compartían, se trataba de oportunidades únicas, que marcarían sus vidas para siempre. Lo que Zoe no imaginaría es que, estando tan lejos, su madre le llamaría para informarle que su entrañable amiga, que tenía varios días sin recibir ni transmitir comunicación alguna, había sido encontrada brutalmente asesinada. Ella, desesperada, dispuso tomar un avión de urgencia, pero su madre y Regina, que muy bien la conocía, la convencieron que no lo hiciera, que no había razón, que solo le serviría para sufrir y que lo Laia más querría en vida, es que terminara su residencia y siguiera luchando por sus sueños. Y la convencieron, no le quedaría más que esperar para volver y encontrarse solamente con la lápida.

Un día antes de dejar su casa sin decir nada a Regina, Laia Versalles fue convocada a una reunión importante en un fino hotel del centro financiero de la ciudad. Debía encontrarse con Lucas Roldán, fundador de Star House y productor ejecutivo del filme. Sin decir nada, guardándose un poco más la gran noticia, salió de casa muy bien arreglada, indicando que iría a una conferencia. Ya en el hotel, contando con las previas indicaciones de Scott, simplemente atravesó el lobby hasta uno de los ascensores y subió al piso 35. Claramente, a pesar de su emoción ante su inclusión en el proyecto, no cesaba de inquietarla lo inusitado de las circunstancias, puesto que haber sido sumada sin concretar lo que para ella y su mundo artístico se entiende como audición, no le parecía aún del todo convincente. Pero ahí iba, dispuesta a conocer al líder del proyecto y a los demás miembros del elenco.

En el piso 35 se explayaba un enorme restaurante con un ventanal que otorgaba a todos los comensales una esplendorosa vista de la ciudad y sus enormes rascacielos de concreto y cristal; más la cita no era ahí, sino en uno de los 5 salones de variados tamaños, que para fiestas y reuniones ofrecía el hotel, evidentemente, los más costosos de las instalaciones, dada la altura y el horizonte que cada uno podría ofrecer. Minutos después, atravesando un amplio corredor posterior al restaurante, Laia ubicó el salón Costa, al que entró luego de detenerse unos segundos y respirar la última bocanada de aire, esa que debe ayudar a fortalecer la confianza en uno mismo.

Al entrar se llevaría una confusa sorpresa; en el salón, de mediano tamaño, en el cual se acomodaban cuatro mesas circulares con siete puestos cada una, no se encontraba nadie más. Echó un vistazo en derredor. Al fondo, lateral al ventanal, se apreciaba un podio de madera con el logo y nombre del hotel; y en el centro, colgando del techo, una pantalla de proyección retráctil. La vista de la ciudad era distorsionada por un sistema de persianas de tonalidad pastel, que combinaba con el color crema de las paredes y regulaba el acceso del radiante sol. Pensó que se había equivocado, que tal vez había confundido el nombre o la puerta del salón. Luego de haber dado vuelta y disponer salir al corredor, una voz resonó en el recinto; era Scott, que ingresaba por una de las puertas de servicio.

– Laia, hola; que gusto.

Se aproximó rápidamente y no dio espacio a que la chica le respondiera, imprimiéndole un beso en la mejilla.

– Sabía que serías la primera en llegar.

– Hola... Yo... ¿En serio no ha llegado nadie más?

Scott movió la cabeza de un lado a otro, con una enorme sonrisa de satisfacción dibujada en el rostro. Por dentro, Laia no podía comprender como tal cosa era posible, faltaba menos de media hora para la reunión y ella, que creía que iba con el tiempo apretado, había resultado en ser la primera en llegar. Normalmente, para este tipo de convocatorias tan importantes, los involucrados llegan muy temprano porque “todos quieren quedar bien con el dueño del proyecto”.

– Sabes, el señor Roldán aprecia mucho la puntualidad, esperemos que el resto llegue a tiempo... Puedes sentarte donde quieras, te recomiendo lo hagas al frente, no está bien que quien llega de primero se siente en un lugar donde parezca que llegó de último, eso da un mal mensaje.

Laia no articulaba nada, solo se limitaba a escuchar, esforzándose por balancear el choque de emociones que sentía; por un lado, la complacencia de estar ahí, a poco de conocer al Lucas Roldán, y por el otro, la duda razonable sobre lo anómalo del contexto. Trazó una afectuosa sonrisa en el rostro, para nada debía verse indecisa para Scott; así, ante la insistencia de este, caminó hasta una de las primeras mesas y se hizo de un asiento.

– ¿Deseas algo?, tenemos jugos, agua, soda y galletas.

– Una soda estará bien, pero de dieta.

Laia volvió a recorrer con la mirada el salón y buscó pensar en positivo. “¿Cuál es tu tontería?”, se dijo. Ya estaba ahí, era la primera en llegar y formaba parte de un proyecto que la impulsaría internacionalmente; una oportunidad de oro. Lanzó un profundo suspiro y sonrió para sí y para sus adentros. En eso, Scott apareció con el vaso de soda con hielo y el envase con el resto.

– Luces más hermosa hoy, Laia.

– Oh, gracias – atendió ella, con afecto.

– Toma, siéntete cómoda, que la reunión empezará a la hora indicada, estén quienes estén. Ya vuelvo.

Scott se alejó y desapareció por la misma puerta por la que había entrado. Laia, por su lado, extrajo de su bolso su teléfono celular a fin de relajarse y distraerse un poco mientras empezaran a llegar los demás y se diera el encuentro. Las redes sociales y el vaso de soda dietética serían sus víctimas. Pero tal cosa no duraría mucho, al cabo de un par de minutos, una rara sensación de pesadez y desconexión con el entorno abrumaría su cabeza, un atolondramiento que asimilaba a un mareo, le hizo distinguir que perdía control sobre sus sentidos y funciones básicas. Dejó el teléfono y se sujetó del borde de la mesa; quiso levantarse, pero sus extremidades

inferiores parecían pesarle el triple que lo que sus terminales nerviosas recordaban. Finalmente, la visión se hizo borrosa y entonces, el espanto que muy a la profundidad de su consciencia le agobiaba, le impulsó a querer gritar, pedir ayuda; pero su lengua no le respondió, también le pesaba mucho más. En eso, un sonido demasiado profundo, casi que ensordecedor, le taladró los tímpanos; era apenas una puerta abriéndose y los rápidos pasos de alguien acercándose. Eso sería lo último que vería y sentiría: esa silueta sobre ella, sujetándola en sus brazos.

Capítulo 7

- VII -

EL HOMBRE DE MARRÓN

Era un cuarto lúgubre; de paredes de madera amachimbrada, sin ventanas, con una puerta vieja, repleta de grietas, separada del piso por poco más de dos centímetros, aberturas por las que se colaba una fuerte luz amarilla que alumbraba un corredor angosto, sucio y decrepito. Un olor nauseabundo copaba cada recodo del recinto; tan penetrante, que horada las entrañas, sacudiendo cada terminal nerviosa con una irremediable e intolerable sensación de repugnancia. Y en medio de esa penumbra, en una silla atornillada al piso, equidistante de cada extremo del habitáculo, estaba ella; amordazada, harapienta, atada de manos y pies, imposibilitada de levantarse; pero silenciosa, como resignada o expectante, con la mirada opacada por el miedo, el dolor y la incertidumbre. Allí estaba Laia Versailles, sucumbiendo ante lo aborrecible de la humanidad: la sencilla maldad.

Y así la veía él, desde el aire, dando vueltas sobre ella, lentamente, atestiguando su desdén. Quiso hablarle, pero le resultaba imposible, su presencia no era física, por el contrario, su consciencia, su mente o su espíritu era lo que vagaba impotente en derredor. Izan era eso, esencia viviente, pero incapaz de ir más allá de la observación y la comprensión.

Logró detenerse, necesitaba aproximarse un poco más, tal vez así ella podría percibirlo y escuchar lo que, según él, le transmitiría en tan insólita circunstancia. Avanzó como si por el aire pudiera caminar; él creía dar pasos, pero simplemente flotaba. Se ubicó frente a su rostro, afinó su visión sobre esos ojos grises que ya no proyectaban esplendor, sino desolación. El alma de Laia estaba quebrada y ella parecía sencillamente esperar el inexorable final.

Ahí, mientras especulaba ante lo que veía, una bolsa de tela que antes fue blanca y que ahora lucía tan sucia como los andrajos que vestían a Laia, cubrió por completo su cabeza, dibujando el angustiado rostro de la chica bajo su superficie, cortándole la respiración y sometiéndola al calvario de la asfixia. Para quien lo hacía, tal manifestación de sadismo no parecía suficiente, ver a su víctima sacudiéndose con impotencia, sucumbiendo ante el ahogamiento, no le satisfacía en totalidad. Para saciar su acto de maldad, el hacedor salió de la oscuridad, asomó su rostro a un costado del de ella, enderezó su cuello y lo cercenó con un cuchillo dentado, causando en Laia doble sufrimiento: falta de aire e inmersión líquida, solo que, en vez de agua, en sangre.

Izan se alzó de la cama hasta media parte con una terrible sensación de asfixia. Hizo dos intentos por inhalar aire, pero la descoordinación de sus pulmones con su diafragma, más el efecto de bloqueo de la faringe, contrariaban sus esfuerzos. No fue hasta el cuarto intento que sintió inspirar una cantidad suficiente, más luego de eso, la dificultad se convirtió en seca y ruidosa tos. De inmediato, se sentó en el borde de la cama, haciendo ingentes esfuerzos por regular tal desorden respiratorio. Unos segundos después, la tos mutó, dando paso a una advertencia de inminente regurgitación. Se levantó y corrió al baño; ya en el inodoro, expelió solo saliva y bilis. Instantes después, la tos desapareció y su respiración se normalizó.

Luego de lavarse y dejar pasar algunos instantes mirándose al espejo, tratando de recordar cada detalle de la pesadilla en que su mente lo había sumergido momentos atrás, volvió a la cama, sacó de la gaveta el anillo que Regina le había entregado sin dar una explicación sensata y preguntó a la nada "¿qué es lo quieres de mí, Laia?". Se perdió en el objeto por algunos momentos, antes de tomar su teléfono móvil y verificar que, mientras dormía, un mensaje de correo electrónico le había llegado; y es que el día de la develación del mural del recuerdo en la Universidad de San Eustaquio, luego de ver aquella foto de Laia, en donde el hombre de cabello marrón aparecía en primera fila, le pidió a Samay que se la enviara porque "le encantaba". La chica cumplió con el pedido.

Por más que quiso, no pudo recordar el rostro del criminal que, en su elucubración mental, cortaba la garganta de Laia. Hacía poco la había visto arder, ahora veía cómo moría, antes de que la despedazaran, calcinaran y abandonaran en el pantano. Esa mañana, Izan no pudo pensar en la universidad ni en nada más; no había podido dormir en toda la madrugada, así que, a eso de las ocho, llamó a la estación de policía para pedir hablar con el detective Tovar. Sinceramente, no estaba claro en lo que diría, pero en su interior estaba seguro de que el hombre de ojos y cabellos marrón de sus sueños, debía ser el asesino. Progresivamente el chico está cayendo presa de su mente.

– Entonces tenemos que vernos en persona, no hablaré detalles del caso por teléfono – contestó Tovar, luego de dudar por unos segundos acerca del pedido y las motivaciones de Izan. – Puedes venir, o yo iría a tu apartamento, como quieras.

– Iré donde usted – asentó, pasados unos segundos –; prefiero ir allá; ¿se puede ya?

– De acuerdo; solo no me dejes esperando.

Izan llegó a la estación en poco más de veinte minutos. Tovar lo recibió en su escritorio, pero el chico quería hablar en un ambiente más privado, no en medio del agitado y algo ruidoso entorno del área central de la

estación. El detective, no muy convencido de la petición, accedió e hizo que lo trasladaran a un cuarto de interrogatorio vacío.

Dentro, donde Tovar le pidió que esperara, Izan imaginó lo que regularmente ocurría ahí y las clases de personas que se habrían sentado antes en la silla donde ahora él aguardaba: ladrones, estafadores, traficantes, violadores, asesinos y demás clases y tipos de alimañas humanas. Respiró hondo y optó por concentrarse en lo que había estado pensando durante su recorrido: "¿cómo explicarle a Tovar sus sospechas sin parecer un demente?" Irremediablemente, no había camino alguno que no generara tal concepción; él quería decir la verdad y, como fuese, sonaba a una locura.

– Bien, aquí estoy Izan, dime... ¿Qué quieres decirme?

– Es sobre el caso.

– Eso ya lo tengo claro – dijo, mientras colocaba un celular sobre la mesa y activaba la aplicación de grabación de voz.

– No, no lo haga... No creo que sea prudente grabar.

– Si vamos a hablar del caso, hay que grabar; así funciona.

– Pero, es que...

– Vamos, Izan; ¿a qué has venido?

El silencio se adueñó de algunos instantes en lo que el chico miró hacia todas partes, buscando aún la forma más adecuada de expresarse sin provocar que lo trasladaran ipso facto a una clínica psiquiátrica o lo arrestaran por entorpecer una investigación. Tovar percibió tal inseguridad y, lanzando un breve suspiro, suspendió la grabación.

– De acuerdo, haré una excepción por ahora. Dime.

– Sospecho de alguien.

– ¿Sospechas de alguien? – inquirió Tovar, con expresión de desconcierto.

Izan no dijo más nada, sacó su teléfono móvil y le mostró la foto, amplificada en la sección con el rostro del hombre que le agitaba sus sueños de manera oscura.

– Él... Ese hombre.

– ¿Y esta foto?

– Está en el mural de recuerdo en la universidad; pedí que me la enviaran porque ese hombre que aparece en primera fila... Ese hombre es de quien sospecho.

Tovar observó la imagen por algunos segundos, luego posó su mirada en Izan, evidentemente confundido.

– Debes ser más claro. ¿Por qué sospechas de él?

– Porque lo he visto en sueños – dijo, luego de unos segundos de introspección, en los que casi decide levantarse y salir corriendo del lugar.

– ¿Bromeas?

– No señor. Mire, sé que ahora está pensando que estoy loco, que le estoy haciendo perder tiempo o que he venido a hacerle una broma; pero no es así, estoy aquí con toda la buena intención, porque todo lo que me está pasando me está afectando... No paro de soñar con Laia y ahora este hombre, el de la foto, apareció en mi mente, así como Laia, y yo no lo conocía, nunca lo había visto sino hasta el día que encontré esta foto en el mural del recuerdo.

Tovar conservó la calma, borró la sonrisa y proyectó absoluta seriedad, aunque era clara la estupefacción que le provocaba el escuchar tal testimonio.

– Detective, por favor, investigue a ese hombre, estoy seguro que algo tiene que ver con la muerte de Laia, por eso aparece en mis sueños...

– ¡Suficiente! – interrumpió Tovar –; no puedo investigar a un hombre porque tú vengas a decírmelo; y sospechando de qué, ¿de un sueño?

Varios golpes en la puerta, seguido de la aparición de un agente uniformado, interrumpieron la ya malograda conversación. Posterior a disculparse por la intromisión, el oficial informó que Regina y su hija ya estaban ahí.

– Gracias. Diles que ya voy para allá.

– ¿Regina está aquí? – espetó el chico al cerrarse la puerta.

Tovar lo miró con firmeza, era evidente su molestia. Respiró hondo, obvió la interpelación y se limitó a indicarle que se levantara y lo acompañara;

haciendo caso omiso al fuerte suspiro de decepción que el chico lanzó.

Ya fuera del cuarto de interrogación, mientras avanzaba, Izan pudo divisar a Regina, sentada junto al escritorio de Tovar, en compañía de su hija, Alana.

– Mira, vuelve a tu casa; haré que este encuentro nunca se dio, ¿de acuerdo?

– Pero, señor...

– No más, Izan; para... Puedo entender tu enamoramiento y lo raro de lo que ha sucedido y cómo puedes estar afectado de alguna forma que no necesariamente comparto; pero de ahí a escuchar sandeces sobre sueños, visiones y sospechosos imaginarios; no. Esto es serio, muchacho.

Regina, que observaba los ademanes de Tovar y la expresión reprimida de Izan, se levantó y sin que el par se percatara, los arribó justo cuando el chico se disponía a decir algo en su defensa, ante la determinante posición del detective.

– ¿Suced algo, amigos? Hola, Izan; qué sorpresa encontrarte aquí.

Izan saludó con tono reservado, Tovar ofreció disculpas por hacerla esperar y acotó que el chico ya estaba por retirarse.

– No tienes que irte, mejor me esperas, no creo que el detective tarde mucho conmigo, ¿verdad?

Tovar asentó levemente, algo confuso por la forma tan franca con la que la mujer insistía en tratar a alguien que apenas conocía.

– Dame un rato y me acompaña, puedo llevarte a casa... Bueno, no yo; ya yo no manejo, es Alana – y le hizo un ademán para que su hija se acercara. – Vamos, detective, ¿dónde conversaremos?

– Acompáñenme, hablaremos en privado.

Alana se aproximó, obsequió una mirada penetrante a Izan, de esas que buscan indagar y a la vez parecen juzgar.

– Siéntate junto a mi escritorio y espera ahí, ¿de acuerdo?

Izan asentó con un gesto la indicación de Tovar. Vio como el trío se alejaba por el corredor e ingresaba al mismo recinto donde antes él había estado, en su estropeado intento de hacerse valer. Sintiendo supremamente estúpido por lo acontecido, pensó en mejor irse, era claro que Regina querría saber más detalles del porqué de su presencia en la

estación; ¿y qué le diría?, ¿que se había atrevido a hablar sobre sus sueños y sus sospechas de un hombre en una foto y en su mente? Pensar en aquello lo hacía sentirse y verse como un imbécil. “Por suerte no traje a Ednar, sino me revienta a insultos”, se dijo. Optó por quedarse, era mejor atreverse a responder las dudas de la abuela de Laia, más que todo porque él también tenía inquietudes por atender.

A los pocos minutos de estar esperando, mirando hacia todas partes, siendo testigo del día a día de una estación de policía; escuchando las quejas y denuncias de unos, viendo llegar a quienes son atrapados por los agentes del orden, para quedar a expensas de un sistema de justicia que la sociedad percibe como inútil y corrupto; una voz femenina le extrajo de sus pensamientos y observaciones. La oficial, extrañada, no dudó en interrogarle acerca de sus razones para mantenerse a un costado del escritorio de Tovar.

– El detective me dijo que esperara aquí.

La mujer hizo un ademán con la cabeza, colocó un folder algo grueso sobre el escritorio y se alejó. Izan respiró hondo, giró su rostro de un lado al otro, extrajo su teléfono celular y se acomodó en el asiento, tenía muchos mensajes por atender, particularmente de Ednar, a quién le urgía saber qué había pasado con su amigo. Y así, Izan empezó a escribir respuestas, aunque detrás, su mente no cesaba de revolotear sobre Laia, sus sueños, el hombre extraño, Regina y sus ideas; Tovar, la investigación y como él había quedado en medio de todo por haberse enamorado del rostro de una chica en una valla publicitaria. Entonces, como cosa predestinada, de esos instantes en que no se encuentra justificación lógica para que algo simplemente suceda; volteó la mirada un poco y observó el folder que le llamaba a gritos desde que la oficial lo dejó sobre el escritorio. No tardó mucho en enderezar su espalda y levantar más su cabeza para poder ojearlo mejor y leer lo que decía la pestaña: “caso 38-791-18: Laia Versailles”.

Atónito, quiso tomar el archivo de una vez, pero supo contenerse ante lo que sería una clara estupidez. Antes, debía echar un vistazo alrededor y determinar el momento propicio para atreverse a hurgar un documento que no le competía legalmente, aunque sí emocionalmente; y aún más, debía erradicar de su rostro ese semblante de asombro que revelaban su mirada y su entreabierta boca. Y así lo hizo, dejó que el tiempo se diluyera hasta que supo que podía. Arrimó el folder hacia sí y levantó la carátula: “Informe de identificación de asistentes al funeral de la víctima” decía en letras de mediano tamaño. Del bloque de hojas sobresalían dos pestañas de colores, una verde y otra roja. La verde decía “identificados”, seguido de un número al que Izan no prestó atención; y esto, porque la pestaña roja lo apresó, así como quien parece prever irracionalmente algo, como si alguna voz le estuviera diciendo, advirtiéndolo o dando indicaciones en su inconsciencia. La pestaña roja era la importante, la que

decía "sin identificar: 1".

Volvió a dar un vistazo en derredor, todos parecían tan ocupados y desconectados de su presencia en medio de esa amplia sala de la estación, incluso, la oficial que antes había dejado el fólder y que estaba a muy corta distancia de él, revisando unos documentos. Así las cosas, definió que no tenía por qué preocuparse, que podía seguir indagando. Abrió el registro en la hoja de la pestaña roja y se encontró con una fotografía del hombre del cabello marrón entre los asistentes al cementerio. "Diablos", fue lo más sutil que se escapó de sus labios, pero en un tono de voz lo suficientemente alto como para que la oficial lo escuchara. Al verlo con el documento abierto, se sorprendió y, tal cual debía, se levantó con rapidez y se movilizó hacia él, claramente ofuscada.

– ¿Qué rayos haces, chico? Eso es información privativa de la policía.

– Necesito al detective Tovar – espetó Izan, absorto, casi que aterrado.

El chico pretendió correr, fólder en mano, hacia el salón donde el detective se mantenía reunido con Regina y Alana, pero la oficial lo contuvo por un brazo, notablemente enojada.

– Necesito ver a Tovar.

– No vas a ninguna parte.

Con un par de rápidos movimientos, la hábil mujer lo retuvo fácilmente y lo devolvió al asiento. Ya más de uno en la estación se mantenía al tanto de la escena, lo que provocó que la voz se corriera y en menos de un minuto Tovar apareciera, queriendo entender lo que ocurría. La oficial explicó lo que, a su punto de vista, era la realidad, pero Izan no pudo mantener la boca cerrada.

– El hombre del funeral, el que no se ha podido identificar; es él.

– Yo me encargo – indicó Tovar, para que la oficial se apartara.

Entonces, tomó el informe y lo abrió en la foto del hombre de ojos y cabellos marrón; de inmediato recordó la imagen que minutos antes Izan le había mostrado. Observó con suspicacia al chico. Por segundos, pareció abstraerse en un contexto incomprensible e irracional. "No tiene sentido", espetó, y se apuró a acomodarse a su asiento a la vez que indicaba a Izan que le mostrara nuevamente la fotografía en el celular. Luego de compararlas, un halo de misterio le surcó las sienes. De inmediato, extrajo del cajón un sobre amarillo con fotografías de Laia; las distribuyó sobre el escritorio y pidió al chico que le ayudara a buscar al hombre.

Con algo de esfuerzo, incluso con la ayuda de una lupa, y luego de revisar y volver a mirar, Izan y Tovar identificaron al hombre de ojos y cabello marrón en la primera fila de 15 fotografías de actuaciones de Laia. Solamente en esas fotografías, donde la chica entregaba su talento en el escenario; ahí se le encontraba.

Capítulo 8

- VIII -

LA JOYA DE VERSALLES

En la estación, Tovar, claramente confundido por lo acaecido, pero satisfecho por el giro que estaba tomando el caso, se reunió con su equipo y giró indicaciones contundentes de dar con el paradero del desconocido hombre del funeral y de las fotografías de Laia. El mismo podría ser un acosador y eso cuadraba con el perfil que se buscaba. Adicional, en privado, le dijo a Izan que se guardara para sí cualquier comentario acerca de las razones que lo llevaron a sospechar del hombre y presentarse a la estación; que se olvidara de comentar a alguien más eso de sus sueños, visiones y cualquier cosa relacionada, que pudieran hacerlo ver como un loco y comprometer el caso. Para el resto, él fue a la estación para conocer de los avances y al ver la foto del sujeto sin identificar en el funeral, recordó haberlo visto en otra fotografía de Laia y, a partir de ahí; todo lo demás. Claro, Tovar seguía sumergido en una serie de dudas a las que el chico no podía darles respuesta; no podía aceptar eso de que una visión en un sueño revelara un sospechoso; pero admitió que gracias al instante de paranoia de Izan, contaban ahora con una nueva pista.

Culminada su interrumpida reunión, Regina y Alana abandonaron la estación y se llevaron a Izan consigo. Tovar los acompañó a los tres hasta afuera y brindó aliento al par de mujeres; para él, el caso se resolvería muy pronto y se haría justicia, pero algo muy dentro de Izan le decía que las cosas aún tenían que complicarse un poco más.

En el auto, Regina se abrió sin dudas, a pesar de que Alana no estaba muy de acuerdo, o más bien, no comprendía el por qué su madre había adoptado tan especial trato para con Izan. Así, le compartió que las novedades de Tovar se limitaban a aclarar que todo lo relacionado a una audición para un proyecto cinematográfico internacional, de lo que ella no sabía nada, era una falsedad. La película, Scott Dolande, Lucas Roldán y Star House, eran elucubraciones de una mente criminal sagaz e inteligente, que no actuaba sola y que contaba con la capacidad de llevar a otros más débiles o con iguales tendencias malévolas, a sumarse a sus cruentos propósitos. Tovar estaba buscando a un sicópata feminicida y su mirada ya estaba puesta sobre el mismo hombre que Izan.

– ¿Así que tu mente juega contigo en sueños?

– No entiendo lo que me sucede – atendió Izan, con tono serio, ante el toque irónico de la pregunta de Alana.

- No lo molestes, Alana, sabes bien que no debe ser nada fácil.
- No entiendo – arguyó el chico, con evidente confusión.
- Lo que te sucede, Izan, se llama compenetración de consciencia y es un mal de nuestra familia, dicen algunos. Al contrario, yo lo considero un don; y tú lo tienes.
- ¿Compenetración de consciencia?
- Así es. Seguramente lo heredaste de tu madre... Deberías preguntarle, algo debe tener que decir al respecto, por muy poca experiencia o relevancia que le haya dado.

Izan guardó silencio. Notó como la mirada de Alana, lo buscaba por el retrovisor central. A primera impresión, no le resultaba para nada sensato lo que Regina señalaba; él esperaba encontrar respuestas contundentes a sus interrogantes, no más planteamientos basados en ideas sin asidero lógico.

- Nunca había escuchado sobre eso.
- No es algo que se aprenda en la escuela, hijo; tiene que ver más bien con la vida y, por supuesto, el incursionar en otros aspectos que a la gente común y corriente no le importa o, simplemente, no comprende.
- ¿Y es por eso que me dio el anillo?
- Vas entendiendo.
- Igual no tiene sentido. ¿Cómo sabría que yo estoy tan compenetrado con Laia?, ¿y a razón de qué lo estaría?
- Las razones no las conozco, nadie las conoce; sin embargo, si estás frente a alguien que puede percibir esa condición, lo sabrá.
- Me disculpa, Regina; pero me parece una concepción poco racional; casi que religiosa, si es que cabe la palabra.

Alana rio y movió la cabeza de un lado a otro.

- ¿Religioso? No, mi amor; mi familia superó la religión hace mucho. Ya somos varias generaciones de ateos, agnósticos y demás yerbas aromáticas similares... Y tú, ¿eres religioso?, ¿cristiano?
- Hasta hace un par de años, ahora me considero agnóstico o algo cercano, no estoy seguro. Creo que estoy en una etapa de definición en

mi vida, pero no le pongo mucho esfuerzo a eso, no es prioridad.

– Ves, Alana; el chico está lleno de sorpresas; muy buenas, por cierto.

Alana volvió a indagar a Izan a través del espejo. Regina guardó silencio mientras se concentraba en el camino y en sus pensamientos, explayando en su rostro una leve sonrisa de satisfacción. Izan, en esta ocasión, retó los ojos de la conductora; y justo cuando de su boca se aprestaba a liberar alguna de sus dudas, una respuesta emergió.

– Es un amuleto... El anillo es un amuleto, tan antiguo como nuestra estirpe – enfatizó Alana, incluyéndose directamente en la conversación.

– ¿Amuleto?

– Así es, ha sido portado por una mujer de cada una de las generaciones Versalles desde hace más de 300 años... ¿Quieres la historia completa?

Las últimas décadas del siglo XVII y la primera mitad del siglo XVIII fueron bastante agitadas en Francia, tanto así que la capital oficial de la nación se trasladó dos veces a Versalles, bajo los reinados de Luis XIV y Luis XV, respectivamente. Durante los primeros años del primer término, Orson De Versalles, acaudalado comerciante local, heredero de una familia de no mucha antigüedad, pero de indiscutible prestigio, supo introducirse en el núcleo de poder del gobierno y llegar hasta las cercanías más envidiables del trono. Para Luis XIV, Orson era uno de sus vehículos más eficientes, leales e inteligentes para mantener vigilados a los nobles y ayudar al control sobre estos y sus intenciones. Serían grandes años para la corte del Rey y para De Versalles, fiel servidor de la corona y exitoso en sus menesteres, tanto así que sería cortejado por más de una pretendiente de su fortuna y galantería. Pero sería Eliette la que se llevaría los honores de la predilección de esos ojos grises, y consigo, el anillo, el amuleto, la joya diseñada especialmente por un reconocido artista del metal de aquellos años, forjada en plata y combinada con esa línea dorada en alto relieve. Cuando Orson lo entregó a su enamorada en su cumpleaños, no sabía realmente lo que estaba obsequiando. Aunque un año después le pondría uno aún más fino y lujoso como compromiso y, poco tiempo después, una alianza de oro macizo; ese regalo de cumpleaños marcaría la historia de su estirpe para siempre.

Cuando el gobierno volvió a Paris luego de la muerte de Luis XIV, Orson, Eliette y sus tres hijas se establecieron un tiempo en la capital hasta lograr atar cabos con el Regente, Felipe de Orleans; por supuesto, con la mirada puesta en la futura ascensión de Luis XV. Unos años después, habiendo ya regresado a Versalles, huyendo del desastre del gobierno del Regente, éste se acordó de Orson y le encargó cumplir una importante misión político-económica en Marsella, a lo que Eliette no pudo acompañarlo por quebrantos de salud. Él pensó en negarse, pero no se

arriesgó, la fama de Felipe era terrible y ante la muy cercana coronación del rey, no valía la pena generar una confrontación. Así, el 15 de junio de 1720, Orson llegaría a Marsella. Para esos días, el barco de la muerte, el Gran San Antonio, descargaba un enorme envío de fardos de algodón infestados de pulgas portadoras del bacilo de Yersin, lo que daría pie a la plaga conocida como la Peste de Marsella. Orson sería una de las miles de víctimas que, dentro del bloqueo ordenado por el gobierno, terminarían pudriéndose en medio de las malolientes avenidas de la ciudad.

Muchos años después, Eliette viajaría a Marsella en compañía de su hija mayor; y lo haría no porque realmente quisiera, ahí no había tumba ni sitio especial en honor de su esposo, su cuerpo había sido quemado junto al de muchos otros; lo hacía porque su mente no cesaba de exigírselo. Se había propuesto jamás pisar el suelo donde Orson sucumbió, pero a su consciencia le apetecía otra cosa. Al segundo día de su viaje, esa incomprensible necesidad la hizo recorrer algunas secciones de la ciudad y concebir la presencia de Orson en cada esquina. Lo que sentía era demasiado fuerte, parecía querer llorar en cada recodo, y más de una lágrima no pudo ser contenida, hasta que algo aún más poderoso y diferente le agitó el interior justo cuando se detuvo frente a un recién inaugurado mercado.

Entró y como si de un imán se tratará, percibió que algo le llamaba, más bien, le conducía. De repente, tras un aparador de vidrio que permitía observar desde fuera muchas piezas de joyería, destacaba un anillo idéntico al que su amor le había obsequiado en su último cumpleaños antes del compromiso oficial, el mismo anillo que ella le había entregado antes de que él partiera a Marsella, para que la llevara consigo más allá del amor y el corazón. Ahí estaba, esperándola, como cosa diseñada por eso en lo que ella y casi toda Francia del siglo XVIII creía profundamente: Dios. Pagó el elevado precio que el dueño de la tienda pedía, era una reliquia que nadie se atrevía a comprar, aun a pesar de su valor histórico: "recuperada de un cadáver de la peste de Marsella de 1720".

– ¿Entonces Orson y Eliette también estaban compenetrados? – inquirió Izan, luego de escuchar la narración de Alana.

– Sí – afirmó Regina, categóricamente –; y el anillo fue de alguna manera un instrumento de enlace, algo con la capacidad de contener parte de la energía de cada uno de ellos... ¿Sabes por qué?

– Dígame.

– Esto es solo una leyenda, pero se afirma que el oro utilizado para la línea dorada que rodea el anillo, proviene de joyas arrebatadas a una mujer que se suponía hechicera. Luego de su muerte, hicieron rebatiña con sus bienes y sus joyas fueron fundidas... Se dice que el artífice del anillo usó de ese oro al no tener más disponible para cumplir con el pedido

especial de Orson; incluso se cree que tuvo beneplácito de este.

– ¿No le suena a mucha fantasía?

– Claro hijo – respondió, mientras estacionaban el auto, al fin, frente al edificio de Izan –; de que está llena de ilusión la historia, claro que sí; pero no me negarás algo, ¿acaso no resulta extraordinario lo que te ocurre?, ¿crees que la simple lógica terminará por explicarte algo de todo esto?

Izan bajó del auto, se detuvo ante la ventanilla de Regina, miró a Alana, que ya mostraba un semblante más receptivo para con él. Respiró hondo y habló.

– Si estoy tan compenetrado con Laia, ¿qué razones tendría ahora? El anillo está en mis manos y ella ha muerto.

– Tal vez debes lograr que se haga justicia.

– ¿Yo? No soy investigador, solo tengo visiones.

El par de mujeres sonrieron, como regocijadas ante la aún ingenua y, evidentemente honesta, actitud del chico. Por su parte, Izan distinguía en esas expresiones un tinte de superioridad que lo hacía verse como ignorante del alcance de todo en lo que estaba involucrado, y como un iluso, cosa que muy dentro creía así, puesto que, ¿quién se enamora de una chica en un aviso publicitario, sino más que un iluso?

– Cuando la verdad toque a tu puerta de una buena vez, cuando sientas que todo esto ha terminado, me devuelves el anillo, ¿de acuerdo? Aún hay otra Versalles que lo debe poseer – sentenció Regina, volteando la mirada a Alana.

– Como usted diga.

Y el auto marchó.

Ya en su apartamento, antes de cualquier cosa; antes de Ednar, sus mensajes; antes del internet, las llamadas perdidas de su madre, los correos y las redes sociales; sacaría el anillo del cajón junto a la cama, lo tomaría en sus manos y lo apretaría con firmeza. Otra vez, ahora con toda esa historia de los antiguos ascendientes franceses de Laia en la cabeza, preguntaría “¿qué quieres de mí?, ¿qué me une a ti más que lo que siento por ti?

Y el timbrar del teléfono móvil lo sacaría de contexto. Era Tovar con una

propuesta inesperada: conversar en privado sobre el caso, en su apartamento.

Capítulo 9

- IX -

EL CHICO DEL DIARIO

Saber que los ojos grises de Laia venían de generación en generación desde los de Orson y la Francia del Siglo XVII podía resultar tan impactante para Izan como el percatarse de que sus debilidades le jugaban malas pasadas demasiado seguido. Si hay algo que acompaña a los chicos como él, como consecuencia directa de la inseguridad y la poca estima en las propias capacidades o habilidades, es la escasa velocidad de respuesta efectiva ante ciertas situaciones y la falta de atención a los detalles en los momentos más necesarios. Así le sucedió el día que se detuvo frente al mural del recuerdo en el campus saneustaquiano; había pasado por alto un detalle que se revelaría con la visita de Tovar.

Era sábado, sus compañeros de apartamento habían tomado rumbo a sus sitios de procedencia, y aunque a él también le correspondía aprovechar la circunstancia, puesto que el lunes siguiente era un feriado nacional, optó por no viajar donde sus padres, máxime cuando la impensada llamada del detective contribuyó a darle más sostén a su propensión a profundizar más en el caso del asesinato de Laia y contribuir a la investigación en lo que a su alcance estuviera.

Claro está que, para Tovar, cada una de estas decisiones de Izan le aunaban en su concepción distorsionada acerca del chico. ¿Dejar de volver a tu pueblo, con tus padres, por una llamada para una conversación informal, que bien se podía posponer? ¿Tan importante le resultaba Laia? Y las razones, ¿dónde ubicarlas, para tan profunda afinidad? Sin embargo, en cierta forma le satisfacía la disposición de Izan a poner por encima su relación con el caso, puesto que, en su mentalidad de detective, moría de ganas por exponerle la novedad que profundizaría lo perplejo que para ambos resultaban ciertos aspectos inherentes a la investigación y que no cualquiera podría saber y mucho menos comprender.

- Gracias por recibirme y renunciar a tu fin de semana largo, Izan.
- Sí, todos se fueron... Y, ¿en qué puedo serle útil?
- ¿Nervioso? – insinuó Tovar, al notar cierto soplo de inseguridad en la voz y gesticulación del chico.
- Creo que más bien es expectación; quiero saber qué desea hablar conmigo, pero la incertidumbre me pone así.

Tovar sonrió, se acomodó en uno de los sillones de la sala y bebió un sorbo del vaso con agua que previamente le había facilitado su anfitrión. Seguido, lanzó un profundo suspiro y entró en detalles.

– Sabes, lo que pasó en la estación fue muy raro; tú y eso de tu visión de aquel hombre desconocido y cómo, de repente, nos ayudas a determinar algo que se nos estaba escapando; y zas; tenemos un sospechoso... ¿Entiendes lo extraño que me resulta eso?

– Lo entiendo, señor; y para mí también lo es.

– Y no lo pongo en duda; pero, hay algo más, tan absurdo como tu visión.

Izan frunció el entrecejo y afinó la mirada, en clara expectativa. Por su parte, Tovar, con sus gesticulaciones, simulaba al narrador de alguna historia de misterio, solo que no había fogata ni nocturnidad que le amplificara el contexto. Abrió un pequeño maletín, extrajo un cuaderno y lo deslizó sobre la mesa de centro.

– ¿Sabes qué es esto?

– Un diario, ¿no?... ¿De Laia?

– Ciertamente; y es muy sensitivo para mi tener que indagar en un documento tan privado de una víctima; ya lo he hecho muchas veces, pero siempre es complicado. Hay tanto ahí que esa persona reservaba para sí misma, que penetrar en ese mundo se convierte en algo emocionalmente complejo.

– Lo entiendo.

– No lo dudo, me pareces un chico inteligente... Bueno, retomando; hay un pasaje que me gustaría compartir contigo, extraoficialmente. ¿Quieres escucharlo?

Siete meses atrás, Laia salió con un grupo de amigos, entre ellos Zoe, a un paseo de playa. Allá, en cierto momento, mientras caminaban por la orilla, sintiendo el viento golpearles el rostro y agitarle los cabellos; encontró valor para contarle a su amiga algo que le venía ocurriendo hacía un tiempo, no tan repetidamente, pero sí incisivamente. Se trataba de un sueño que ella calificaba como oscuro y sublime, lo primero, por el toque de misterio y suspenso que tal manifestación le provocaba; y sublime, por lo que el protagonista principal agitaba en su interior con el mero hecho de recordarlo.

“Normalmente cuando uno sueña con personas desconocidas, son rostros de gente que existe y que alguna vez viste y tu mente extrae de la

memoria para ponerlos ahí, como rellenando espacios vacíos del argumento de una historia". Así le explicaba Zoe lo que realmente podrían representar sus imágenes, y es que Laia había estado soñando con un joven atractivo, desconocido, que le decía cosas que ella nunca recordaba en su totalidad, pero que comprendía como pretensiones de acercamiento o de cortejo. En principio, no le prestó atención, total, son sueños raros, de esos que todos hemos tenido, cuando personas que aseguramos jamás haber visto o conocido, aparecen en nuestra mente y nos regalan emotivos instantes de inconsciencia, sublimes creaciones que parecen trasladarte a un universo alterno, que no es más que la complementación entre la realidad y lo que se desea; al final, terminamos aspirando a que tal manifestación se concrete, consiguiendo a veces, y en muy pocos casos, que el recuerdo perdure como si realmente se tratara de un hecho vivido. Así era para Laia ahora, luego de varias reiteraciones, donde el contexto y los demás personajes de su argumento nocturno variaban, menos el de ese chico veinteañero que, claramente, buscaba conquistarla.

– Me siento como una tonta diciéndote esto.

– Tonta serías si no lo hicieras, eres mi amiga y para eso somos las amigas.

– ¿Crees que sea algo más?

– No sé, hay cosas que se dan y uno simplemente no las entiende; de repente estás teniendo algo como una premonición... Aunque no creo en esas cosas, pero eso no significa que algo así no pueda suceder.

– Sabes, a veces me duermo imaginándolo, queriendo que aparezca en mis sueños, pero lo he logrado en muy pocas veces, mayormente termino soñando con él cuando menos lo espero; y cuando sucede, es como un mundo de sosiego, sus ojos me proyectan ingenuidad, ternura y... Carajo... Me da pena esto.

– ¿Amor?

Y Zoe tenía razón, eso era lo que ella sentía cuando su mirada chocaba con la de ese rostro imaginario sutilmente diseñado por su subconsciente.

– Hay momentos en que me siento profundamente enamorada de él, como si lo deseara; y eso me hace lucir como una idiota.

– Tal vez lo que necesitas es un novio real.

– Ahora no quiero saber de eso, mi última experiencia no fue muy buena.

– No todo tiene que ser igual. Creo que estás falta de cariño masculino.

Las carcajadas de ambas opacaron el ruido del romper de las olas. Evidentemente no habría explicación contundente para tales composiciones nocturnas y las raras sensaciones consecuentes; solo quedaba seguir y sobrellevar.

– ¿Has hablado de esto con tu abuela?

– No, para nada, no quiero que me salga con alguna teoría de enajenaciones espirituales.

Antes de esa mañana en la playa y desde la ocasión en que decidió prestar atención a las apariciones del chico en sus sueños, Laia compartió esa experiencia con el único testigo fiel de cada momento, idea, sentimiento o aspiración íntima de su vida: su diario. Ahí, entre otras cosas, se esforzó por describir al visitante de sus noches más extrañas, y lo hizo con tan lujo de detalles que Tovar, al descubrir las anotaciones, solicitó a una de las dibujantes de la estación, que convirtiera el esbozo textual en un retrato hablado. Ahora, en el apartamento de Izan, luego de delinear en el aire, con suspicaz tono de voz y acertadas gesticulaciones la experiencia de Laia y sus sueños; colocó sobre la mesa el resultado del arte de la dibujante. Izan se vio, y era tan claro, que palideció, a la par que un escalofrío le penetró cada terminal nerviosa, desde la nuca hasta el coxis.

– Y dime, ¿qué tan inverosímil debe resultar esto para mí?

– Ella también me vio en su mente.

– Dime algo que yo no sepa, Izan. ¿Me estás mintiendo?, ¿seguro que no la habías visto antes?, ¿tal vez eres un acosador?

– ¿Ha venido aquí a acusarme? – espetó, luego de algunos segundos de espanto, duda y sorpresa ante las preguntas de Tovar.

– No, he venido aquí por la verdad; tú verdad, porque esto de los sueños y las visiones tuyas y ahora de Laia, no me los trago.

– Pues, yo no tengo más nada que decir. Pregunte a quien quiera, jamás vi a Laia en persona, nunca estuve en San Eustaquio, sino hasta el día en que fui a buscarla para conocerla; y esa es toda la verdad.

Tovar se recostó aún con el diario en manos, lanzó otro suspiro, como de resignación; acarició su rostro en señal de introspección y prosiguió con su reflexión.

– Ya he hecho todo eso y no hay nada que te conecte con Laia, salvo tus visiones y las de ella; pero como buen investigador, tengo que lanzar cáscaras de banano a ver si la gente involucrada resbala... Mira – continuó, luego de una breve pausa en la que Izan enarcó las cejas en gesto de inconformidad – todo esto cae irremediabilmente en un contexto que no ayudaría en nada a acusar a un presunto homicida cuando demos con el sospechoso. Necesitamos pruebas irrefutables, nada de esto – acentuó, levantándose del sillón y lanzando el diario sobre la mesa.

Izan vio como Tovar, confundido, caminó hacia el ventanal. Observó el diario y le invadió una sensación de intriga, casi que una necesidad irreversible de querer sujetarlo en sus manos; ni siquiera abrirlo, solo tenerlo; el cuaderno de privacidades era, luego del anillo-amuleto que temporalmente Regina le había entregado, lo único verdaderamente propio de Laia que alguna vez tendría oportunidad de palpar en la vida.

Preguntó si podía tomarlo, a lo que recibió una confirmación casi que espontánea. Miró la portada, sencilla; un liso color caoba con un delineado en dorado que en inglés decía “mi diario”. Pasados algunos segundos de duda, se atrevió a abrirlo; se concentró en la primera hoja, donde Laia Versailles plasmaba su nombre en una decoración y combinación de bolígrafos de colores, que daban un aire de belleza impresa con solemnidad. Bajo el nombre, lo que se le había escapado ese día en el mural de recuerdo; aquel dato al que no le prestó atención y que, a estas alturas, debería ser del dominio de todos: su fecha de nacimiento. Después de algunos segundos de cavilación, con los latidos acelerados y entrecortada voz, llamaría la atención de Tovar con una expresión que profundizaba aún más lo raro de las circunstancias.

– Nacimos el mismo día.

– ¿Qué dices?

– Laia y yo nacimos el mismo día.

Dejó el diario sobre la mesa y corrió a su habitación, al tiempo que Tovar suspendía su observación de la ciudad desde el ventanal, así como la cadena de pensamientos sin base sólida que ofuscaban su mente. Volvió a la silla, tomó el diario, mientras Izan reaparecía con una caja de plástico e iniciaba una afanada búsqueda, sentado en el piso.

– ¿Qué haces?

– Tengo muchos recuerdos guardados aquí – y siguió buscando con desaforo. – Ya está, mi primera tarjeta de vacunación.

Tovar la tomó y observó los detalles del nacimiento de Izan: 3 de octubre de 1995, a las 11:15 de la mañana, en el Hospital Punta del Norte. Absorto, miró al chico, se levantó, sacó su teléfono móvil y empezó una

llamada.

– ¿A quién llama?

– Vamos a ver si el círculo de lo ininteligible se completa... Regina, buen día, ¿cómo está?... Sí, necesito preguntarle algo, y voy a apelar a que su memoria sea tan buena como su personalidad y carácter – alegó, con tono caballeroso... – ¿Recuerda el nombre del hospital donde nació Laia y la hora?

– Cómo no, detective; jamás lo olvidaría, gané el primer premio de la lotería al sorteo siguiente; 11:15 de la mañana del 3 de octubre de 1995, en el Punta del Norte.

Y el mundo bajo los pies de Izan Bustamante y Boris Tovar, se estremeció.

Capítulo 10

- X -

COMPENETRADOS

Izan se recriminaba el hecho de no haber tomado nota de un dato tan sencillo, y es que en el mural del recuerdo en el campus saneustaquiano, bajo la foto principal de Laia, claramente estaba la fecha de su nacimiento anteponiendo a la de su defunción, como es la costumbre en casi todas partes del mundo; sin embargo, él no se percató, y tal cosa le resultaba supremamente imperdonable. Se había preguntado durante muchos días acerca de algún motivo que sustentara la teoría del enlace, esa compenetración a la que Regina, con tanta seguridad, se refería; y estaba ahí, frente a sus ojos. Pero – y se inquiría con evidente recelo ante tal especulación –, ¿nacer el mismo día y a la misma hora puede ser suficiente razón para estar tan compenetrado con alguien más? Y es que, de ser así, millones de personas nacen a la misma hora en el mundo, miles o cientos en el mismo país, cientos o decenas en el mismo sitio. “No, tal cosa no podía ser tan simple, debía haber algo más”, decía a sus adentros, y no se le ocurría absolutamente nada. Ahora, ¿qué posibilidades habría de que, a pesar de ser un evento hartamente repetitivo en el planeta, el caso de él y Laia resultara particular por alguna razón desconocida?; “puede que Regina esté en capacidad de responder tal duda, porque si bien, el mero hecho de la hora, fecha y lugar puede no ser la relevancia determinante; tal vez existe algún fenómeno en especial que marcó los alumbramientos e impuso la conexión”, caviló con interesante destreza.

Y todo esto lo hacía mientras viajaba junto a Tovar, esa misma tarde, hacia Punta del Norte, a más de 300 kilómetros de la ciudad, una apartada y paradisiaca provincia repleta de cristalinas y frecuentadas playas, palmeras, resorts y demás atractivos propios del Caribe. En esa ciudad, en medio de unas vacaciones familiares, la madre de Izan tuvo dolores de parto un mes antes de lo programado, siendo el hospital local el encargado de atenderla. Ahora viajaban hacia allá, porque Tovar había tenido eso que los detectives, más que todo, los realmente buenos, tienen: una corazonada; y cuando él tenía una, simplemente la seguía. Los resultados, siempre habían, no los esperados a veces, pero siempre surgía algo que le ayudaba a avanzar en sus pesquisas; y confiaba que ahora no sería la excepción.

– Las corazonadas nunca tienen una explicación detallada, Izan; funcionan como tus visiones.

- Eso me parece superstición, ¿no cree?
- No, es simple razonamiento deductivo; tu mente aprende a ir por delante y te muestra la luz en el camino; a veces más fuerte, otras no tanto; pero lo hace – respondió, en medio de suaves carcajadas. – Es ciencia del intelecto.
- Va a tener que enseñarme a hacer eso.
- Las bases y algo de metodología es lo único que alguien podría enseñarte, porque el resto es cuestión de práctica; hay cosas en la vida que solamente se adquieren y dominan con la experiencia.
- Y exactamente, ¿qué buscaremos?
- Quiero ver hasta dónde llega ese supuesto lazo entre tú y Laia. Ver hasta dónde puede ayudarme a encontrar respuestas lógicas y pruebas palpables.

Durante el resto del recorrido, Tovar se dedicó a indagar más sobre la vida de Izan; su familia, estudios, actividades y aspiraciones; evidentemente quería – y tenía derecho – saber más sobre el chico que, de alguna forma poco entendible, había quedado en medio de la maraña tras la desaparición y muerte de Laia. Ante tal avalancha de cuestionamientos, Izan respondió, a veces con incomodidad, más cuando se trataba de temas netamente familiares, que siempre consideró privados; sin embargo, la informalidad del entorno y la garantía dada por Tovar de que todo lo que escuchara era para su aprovechamiento netamente personal y no para poner en duda sus capacidades o su personalidad, debido a lo de sus sueños; le ayudó a sobrellevar el trayecto.

El Hospital Punta del Norte recibió a Tovar y su improvisado compañero de investigación, quien, a la postre, no comprendía con certeza lo que el detective pretendía averiguar en el lugar. Sabía que Laia y él habían nacido ahí, el mismo día y hora; pero eso no representaba nada trascendental para justificar una corazonada por razonamiento deductivo. “¿O estaré equivocado?”, se preguntó más de una vez. Se sorprendería al ver que lo primero que haría Tovar, luego de identificarse, sería presentar a los encargados de seguridad una imagen del hombre de ojos y cabello marrón. Ante esto, las primeras respuestas serían de negativa y de invariable duda o desconocimiento; y es que las funciones de seguridad estaban a cargo de un contratista, lo que significaba que el personal no necesariamente era permanente. Abordó, entonces, a la recepcionista, una chica de cabellera negra, en extremo brillante, que también negó cualquier conocimiento de la persona en cuestión. En seguida, no sin antes haber lanzado un profundo suspiro de resignación, preguntó por el departamento de registros médicos; y es que se disponía, más por curioso

impulso que por razón, a profundizar en el porqué del vínculo Izan-Laia.

Ya en el tercer piso, no tardarían mucho en ser atendidos por una dama culisa de curvilínea figura, resaltada por lo ajustado de la ropa que lucía. Una brillante sonrisa se explayó en su rostro mientras ofrecía su gentil atención a Tovar y su compañero.

– ¿En qué le puedo ayudar, detective?

– Estoy en medio de una investigación de homicidio y necesito revisar los registros de dos alumbramientos que se dieron en este hospital el 3 de octubre de 1995; Izan Bustamente y Laia Versalles.

– ¿Laia Versalles?

– Tal cual escuchó.

– Ese nombre – meditó la mujer, girando los ojos, buscando en su mente.

– Es justo ella, el cadáver del pantano de hace poco.

– ¡Por Dios! – exclamó, visiblemente asombrada –; ¿nacío aquí?

– Así es; y si es posible, de manera extraoficial, me gustaría ver ese registro.

La mujer dudó por algunos segundos, en su mente apareció la frase “orden judicial”, pero la inusual circunstancia que le representaba saber que justo en ese hospital había nacido la chica, cuyo nombre había sido portada de todos los tabloides nacionales y que, en ciertos entornos, aún era noticia dado lo cruel de su muerte, le generaba el ímpetu de colaborar, pasando por alto los protocolos y demás formalidades.

– Detective, pero sin orden no debería; y hoy es sábado, no se hacen esos trámites.

– Apelo a su buena voluntad y su compromiso con la causa de encontrar a ese asesino antes de que sea muy tarde.

Sin más, se acomodó frente a su computador, hizo un par de movimientos con el ratón e introdujo los nombres dados por Tovar.

– No aparece en el sistema, lo que significa que debo buscar en los archivos físicos.

– ¿Le tomará mucho?

– Espero que no. Deme un momento.

La mujer se alejó y desapareció de vista entre pasillos de archiveros metálicos y estanterías repletas de cartapacios con marcadores de diversos colores. Habiendo ubicado el archivero denominado “Nacimientos/1995”, afinó la búsqueda de la fecha correspondiente. Mientras esto ocurría, Izan inquiría a Tovar acerca de su repentino interés por tales registros, no le cabía en la cabeza la importancia que podrían tener esos datos para dar con el paradero del asesino. Tovar, por su lado, aducía que conocer cualquier otro detalle acerca de esa rara “correlación” con Laia, podría ser útil, así como hasta ahora lo habían sido aquellas visiones que, en todo caso, seguían resultando contradictorias para cualquier proceso investigativo racional. “Es simplemente una corazonada, y espero que nos dé algo más que el rostro de un hombre que nadie encuentra”, sentenció.

Al rato apareció la mujer. Consigo traía un fólter verde, tamaño oficio. Se detuvo en la barra que la separaba de sus visitantes e indagó el contenido del mismo, ante las atentas miradas de quienes serían testigos, primero, de su gentileza y sonrisa y, acto seguido, su asombro.

– ¿Ocurre algo?

– Solo hay dos nacimientos ese día – extrajo los formularios y los agitó en el aire, claramente confundida. – Es raro; pero son justamente los indicados: Izan Bustamante y Laia Versalles.

Tovar tomó los papeles y los ojeó por algunos instantes. Revisó los datos principales: fecha, hora, peso, talla, nombre de los padres, tipo de sangre, entre otros aspectos básicos. No le pareció ver nada raro. Por su lado, la mujer se retiró con rapidez y al poco tiempo volvió con varios cartapacios más.

– Mire a lo que me refiero... El 1 de octubre tengo 11 nacimientos, el 2, 9; el 4, 19, y el 5, 10; y estoy segura que si reviso todo el mes, incluso desde septiembre, la media no bajará de 9 o 10 alumbramientos diarios. Actualmente estamos promediando 23.

– Tal vez fue una rara eventualidad.

– O algo sucedió ese día, ¿no? – insinuó Izan, con tono misterioso.

Tovar volvió a revisar los documentos, creía que el propósito de su corazonada debía estar ahí, no podía ser que las cosas quedaran en una fecha, una hora, un hospital y el nuevo detalle: los únicos partos del 3 de

octubre de 1995.

- Un momento, ¿ambos partos fueron hechos por el mismo médico?
- Puede suceder.
- ¿A la misma hora? ¿Qué sucedió en este hospital ese día?

La mujer no tenía respuesta. Retrocedió un tanto de la barra y respiró hondo. Tovar le preguntó si el susodicho galeno aún laboraba allí; ella no tenía idea, pero una rápida llamada al departamento de recursos humanos permitió conocer que hacía 8 años de su retiro. De inmediato, extrajo su teléfono móvil y se comunicó con su colega en la estación, indicándole que localizaran al médico que respondía al nombre de Gregorio Randel. Evidentemente le sería más rápido así, que convencer a que en recursos humanos buscaran el expediente y le facilitaran la última dirección y teléfono.

- Como le dije, todo esto es una informalidad, pero no estaría de más que me regalara una fotocopia de estos formularios, ¿me ayudaría con eso?

La mujer no respondió, simplemente tomó los papeles, caminó hasta una copiadora ubicada a unos tres metros de su escritorio, y atendió al pedido sin reparo. Al volver, miró a Tovar con vaguedad, luego a Izan, instante en que su mente le mostró una sencilla conclusión, la cual le sería reafirmada por el propio chico: él era el otro neonato de ese día.

Momentos después, y luego de agradecer con creces la atención recibida, abandonaron el recinto con unas fotocopias y un montón de imprecisiones a considerar. Parecía que la búsqueda del hombre de ojos y cabello marrón no tenía norte. Mientras tanto, de los otros frentes investigativos tampoco surgía novedad alguna; el tiempo corría, y mientras más pasaba, se reducían las oportunidades de resolver el caso. Por ahora todo pasaba por determinar de forma categórica la identidad del misterioso hombre.

Afuera, mientras Tovar se enfrascaba en consecutivas llamadas telefónicas, Izan se detuvo a observar la fachada del hospital y a recordar otro de los detalles de la plática telefónica que el detective mantuvo con Regina cuando aún estaban en el apartamento. La señora, con lucidez, recordó que la madre de Laia estaba de vacaciones en Punta del Norte, junto a unas amigas, cuando tuvo dolores de parto antes de lo previsto y fue atendida en el hospital local. “Qué tamaña coincidencia”, se dijo, aún imposibilitado de creer lo que, aparentemente, lo unía a Laia. De inmediato, llamó a su madre, necesitaba hablar con ella, escucharla, compartirle lo que sucedía y, al final, que ella le trajera a la memoria que había sido, bajo las mismas circunstancias, que había ido a parar en ese hospital para darlo a luz, aunque no recordaba casi nada de los detalles del parto; todo lo demás luego de las contracciones más fuertes, le

resultaba en extremo borroso.

Así las cosas, el mundo seguía haciéndose tan pequeño para él y Laia. Sus madres en Punta del Norte, por las mismas razones; finalmente, juntas en el mismo quirófano, en igual fecha, atendidas por el mismo médico; los únicos partos del 3 de octubre y alumbrados a la misma hora, en un entorno aún desconocido en sus detalles y relevancia para con la realidad actual. Y en adición, él, ilusionado con ella desde el primer día que se encontró con sus ojos en esa valla; y más que eso, enamorado con locura. Y ella, desde igual tiempo tal vez, teniéndolo en sus sueños sin explicación lógica y describiéndolo en su diario. "¿Acaso todo esto puede ser más raro?, se dijo.

Y lo sería.

A poco de dejar el hospital, a Tovar le comunicarían la dirección del doctor Randel. Seguía viviendo en la ciudad y no les tomaría más de 20 minutos llegar. Sin perder tiempo, se dirigieron a la dirección señalada y, para su suerte, encontrarían ahí al jubilado médico gineco-obstetra que, ante lo inusitada de la visita y temática correspondiente, los recibiría sin reparo, cayendo así ante la consternación, los recuerdos y la fascinación.

– ¿Así que tú eres el varón que nació ese día?

– Así es, doctor.

– Y la niña es la chica que encontraron muerta en el pantano – añadió Tovar.

– Estoy asombrado – dijo Randel, mientras colocaba en la mesa de su sala café y agua para sus inesperados visitantes. – La vida se mueve de forma muy extraña y te pone por delante recuerdos que no quieres tener y personas que jamás creíste ver alguna vez... Bienvenido a mi casa, Izan Bustamante.

Y entonces Gregorio Randel contaría lo que el 3 de octubre de 1995 marcó la llegada al mundo de los dos chicos que parecían estar enlazados por algo que iba más allá de lo evidente, por eso que Regina llamaba "compenetración de consciencia".

"Esa fecha, durante toda la madrugada y la mañana, ninguna de las 19 mujeres embarazadas recluidas dio señales de labores de parto; incluso, aquellas que antes de la medianoche manifestaron algunas contracciones, se estabilizaron. A las 11:00 de la mañana, aproximadamente, llegaron al área de urgencias, casi al mismo tiempo, dos mujeres que habían reventado fuente. En el acto, fueron trasladadas al quirófano ocho y, justo en ese instante, un desastre se armó en el hospital. Los teléfonos empezaron a sonar y los parlantes no cesaban de llamar a médicos a los

quirófanos y cuartos del ala de maternidad. Todas las mujeres embarazadas internadas, las 19, empezaron labor de parto al mismo tiempo; no había personal para atender una demanda paralela de semejante magnitud; y mientras eso pasaba, quedé confinado en el quirófano con los dos partos inminentes, una enfermera y un interno... Nos encargamos de la situación y todo iba medianamente bien hasta que se dio el temblor; casi que terremoto del 3 de octubre del 95, usted debe recordarlo, detective... A las 11:15 de la mañana, cuando la pareja de bebés daba sus primeros gritos, la tierra se sacudió y, justo después, todas las labores de parto cesaron. Sé que cada una de esas 19 mujeres fue evaluada y todas resultaron lo suficientemente estables y buenas de salud como para pretender propiciar el parto o sugerir una cesárea; y todas dieron a luz al día siguiente en una maratónica jornada... Lo que pasó el 3 de octubre de 1995 es lo más raro que he visto en mi carrera profesional”.

Lo detallado por Randel resultaba desconcertante. Tovar, que a duras penas buscaba sobrellevar y extraer algo racional de la cadena de extraños acontecimientos que envolvía su investigación desde la incursión de Izan, irradiaba un halo de estupefacción que opacaba la fascinación que sobre tal historia sentía el chico. Y es que, para él, finalmente, una respuesta casi que contundente se asomaba para su más persistente duda: el porqué de su compenetración de conciencia con Laia Versalles. Su mirada, su sonrisa y la frialdad que recorría su dermis, eran clara muestra del instante de revelación que le abordaba.

– Disculpe detective, pero la verdad no estoy claro cómo esta historia, bastante loca, puede ayudar a encontrar al asesino de esa pobre chica.

– Créame, estamos en la misma situación – atendió Tovar, luego de algunos segundos de silencio, tiempo que le tomó salir del lapsus de perplejidad provocado por el relato del médico.

– Lamento no poder hacer más... Y, ¿tienen algún sospechoso?, bueno, si es que me pude decir, entiendo lo de la confidencialidad en la investigación.

– No hay problema, doctor; buscamos a un posible sujeto, nada determinante aún; es más, échele un ojo.

Fueron escasos los segundos transcurridos antes de que Randel, con tono de voz misterioso y mirada cargada de asombro, afirmara conocer al individuo, más bien, haberlo visto por lo menos un par de veces en su vida.

– Sí, lo reconozco – asestó ante la absorta expresión de Tovar y la aún insistente y silente fascinación de Izan –; es el interno que me ayudó en

los partos de ese día.

– ¿Qué dice?

– Sí, detective, es él; lo recuerdo claramente. Era su primer día en el hospital y estaba vuelto un saco de nervios.

– ¿Recuerda el nombre? – inquirió Izan, tomando papel de investigador.

– Por supuesto... Agenor... Agenor Colmenares; cómo olvidarlo, tiendo a grabar fácilmente los nombre raros.

Una leve sonrisa se dibujó en el rostro de Tovar, era la indiscutible, aunque aún no concluyente, satisfacción por el resultado. Izan lo comprendió y sin dudarlo lo aupó.

– Parece que al fin su corazonada se materializó.

– Así es, Izan; ahora nuestro hombre tiene nombre.

Volvió la mirada hacia el doctor, tenía algo más que preguntar.

– ¿Y sabe qué fue de él?

– Trabajó unas semanas más y luego desapareció. Consiguió un traslado, me parece; no recuerdo bien... Puedo preguntar algo, detective – asentó con expresión discordante; – ¿esta imagen es reciente?

– Bastante reciente, ¿por qué?

– Porque todo pasó hace más de 20 año – afirmó con la mirada puesta en Izan –; Agenor debe tener, ¿qué?, ¿45 años?; un interno no tiene más de 25 años cuando entra a un hospital; pero el hombre de esta foto no tiene más de 30 años. Si es así, que nos diga cómo hace para no envejecer; necesitamos su receta, detective.

Capítulo 11

- XI -

CONSCIENCIA

Los días posteriores al revelador viaje a Punta del Norte, la investigación de Tovar tomó giros interesantes, algunos satisfactorios, aunque no concluyentes, y otros agobiantes. Las repetitivas pesquisas en las instalaciones del hotel donde Laia fue vista por última vez, permitieron construir una cadena cronológica de acontecimientos, con muchos vacíos, por supuesto. Se recabaron imágenes de las cámaras de vigilancia, con algunos de los movimientos dentro del edificio del supuesto captor, que parecía corresponder a la fisonomía de alguien como Agenor, aunque tal planteamiento no resultaba en más que una mera especulación. Además, la limitada video vigilancia en los pasillos y secciones de personal del hotel, no permitieron establecer la ruta clara de entrada y salida, sin embargo, gracias a algunos testigos, se pudo corroborar la presencia de un vehículo de emergencias médicas cerca de una de las salidas posteriores y de uso reservado de las instalaciones. Lo último que se pudo observar en imágenes fue a un hombre vestido con uniforme de socorrista, que hábilmente evitaba las lentes de las cámaras, ingresando a otra persona, aparentemente una mujer, en el mencionado vehículo de emergencias. Lo más probable, Agenor y Laia; sin embargo, nada determinante, puesto que nadie aseguraba haber visto en ningún momento a alguien que respondiera al rostro del sospechoso.

Así mismo, el rastro de la convocatoria en redes sociales al supuesto proyecto cinematográfico y las comunicaciones de otros aspirantes que, progresivamente, eran informados de la cancelación de las audiciones hasta segunda orden, mismas que los administradores del hotel seleccionado, ni siquiera estaban por enterado que sería en sus instalaciones; permitieron delinear una metodología muy efectiva que tenía como objetivo a Laia y más nadie. Tovar estaba ya convencido de algo muy determinante y necesario para la investigación: premeditación y objetivo específico. Quien quiera que fuese el culpable, había seleccionado previamente a su víctima y orquestó un plan perfecto para llevarla justo a dónde quería y atraparla. No se trataba entonces de un sicópata cualquiera con tendencia femicida, sino más allá. Ahora estaba claro que Agenor la había seguido por mucho tiempo y tuvo toda la paciencia para cumplir paso a paso su plan, hasta el fin.

Volvió a Punta del Norte y profundizó en su búsqueda, conversó con todo aquel que alguna vez vio a Agenor en 1995; indagó archivos de recursos humanos, hoja de vida, procedencia universitaria; cada uno de los antecedentes otorgados a la hora de ingresar como interno en el hospital; para encontrarse con una enorme escaramuza de datos ficticios. Todos

sobre el hombre de ojos y cabello marrón era mentira, no existía antes de llegar a Punta del Norte y dejó de existir después; hasta ahora. Ninguno de los colaboradores dio con información precisa, es más, su nombre no aparecía en ningún registro nacional; ni siquiera en el Tribunal Electoral. Agenor Colmenares parecía ser un ente imaginario.

No obstante, una luz al final de túnel daría paso a un rumbo casi que insospechado, y no sería más que el reconocimiento facial por el Servicio de Migración. Y es que, gracias a una orden judicial ampliada, se pudo indagar en la base de datos de viajeros y, luego de algunas horas de búsqueda automática, el retrato fuente amplificado coincidió en más de 90% con dos fotografías de pasajeros ingresados al país recientemente. Con esa información y con ayuda de su equipo, se reforzaría una cacería imparable.

Por otro lado, habiendo regresado de Punta del Norte, Izan dedicó algo de tiempo a sí mismo y a poner al tanto de su trepidante cadena de sucesos, a su entrañable amigo. Claro que para Ednar no resultaba nada sencillo acoger la veracidad y magnitud de los detalles que le eran compartidos y, ni que de una revelación celestial se tratara, observaba los sucesos como una manifestación supernatural que debería quedar bien registrada en la historia y de la que, necesariamente, debía formar parte importante. Ednar se veía relatando los acontecimientos a sus hijos y nietos, imaginando como tal narración podría mutar en una inverosímil leyenda urbana. Faltaría solamente el complemento ideal, que el caso de la muerte de Laia se resolviera. Izan, por su lado, se zambulló en el mundo de lo inconcebible al investigar algo de literatura sobre la "compenetración de consciencia", un tema que, visto de la perspectiva filosófica, no le decía mucho, salvo si se inmiscuía en la esfera metafísica o la sabiduría hiperbórea, aunque tales teorías casi que le rompían la cabeza al ser fundamentadas, más que todo, en conceptos teológicos y pseudo-religiosos que para nada compartía. Y es que, a pesar de lo excepcional de las circunstancias que le acompañaban su diario vivir en las últimas semanas, nada le hacía creer que la explicación, o parte de ella, podría estar en presunciones de alcance celestial o sobrenatural. Optó por armar un dossier con la información relevante, independientemente de su procedencia, haciendo eco de lo que Tovar antes le había manifestado: que cualquier cosa que le ayudase a encontrar respuestas, debía ser tomada en cuenta, aunque atentara sus creencias o principios.

Y en medio de todo, su mente seguía poniendo en entredicho su capacidad de distinguir la realidad de lo imaginario. Sus noches eran un calvario de reincidentes imágenes, así como otras nuevas que no dejaban entrever mucho. Tomando en cuenta algunas teorías de los sueños, trataba de tomar control de esas expresiones del inconsciente, maniobrar dentro de tales representaciones, buscado desenmascarar el rostro del hombre que cercenaba la garganta de Laia, o bien, recabar detalles del lugar, salir de ese recinto, avanzar por el corredor y poder descubrir

cualquier cosa que le resultara útil. Pero tales intentos no resultaban en nada fructífero. Si bien, lograba tomar algo de control sobre “lo que quería soñar”, si es que se puede decir así; no conseguía nada determinante que fuera más allá de lo que, por simple deducción, se podía obtener.

Fue así que tomó una decisión bastante sorprendente para todos, claro, no sin antes haber investigado lo más posible al respecto. En sus incursiones en el mundo de la compenetración de consciencia y demás literatura relacionada en menor o mayor nivel, encontró lo que podía ser una salida: la inducción hipnótica.

– ¿Estás seguro de hacer esto? – le inquirió Ednar, que durante todo el camino había insistido a su amigo el no recurrir a tan cuestionando procedimiento.

– Estoy seguro.

Andra Viegue, hipnoterapeuta y sicoanalista, rotulaba la puerta de su consulta en el piso 2 de una plaza comercial al este de la ciudad, ya un tanto alejado del complejo financiero y comercial de mastodontes de concreto y cristal. Había llegado ahí gracias a una directa sugestión de Regina, con quien días atrás había conversado telefónicamente y expuesto su idea de recurrir a alguien que pudiera ayudarle a ver más allá de lo evidente. Ella, que tenía importantes conocimientos en el área, le incitó a hacerlo, máxime cuando, igualmente, había estado considerando tomar alguna sesión similar, si es que se lo llegaran a permitir por su edad, puesto que ese rostro de cabellos y ojos marrones que Tovar le había mostrado ese día en la estación – y del que se había quedado con una copia –, aunque no lo reconocía, algo muy dentro le hacía pensar que sí.

Regina le dio el contacto de Andra y le insistió en que correría con los costos de la sesión. Ahora él estaba ahí, listo para adentrarse a un mundo del que se dice y conjetura mucho, pero pocos pueden o se atreven a hablar abiertamente de sus experiencias. Se dice que, en un estado hipnótico, así se cuente con una muy buena inducción por parte del terapeuta, para enmarcarse solo en el contexto de lo que se quiere realmente indagar y amplificar, surgen imágenes de hechos o experiencias que se creen olvidadas o que no se desean recordar, y esto a veces sucede con tanta vehemencia, que las mismas alteran la concepción de la realidad y se convierten en obstinadas acompañantes de los pensamientos por el tiempo que ha bien les parezca; y de tal cosa muy pocos se atreven a hablar.

Ya dentro, y luego de las presentaciones y conversaciones previas de rigor; advertencias y liberaciones de responsabilidad; se daría inicio a lo que sería, hasta ese momento, una de las más raras y fascinantes experiencias que viviría el par de chicos, uno como sujeto inmediato y el otro como testigo fiel de cada instante. Andra, con voz suave induciría

progresivamente a Izan al sopor, guiándolo a ubicarse dentro de ese recinto oscuro y fétido donde veía a Laia, atada a la silla, a poco de que le cercenaran la garganta. Luego de un par de minutos, recostado en un diván, el chico se ubicaría justamente ahí, flotando como esencia invisible e imperceptible, aunque según él, ella, de alguna forma, sentía su presencia, divagando a su alrededor, impotente, viéndola sufrir y resignarse al inexorable final. La diferencia ahora radicaba en la voz de Andra que, manando de una dimensión alterna, le indicaba paso a paso lo que debía hacer y le preguntaba sobre lo que veía.

“La puerta, la puerta; busca la puerta, Izan”, le decía; pero él se resistía, su propósito parecía ser mantenerse ahí, ideando alguna forma de librarla de morir o, irremediablemente, atestiguar por enésima vez su final, pretendiendo ver algo más de ese rostro que jamás le era revelado. Andra, viendo que lo que Izan quería se imponía sobre su guía, cambió el rumbo y lo llevó a detenerse en ese instante, frenando el transcurrir de cada cuadro de esa película nacida de su subconsciente. Sin embargo, no había manera de ir más allá. Era los más cerca que Izan había estado de proyectar ese rostro en su mente; como si esa porción de su maquinación nocturna no le fuera propia. Sobre las facciones del asesino, se dibujó un telón deforme, blanco como el papel, de órbitas vacías y una entreabierta boca carente de dentadura y profunda oscuridad, como si del infinito mismo se tratara. Entonces, el filoso cuchillo dentado apareció y penetró el cuello de Laia, salpicando todo su rostro y visión de sangre.

“Vuelve, Izan; vuelve... Tienes que volver”, le incitaba Andra, al notar que el chico, tiritando sobre el diván, amenazaba con escapar de tan terrible versión alterna de su reiterante pesadilla. “Regresa al inicio, tú tienes el control; es tu mente, es tu sueño... Vuelve al principio”. Y así, apareció otra vez, penetrando por algún recodo del recinto, flotando en derredor de una angustiada, pero a la vez resignada, Laia. Esta vez, seguiría la orientación de Andra y dejaría de pretender lo imposible para buscar otro tipo de respuesta. Se movió hacia la puerta y la atravesó por las rendijas, así como el aire lo hacía junto a la luz del corredor. Avanzó, prestando atención a detalles un tanto imprecisos y borrosos, pero los suficientemente perceptibles dadas las condiciones. “Avanza lentamente, mira a ambos lados y di lo que vez”, le decía Andra, con suave tono de voz, pero con ímpetu suficiente para ser escuchada claramente y, literalmente, obedecida. Y lo que Izan observó en su lento avanzar, fueron paredes podridas, agrietadas, con restos de pintura, así como otras puertas, igual de desvencijadas que la del recinto donde Laia seguramente ya se desangraba. Al final del corredor, se encontró con un salón de mayor tamaño, con muebles derruidos, lo que le pareció un comedor y un aparador; vidrios rotos y un olor aún más repugnante y penetrante. Sintió náuseas, lo que no sabía es que afuera, en la realidad, de su boca discurría saliva que Andra limpiaba, mientras le incitaba a continuar. Así, tomando hacia la izquierda, desde dónde parecía provenir algo de luz natural, escuchó una voz gruesa. Se apresuró un poco más, obviando las

advertencias de Andra y, al llegar a un habitáculo aún más grande, el rostro de Agenor apareció a escasos centímetros, justo en el umbral, impidiéndole ver más allá.

“¿Qué eres? ¿Qué haces aquí?”, fue lo que escuchó de la boca de Agenor, cuyos marrones ojos denotaban profunda estupefacción, casi rayando en el espanto. Por su parte, Izan, sorprendido por lo inusitado del encuentro, renunciando a buscar al dueño de la gruesa voz, volteó hacia el otro lado y, con rapidez, cruzó el primer salón hasta otro corredor, solamente iluminado por la luz natural que se colaba por una ventana en el fondo. Corrió, o más bien, flotó; aceleró su tránsito por el pasillo y atravesó la ventana para detenerse ante un paisaje imponente. Una cadena montañosa se explayaba en el fondo, por encima de una primera raya de arbustos de mediana altura, seguidos de un cúmulo de árboles frondosos que dibujaban una línea horizontal casi perfecta. Las elevaciones saltaron a su memoria, como si de recuerdos se trataran, más que partes de lo que interpretaba como una visión. Entonces, un grito penetró en sus tímpanos, haciendo que volteara frenéticamente su mirada hacia la malograda estructura de la que recién había salido y que aparentaba estar abandonada desde hacía mucho, con sus paredes de madera corroídas por el tiempo. Desde una de sus ventanas rotas visualizaría el rostro de Laia, suplicante y sufriente, que esbozaba con el movimiento de los labios, su nombre. Ella le conocía, lo veía y lo sentía.

El pulso de Izan se aceleró, le resultaba inconcebible la repentina variación del contexto. Las gesticulaciones de Laia le llamaban con insistencia y, justo antes de que Andra lo sacara del sopor, al ver como se agitaba en el diván, amenazando con entrar en un episodio de convulsiones; la chica lograría articular algo, pero no sería su nombre, no sería el silencio hecho ruido, sino otra cosa: “Ferex”.

Izan despertó ahogado en su saliva. Fue uno de los retornos de una sesión hipnótica más raros para Andra, con todos sus años de experiencia en el campo. Ya incorporado y luego de beber algo de agua, recopiló en su mente todas las imágenes vistas, buscando atar cabos y crear un hilo conductor que realmente le dijera mucho más de lo que hasta antes de la sesión, había logrado comprender. Percibía su encuentro con Agenor tan real, que lo visualizaba ahora como el recuerdo de algo vivido; y la inesperada aparición de Laia, aún más. Pero lo que más le sacudía las entrañas era la visión del entorno, esa desvencijada cabaña en medio de un frondoso bosque en algún apartado lugar que no podía definir. “¿Dónde será?”, se preguntó; más el paisaje no le decía mucho.

– Estoy sorprendida, no creí que iba a ser una experiencia tan vívida. Normalmente no sucede así, las personas tienden a ser más débiles, se diluyen entre las imágenes, suprimen el entorno, saltan a otro punto y luego vuelven; tratan de encontrar la claridad en medio de demasiadas discordancias y es más tediosa la guía, aunque al ser lo estándar, uno

simplemente se adecuaba a manejarlo... Pero hoy ha sido tan distinto y vivaz que estoy poniendo en duda que haya sido un simple paseo hipnótico.

– ¿A qué se refiere?

– Me parece que tuviste un viaje astral. Cuando evité que despertaras, te ayudé a propiciar un desdoblamiento.

Izan y Ednar cruzaron miradas de extrañeza; si bien, en algún momento de sus vidas habían escuchado o leído alguna mención al respecto, no tenían un conocimiento medianamente amplio acerca de la connotación de un tipo de experiencia que, científicamente hablando, corresponde al mundo del ocultismo, esoterismo y algunas pseudociencias.

– Perdóneme, pero no creo en cosas de ese tipo.

– Entiendo, Izan; eres escéptico y eso es admirable e importante, sino, ¿cómo se abriría la mente al conocimiento?; sin embargo, aquí estás, buscando en lo no científico respuestas a tus dudas más profundas sobre tus visiones, o lo que en principio me parecían sueños lúcidos.

– Es complicado – asintió Izan, respirando hondo.

– Tú lógica no cuadra con todo lo que te ha venido sucediendo, sientes que aquellas cosas que niegas, que no compaginan con tu razonamiento, de repente toman control de tu existencia y eso no es nada sencillo; es como un proceso de descubrimiento, no solo de tu nuevo entorno, sino de ti mismo. Eres más de lo que crees y tu fortaleza espiritual supera con creces tus concepciones racionales.

– ¿Fortaleza espiritual? – espetó Ednar –; creo que no tengo amistad menos espiritual que Izan.

– Todo depende de la concepción que se tenga sobre lo espiritual, chicos; no hay nada más destructivo que el encajonamiento y lo espiritual ha sido relacionado durante milenios con lo religioso y supersticioso; y no es así; lo espiritual es el apelativo de aquel conjunto de atributos existenciales de la humanidad, que aún las ciencias no pueden explicar.

Izan, que había escuchado con detenimiento a Andra, retornó en su mente al sitio que se le había revelado, verificando si las imágenes aún se mantenían claras. Y así era, lograba voltearse hacia el paisaje y luego hacia la derruida estructura, sin ningún problema, así como ver el rostro de Laia asomado. Todo estaba dicho, ese debía ser el lugar donde la habían encerrado y asesinado, el asunto ahora sería cómo dar con él. “¿Ferex?”, repitió, a lo que Ednar, que se había adelantado a la tarea utilizando su teléfono celular, indicó haber identificado lo que tal expresión

significaba.

– Es una galería de arte internacional en Punta del Norte – espetó, con la mirada cargada de intriga.

Una sonrisa que entremezclaba horror y fascinación se dibujó en el rostro de Izan. Tenía otra pista, tal vez la más contundente.

– Necesitamos ayuda. Tengo que hablar con Tovar.

– ¿Y seguir pareciendo loco?

– No lo creo, él ya está entendiendo y hará lo que sea por resolver este caso. Además, no debe ser problema ir a una galería de arte. ¿Puedo volver? – agregó, dirigiéndose a Andra.

– Cuando quieras; si sientes que realmente esto te puede ayudar, aquí estaré – atendió con una cándida sonrisa. – Igualmente, me gustaría que repitiéramos lo del viaje astral, creo que necesitas conocer mejor tu potencial... Sería una cortesía de mi parte.

Izan se contuvo, la mirada de Andra le recordó a Regina, cuando le dijo que “había visto dentro de él, que era más de lo que creía”. La verdad es que, en ese punto, ya casi que lo consideraba un hecho.

Asentó con la cabeza, agradeció la confianza y disposición, y caminó hasta la puerta con su amigo. Ya en el umbral, como una alegoría de su reciente encuentro cercano con Agenor, Andra los contendría por un instante para regalarles un detalle fulminante.

– Sé que dudas, pero lo que viviste hoy fue una experiencia extracorporal, te lo puedo asegurar; no fue una inmersión en visiones o proyecciones, ni en recuerdos o deseos; tampoco fue un sueño lúcido y mucho menos una transición espacio tiempo, eso no es tan fácil de conseguir. Izan, tu consciencia se desdobló y se trasladó bajo la guía de tu compenetración.

Las palabras de Andra calaron profundo en Izan. Por un momento le pareció no entender lo que escuchaba, pero conforme avanzaban los segundos, sus cavilaciones le mostraron una posibilidad inconcebible: Laia estaba ahí.

Capítulo 12

- XII -

PRIMORDIALES

Izan insistió en comunicarse con Tovar infructuosamente. Llamadas perdidas y mensajes textuales y de audio fueron apareciendo en el teléfono celular del detective, pero no le era posible prestarles atención; lo que Izan no sabía era que el líder del equipo de investigación que daba todo por el todo por atrapar al asesino de Laia, estaba inmerso en un operativo determinante para el caso. Y es que, la búsqueda de Agenor Colmenares al fin dio un resultado favorable: una ubicación. En los tiempos actuales es cada vez más difícil esconderse, el acceso a tantos medios de información, así como la facilidad con la que cualquiera puede tomar una fotografía o un video de lo que le parezca cuando a bien tenga, complica el alejarse del mundo justo en medio de éste. Así le pasó al hombre de marrón, quien fue visto más de una vez por algunos testigos cercanos a la casa que mantenía alquilada al oeste de la ciudad, a poco más de 80 kilómetros, en una pequeña localidad rodeada de extensos campos de cría de ganado que, en principio, debía resultarle lo suficiente segura; no obstante, la aparición de su rostro y sus posibles alias en los medios de comunicación, acabarían con su anonimato. Cuando el dato fue corroborado, Tovar activó las alertas y, con unidades de las fuerzas especiales y refuerzos motorizados, se desplazó junto a sus colaboradores inmediatos, al punto identificado.

Corrían las dos de la tarde, aproximadamente, cuando el andamiaje policial hizo acto de presencia en la zona rural de Bajada de Piedra. La casa, de una planta, a primera vista amplia, con una fachada agreste que armonizaba con el entorno, construida a unos 30 metros del tosco camino principal, se erigía apartada del resto de la comunidad, siendo bien sabido que la misma era alquilada por sus dueños a turistas extranjeros o nacionales, así como a familias, por periodos de tiempo que variaban de acuerdo a las necesidades de los inquilinos. Ahora, desde hacía algunos meses, era el hogar del hombre de ojos y cabello marrón.

Las unidades se emplazaron siguiendo los protocolos de allanamiento previamente definidos, asegurándose de ser sigilosos y evitar que su presencia fuera detectada con demasiada premura. Así, la residencia fue acordonada en un perímetro de 100 metros, mientras otro número de efectivos se acercaba para introducirse a la fuerza, sin avisar. La puerta calló y Tovar entró con su arma encañonada, seguido de una línea de 5 unidades fuertemente armadas, que se distribuyeron por cada reciento, en una tarea de reconocimiento que no tomaría mucho tiempo debido a la sencilla distribución interna de los espacios. Tovar se concentró en las habitaciones, ubicadas en un corredor de más de un metro de ancho, que

iniciaba a un costado de la enorme sala-comedor, primera área cubierta por el operativo. Por su parte, otras unidades ingresaron por la parte trasera, forzando la puerta de hierro que daba paso a una zona de lavandería y depósito que conectaba con la cocina. A la vez, un número reducido de unidades se postró a las afueras de la estructura, cubriendo la terraza lateral, así como en derredor, vigilando las ventanas. Al cabo de unos cuantos minutos las voces que decían “asegurado, todo limpio” se multiplicaron, dejando en claro que el principal objetivo del allanamiento no estaba.

Con la residencia tomada y verificado cada uno de los recintos, Tovar bajó la defensa y dio la orden de continuar la búsqueda en el perímetro definido previamente. A como pasaban los minutos, avisos por radio informaban de la fallida ubicación del sospechoso en los alrededores. Progresivamente, la posibilidad de dar con él se diluía irremediablemente. Tovar revisó la casa con detenimiento, sin embargo, no encontró nada que le dijera algo más sobre Agenor o su vínculo con la víctima. Cada zona de la residencia era tan prístina que parecía no estar habitada y mucho menos por un hombre. Sus ropas estaban en el armario de la recámara principal, donde también se encontró una computadora portátil y una memoria USB, las cuales tendrían que ser sometidas a revisión por parte de los técnicos del departamento. Aparte de eso, nada más parecía ameritar ser cautelado; no había documentación, ni fotografías, solo algunos libros; la ropa estaba limpia, incluso, la del tanque de la acumulada para lavar; no se mostraba nada que lo relacionara directamente con el crimen. Se revisaron los calzados, cada uno tan nítido como el anterior. Sea quien fuera Agenor Colmenares, calificaba como el sospechoso más ordenado y limpio que alguna vez Tovar hubiera perseguido.

– Señor, encontramos algo.

Al fin una voz de aliento se asomaba en la frecuencia de los radios de comunicación. Tovar respiró hondo, escuchó los datos de ubicación de la unidad que revelaba haber encontrado una puerta oculta entre la maleza a unos 50 metros de la parte trasera de la casa. Se movilizó apresuradamente hasta el punto en cuestión, donde se ubicaba una puerta de madera de doble paño, de no más de medio metro cuadrado, separada del suelo por unos de 20 centímetros en su base inferior y no más de 50 en su parte superior; estaba carente de pintura y adecuado mantenimiento, salvo por el candado de alta seguridad que la cerraba; se escondía tras un arbusto y maleza de mediana altura.

– Casi la paso por alto, si no es porque tropiezo con ella – afirmó el oficial que la había encontrado.

Tovar giró la orden para que otra de sus unidades, con una herramienta, procediera a violar el candado, lo cual no fue muy fácil; se requirieron

varios y contundentes impactos para romper el seguro interno y abrirlo. Logrado esto, los dos paños de madera dieron paso a la oscuridad, una escalera casi que vertical y un aroma penetrante y agradable, cosa que evidenciaba que el sitio no estaba abandonado. Linterna en mano, bajaron. Tovar quiso ir por delante, pero otro efectivo se lo impidió y tomó su lugar. No había otra manera más que bajar de espaldas, lo que afectaba el poder mantener una posición de seguridad lo suficientemente prudente; no obstante, la aparición de un cordel a un costado de la escalera, a escasos 2 metros de la puerta, obsequiaría la luz que todos necesitaban. El bombillo develó el resto de la escalera, que culminaba a unos 4 o 5 metros de profundidad. El primero en la fila bajó más rápido, luego de observar y escuchar con atención, determinando que el tramo visible era seguro. Y abajo, seguido por Tovar y dos unidades más, afirmó que la subestructura estaba asegurada.

– Es seguro, al parecer no hay nadie – dijo.

Y Tovar llegó, se asomó, y lo que descubriría le agitaría las entrañas y helaría la sangre de sus venas. Un “¡por todos los diablos!” sería la frase que lanzaría, cargado de angustia y estupefacción.

Mientras se desarrollaba el allanamiento en la casa de Bajada de Piedra, Izan y Ednar arribaban en Punta del Norte. No había tiempo que perder y la única pista nueva que tenía era una galería de arte en la ciudad dónde él y Laia nacieron, ese extraño 3 de octubre de 1995. “Ferex”, una galería de gran reconocimiento local e internacional, no solo por su antigüedad, sino porque en ella habían mostrado su talento un importante número de artistas cuyas piezas de arte forman parte de ese reducido y difícil mundo del éxito, ese que se traduce en grandes ganancias; sería el sitio donde Izan Bustamante despejaría de una buena vez aquella gran duda que lo había venido mortificando desde hacía mucho.

– ¿Qué buscamos aquí exactamente? – preguntó Ednar, luego de haber ingresado y empezar a recorrer los pasillos y salones cargados de pinturas y sumidos en voces de expertos que opinaban y parecían entender todo lo que ellos no veían en esos trazos de colores.

– Debe haber algo. Ella no pudo haber dicho Ferex por nada – asentó Izan. – Debe haber alguna pista.

– Yo solamente veo incomprensible arte.

Unos 15 minutos después de haber ingresado y luego de recorrer casi todas las secciones de la planta baja, se detuvieron frente a un monitor que desplegaba muestras de lo que los visitantes podían encontrar en la planta alta.

– Más pinturas y una muestra fotográfica... Subamos.

– Cómo digas.

Casi a la mitad de la escalera, el par de chicos sintió como alguien se les acercaba por detrás. La primera reacción fue la de abrir espacio, pues de seguro se trataba de una persona que llevaba más apuro que el acostumbrado en ese tipo de entornos; pero no tuvieron tiempo para hacerlo. El hombre se arrimó sobre Izan y le colocó un artefacto metálico bajo la costilla izquierda, cosa que a primera impresión se percibía como el cañón de un arma.

– Sigue caminando – le dijo, con bajo, pero firme tono de voz, al notar que Izan se detenía súbitamente. – Sigue caminando y nada tendrá que suceder aquí.

La voz, esa voz; Izan la tenía clara en su memoria, en los recuerdos de aquella rara visión en la derruida cabaña donde Laia era masacrada, ese viaje astral que Andra aseguraba había sido así. Inconfundible para él, se trataba de la voz del hombre de marrón.

– Sigan – insistió.

Subieron hasta la planta alta. Agenor se apresuró un poco y se volteó para quedar frente a Izan, de cuyos ojos emanaba una terrible sensación de espanto, a pesar de que, muy dentro de sí, algo le había dicho que tal vez, solo tal vez, la pista a encontrar en Ferex no sería más que justamente él.

– Caminaré por aquel corredor – dijo, señalando hacia su izquierda con un movimiento de sus ojos, ante la atenta mirada del par de chicos, que a la postre, no tenían idea de cómo reaccionar. – A medio camino hay una puerta que da a la escalera que lleva a la azotea. La dejaré abierta. En un minuto, ni más ni menos, entrarán por allí, cerrarán la puerta y me encontrarán arriba.

– ¿Por qué lo haría? – espetó Izan, al fin.

– Porque mueres por dentro a causa de tantas dudas.

Sin más, Agenor se retiró, no sin antes entregar en la mano de Izan un pequeño y angosto tubo de metal, bastante pesado, que utilizó para simular el cañón de una pistola y amenazarlo instantes atrás. Ambos lo vieron perderse en el corredor, entre la gente que apreciaba la exposición.

– ¿Iremos? – inquirió Ednar, luego de un intervalo de introspección, en el que ambos buscaron, en medio del desconcierto, el miedo y el silencio,

manejar el enrarecido contexto generado por la aparición del hombre de marrón.

– Hay que hacerlo; si hay alguien que tiene respuestas, es él.

– ¿Y si lo que quiere es lanzarnos de la azotea?

Izan extendió el brazo y mostró en la palma de su mano el pedazo de tubo de metal. Lo miró fijamente e imaginó los escenarios probables del antes y el después, y cada uno de ellos le mostraba la posibilidad de que, aunque al final quisiera matarlos, Agenor quería hablar con él.

– Vamos, ya pasó el minuto – afirmó, apretando con firmeza el tubo y guardándolo luego en uno de sus bolsillos.

Tomaron el corredor hasta encontrar una puerta entreabierta a mitad de camino, con un aviso que decía “solo personal autorizado”. El color negro de la puerta, su marco y la oscuridad visible a través de la leve ranura, casi impedían que cualquiera distinguiera que el pasaje no estaba cerrado, como debía estarlo. Izan observó en ambas direcciones, a nadie le importaba lo que ellos hacían, así que, sin más, empujó la puerta, entraron y luego cerraron, tal cual se les había indicado. Ednar iluminó el camino con su teléfono móvil. Les tomó algo de tiempo subir, más que todo, por lo exageradamente pausado de cada paso que daban, anegados en temor e incertidumbre.

Al fin, abrieron la siguiente puerta y se encontraron con el techo de la edificación. Un radiante sol de media tarde colmaba toda la explanada principal. A la derecha, a unos 6 metros, la esquina noreste contaba con una sección techada, que cubría algunos equipos del sistema de aire acondicionado; ahí estaba él, de espalda, con la mirada puesta en el horizonte de construcciones de mediana y baja altura que caracterizaban a Punta del Norte, ciudad donde solo las playas gozaban de edificios más altos, particularmente hoteles y condominios de fin de semana.

Izan y Ednar intercambiaron miradas y avanzaron con paso lento, a lo que Agenor se volteó, retirando de su boca un humeante cigarro y explayando una sonrisa cargada casi que de satisfacción. El hombre no lucía como Izan lo recordaba, había teñido su cabello con negro, o bien, usaba una peluca; sus ojos también lo eran, así como una poblada barba que le bajaba desde las patillas y le rodeaba la boca. Complementaba su disfraz una sobresaliente cicatriz que se dibujaba en su frente, casi en todo el medio; efectivo camuflaje que lo mantendría irreconocible a primera vista. Pero su voz, inconfundible, lo había delatado previamente.

– Izan Bustamante – le dijo, con tono mordaz y engreída postura –; al fin

nos vemos en la vida real, para decirlo de una manera jocosa.

– Agenor Colmenares – atendió Izan, tratando de igualar el tono y postura de su interlocutor –; el que dice que podrá resolver todas mis dudas.

– ¿Agenor?; hacía mucho que no escuchaba ese nombre; veinte años como menos... Las personas como yo requieren de muchos nombres para poder sobrevivir.

Izan guardó silencio, la repentina posición pensativa que Agenor asumió, le causó que dudara aún más acerca de sus intenciones. El hombre de marrón, ahora luciendo de negro, dio una profunda bocanada al cigarro y luego lo lanzó al piso, poniéndole encima el pie derecho.

– ¿Por qué? – inquirió sin más reparo Izan, que muy dentro sentía insoportable la postura de Agenor.

– Porque, ¿qué? – espetó, luego de expulsar todo el humo que antes había inhalado.

– ¿Por qué mataste a Laia?

Agenor soltó una leve y molesta carcajada, como si el cuestionamiento no mereciera el valor que Izan pretendía. Movié la cabeza de un lado al otro, respiró hondo y avanzó algunos pasos hasta colocarse a escaso medio metro del par de chicos.

– Tantas preguntas que podrías imaginar, tantas dudas que te sacuden el interior y tú te decides por lo menos determinante.

– ¿La muerte de Laia no es determinante para ti?

– No puede ser determinante aquello que aún no es.

Luego de algunos segundos de insondable silencio, Izan intentó articular algo para responder a lo que consideraba una soez expresión; pero no le sería permitido, aquel hombre tenía más que decir y que revelar.

– Ese el problema con los primordiales de segunda línea, no profundizan en su interior, no buscan las respuestas que ya tienen y prefieren esperar que otros se las devalen.

– ¿Primordiales?

– Tú, Laia, yo y muchos otros; humanos compenetrados con el universo, hijos de la energía vital; predestinados a tejer ese invisible entramado de conexiones interpersonales que la mayoría ignora que existe... ¿Alguna vez escuchaste hablar de una red invisible?; ¿una que conecta a ciertas

personas, así vivan a miles de kilómetros de distancia?

Un breve silencio se adueñó de aquel instante en el que las ideas lanzadas por Agenor no parecían más que una pléyade de sinsentidos que, en vez de resolver, profundizaban las inquietudes de Izan.

– Lo de la doña Regina se va quedando corto ante esta nueva versión – profirió Ednar, con algo de sarcasmo, pero con expresión seria.

– No tengo la más mínima intención que creas en mis palabras, más aún cuando te presentas con la preconcepción de que yo he asesinado a tu primordial de primer nivel.

– No estoy entendiendo.

Agenor miró fijamente a Izan por algunos segundos, dibujó en su rostro una sonrisa perturbadora, de esas que no dicen lo que realmente significan; y liberó un profundo suspiro, luego de lo cual extrajo de uno de sus bolsillos un pequeño estuche de plástico con una memoria microSD.

– ¿Qué sabes hasta ahora? Vamos, dime qué sabes sobre tú y Laia Versailles – insistió, mientras entregaba el estuche a un dudoso Izan, que no sabía si tomarlo o rechazarlo. – Agárralo de una buena vez, es para ti.

– No digas nada – musitó Ednar, que no sabía si su amigo atendería a los cuestionamientos de Agenor.

– Esto no es un juego, chicos.

Izan frunció el entrecejo y tragó en seco, observó en sus manos la memoria micro SD, luego miró hacia ambos lados, como quien se asegura de estar en el lugar y momento precisos. Volvió a escuchar los susurros de su amigo, insistiéndole en no decir nada y huir.

– ¿Qué hay aquí?

– Mucha información sobre lo que eres; más de lo que crees.

Y las palabras de Regina y Andra retumbaron en su mente. “Lo que soy; más de lo que soy; y ¿qué rayos soy? Un primordial... ¿Y qué es un primordial?”

Las ideas y las dudas gravitaron, cúmulo de suposiciones y aparentes absurdos.

– Ahí encontrarás tus respuestas, entenderás tu realidad. Ahora dime, ¿qué sabes sobre ti y Laia?; muéstrame qué tanto has conseguido

comprender por ti mismo.

Casi se convenció de no revelar nada, pero algo muy dentro le impulsaba a tomar otra ruta, la del riesgo y la confrontación; la de intentar comprender más de su extraña relación con Laia y, posteriormente, enfrentar a su enemigo como a su alcance estuviese. “¡Vamos!, somos dos”, pensó; “podemos contener a este malnacido”; una combinación de imaginación y raciocinio que no necesariamente garantizaba llegar a buen fin. Sin embargo, tomaría el riesgo, más que por sus irresolutas dudas; por ella, la chica de los ojos grises.

– Estoy compenetrado con ella; nuestras consciencias lo están; pero no estoy claro en los motivos de esa rara conexión... Tal vez por lo inusual de los acontecimientos que acompañaron nuestros nacimientos, justo en esta ciudad, partos que estoy seguro tú asististe, cosa que no me cuadra... O tal vez porque, de alguna manera, nuestras mentes se conectaron, puede ser en esa red invisible de que tú hablas ahora, o algo más biológico, como me dijo Regina hace poco... En fin, ¿te parece información suficiente como para hacerme merecedor de algo más de explicación?

Agenor sonrió, lo había estado así durante el breve monólogo del chico; parecía estar satisfecho con cada palabra que escuchaba, como si tal ejercicio de liberación resultara en un aliciente para sus deseos o propósitos. Y es que, sin querer o saberlo, Izan había logrado imitar esa postura altiva que en un principio le había resultado hiriente y provocante.

– Ya la verdad es casi tuya, pero antes debes absorber energía; es algo que tu primordial de primera línea debería enseñarte y, como no está, me tomaré la molestia de darte un adelanto.

Sin más, Agenor extendió su brazo derecho y colocó su mano por encima de la cabeza de Izan, ubicando el pulgar entre sus cejas. En el acto, el chico pareció quedar inmóvil, incapaz de valerse por sí mismo, como si el solo contacto físico hubiera sido suficiente para someterlo en cuerpo y mente. Ednar, por su parte, pretendió interferir en favor de su amigo, pero la mano izquierda de Agenor se interpuso con vehemencia, acompañada de un imponente “observa y entenderás”. Y entonces un leve brillo, que de no ser por la sombra del techo sería imperceptible, se dispersó por el contorno del rostro de Izan; era un resplandor titilante, como si cientos de cocuyos pulularan sin control, opacados por la luz del sol.

– ¿Qué estás haciendo?

– Los primordiales necesitan energía vital, cada día, a cada momento; a veces deben decidir cuándo y dónde absorber; y la necesitan para

desarrollarse y saber concebir y entender el entorno y las tantas posibilidades que el mundo le representa. La necesitan para ir más allá de los límites que como humanos nos ideamos y construimos cada día; tu amigo la necesita para encontrar esa casa y al monstruo.

Entonces lo liberó. Izan se sacudió levemente y se movió unos centímetros hacia atrás. Parpadeó deliberadamente y mientras su respiración se agitaba un poco, con la boca entreabierta, miró directamente a los ojos de un sonriente Agenor; luego volteó hacia Ednar, que proyectaba con su expresión facial, una combinación de perplejidad y temor.

– Dinos lo que viste.

– ¿Qué me hiciste?

– Te mostré tu realidad, lo que no logras concebir aún; lo que irremediablemente eres, lo que entenderás cuando revises el contenido de la microSD; pero ahora es más importante lo que viste.

– ¿Y por qué te lo diría? – asestó Izan, con flamante seguridad.

– Porque ya estás entendiendo.

Izan respiró hondo y repasó rápidamente lo que había logrado ver en aquellos cortos instantes en los cuales, los dedos de Agenor, con firmeza, parecieron bañar su mente y cuerpo con una corriente de energía calurosa y, a la vez, gratificante. Fueron momentos en que sus pensamientos se movieron en el espacio y, probablemente, en el tiempo. Se detuvo ahí, a unos metros de la entrada de la desvencijada estructura donde él sabía, había sido recluida y asesinada Laia; pero el entorno era distinto, no como lo percibió durante el trance provocado por Andra, al contrario, ahora los colores no eran vívidos, no lucían reales, tal cual la naturaleza los proyecta; una atenuación sepia lo cubría todo, cada resquicio del cielo, la tierra, el horizonte, la vegetación y el maldito caserón. Sintió un repentino frío ambiental que parecía horadarle cada poro de la piel y penetrarle hasta los huesos; el aire de su exhalación se congelaba frente a sus ojos. Era todo tan distinto, más no así la sensación a muerte que el sonido del silencio resaltaba casi que con presunción.

El breve lapso en el que Agenor mantuvo su mano sobre la cabeza del chico, no lo sería en ese universo; él lo sentiría transcurrir con mayor lentitud; el tiempo le alcanzaría para sentir pavor, estupor, rabia y determinación. Tardaría un poco en decidirse, pero al fin lo haría. Izan caminó pausadamente, prestando atención a las ventanas, buscando el rostro de la chica de ojos grises; pero no hubo manifestación alguna. Subió los dos peldaños que daban paso al portal y caminó hasta la puerta, de la mano del rechinar de los viejos tablones que le sostenían. Dudó uno

segundos, pero esa canalización de energía que absorbía en el otro universo, allá donde el hombre de marrón le sujetaba la cabeza y Ednar observaba sumido en estupefacción, le impulsaba a dejar el pavor y poner por delante su valor. Entonces abrió y ese nauseabundo olor se liberó, el que ya antes había sentido, más asqueroso que la deposición y que la putrefacción; parecía la particularidad más innata y distintiva de la morada, más allá de su derruido aspecto.

Ingresó, no había transitado por esa sección antes; se movió entre telarañas, muebles viejos, un piso maltrecho, con agujeros que hacían luz, tal cual en las paredes. Cada paso que daba levantaba polvo y torcía los tablones. Una lámpara tipo candelero pendía del centro de techo, aparentando estar a poco de desprenderse. A la derecha, una apertura en la pared conducía a un salón amplio el cual pudo reconocer, aunque desde otro punto de vista; el mismo que antes había atravesado, repleto de vidrios rotos y del cual emanaba con más ímpetu ese olor repugnante y penetrante. Continuó y ahí estaba, ahora a la derecha, el corredor que lo debía llevar a ese habitáculo desde donde provino la gruesa voz y en cuyo umbral, en el viaje astral suscitado por Andra, fue detenido por Agenor.

Tomó hacia el pasillo y avanzó con paso aún más pausado, temiendo ante la alta incertidumbre que empezaba a horadarle los sentidos.

Nuevamente, el aire que expelía de sus pulmones se congelaba, el frío afianzó y con cada paso que daba, sentía que se acercaba a la entrada de un congelador. Al fin, justo en el quicio, logró tener la primera vista de un recinto amplio, más helado y en muy buenas condiciones, comparándolo con el resto de la estructura. Los sillones, candeleros, aparadores, pinturas; todo parecía haber sido remozado hacía muy poco, o bien, recibido el adecuado y permanente mantenimiento.

Y entonces, la vio; en el fondo, en la pared, custodiada por dos lámparas y sobre un aparador con adornos estilizados y antiguos. Una pintura rectangular de dos metros de ancho por uno de alto, una acuarela firmada y fechada en la equina inferior derecha. Era la casona, con ese horizonte de elevaciones que de alguna manera sentía haber visto mucho antes. La firma decía "Osencia; por Jeremías R.; octubre, 1945".

– ¡Es allí! – enfatizó Agenor, luego de escuchar el relato de Izan. – Es a donde tenemos que ir; es la casa del monstruo.

– ¿Cuál monstruo? – inquirió Izan, con vehemencia. – Me cuentas cosas sin sentido y hablas de un monstruo. ¿Y Laia?, si tú no la mataste, ¿quién lo hizo?

Agenor sonrió otra vez, pero ahora menos risueño, un velo de circunspección cubrió su rostro, a la par que apretaba su mandíbula como quien duda en contenerse o convertir sus ideas en frases que alguien

merezca escuchar y comprender.

– ¿Estás seguro de que esa es la pregunta que debes hacerte?

Y mientras esto acontecía en la azotea de Ferex, allá, en la casa que alquilaba el hombre de marrón en Bajada de Piedra, Tovar sucumbía de perplejidad ante el espantoso secreto que se develaba en el subsuelo. Eran 17 fotografías, con sus nombres y ciudades de procedencia; 17 hermosas chicas, de diferentes razas, similares edades e indistintas y peculiares miradas; distribuidas por el mundo cual mural de una cátedra de antropología; cada una con la fecha de desaparición y muerte; a excepción de una.

– ¿Ya me tienen algo?, por todos los santos – gritó Tovar, que previamente había girado instrucciones para que alguno de sus colaboradores encontrara datos relevantes ante el hallazgo.

– Casi casi, señor – respondió una agente de nombre Eida, la misma que en la estación descubrió a Izan revisando el archivo de asistentes al funeral de Laia. – Estoy revisando; es mucha información, y más la del caso en Edmonton.

– ¿Edmonton?, ¿dónde es eso?

Eida se adelantó hasta el mapa con las fotografías y puso su dedo índice sobre la foto de una jovencita de no más de 20 años, cabellos rubios y piel casi transparente, que respondía al nombre Edissa Gagnon.

– Canadá, señor; Edmonton es la capital de una provincia o algo así... La información está en inglés, pero estoy extrayendo lo que pueda. Ellos tienen una visión interesante del caso Gagnon.

– ¿A qué te refieres?

– Ya verifiqué cada nombre en este mapa y cada caso de desaparición es visto como un hecho aislado, solo el caso canadiense ha encontrado alguna relación con las desapariciones de otras chicas en el pasado.

Eida movía sus ojos de un lado al otro, revisando a gran velocidad lo que se desplegaba en la pantalla de su Tablet; sabía que Tovar moría de impaciencia. Levantó la mirada, revisó nuevamente las anotaciones que ya había trabajado minutos antes en su libreta; lanzó un suspiro y justo antes de que Tovar reiterara su necesidad de datos; habló.

– Bien, no es mucho, pero creo que puede ser importante. La policía de Edmonton maneja una relación con chicas desaparecidas en los últimos 80 años en diversas partes del país, todas jóvenes y de ojos grises; 16 en total, sin contar a Gagnon; y eso los tiene complicados, pues les parece

un esquema reiterativo; es decir, alguien secuestra y mata a dos chicas con esos atributos cada década y en 80 años, evidentemente no puede tratarse del mismo asesino.

– Entiendo Eida, pero no estamos en Canadá, ¿en qué nos ayuda eso con nuestro caso?

– No lo tengo claro, señor, sin embargo, al parecer, Agenor sí, porque tiene a todas estas chicas en el mapa, de la cuales, de todas se han encontrado sus cadáveres, menos el de ella – y puso otra vez su dedo con firmeza sobre el planisferio, ahora sobre la foto de Carolina Méndez, en Buenos Aires, Argentina –; de ella no hay cuerpo, sigue extraviada y olvidada; las autoridades ya no la están buscando. Todas las demás son casos abiertos, donde no se ha dado con el paradero del asesino, a excepción de Londres, Chicago y Berlín, donde ya hay procesados.

Tovar restregó su rostro, buscaba canalizar los datos, concatenarlos con lo que, hasta ese momento, comprendía del caso; relacionarlo de alguna forma con la rotunda sospecha que se cernía en la figura de Agenor y determinar lo que tal vinculación mundial sobre el mapa podría significar. Pero no resultaba nada contundente y tal cosa no podía ser admitida si se suponía que, en esa casa, debería haber respuestas claras y no más ambigüedades.

“¿Por qué?; ¿por qué el llamado hombre de marrón tenía un mapa del mundo con fotos de chicas desaparecidas, enlazadas en el orden en que fueron secuestradas, desde Buenos Aires hasta Panamá?”; y seguía restregando su rostro con firmeza, desde las mejillas hasta la barbilla. Ahí, extraería su teléfono móvil; ya antes había visto las llamadas perdidas y mensajes de texto y audio de Izan, donde le pedía comunicarse pronto y le hacía partícipe de su recorrido a Punta del Norte, a seguir una “muy rara pista” en una galería de arte. Consideró llamarlo, a la postre, parecía que el chico y sus extrañas visiones eran lo más preciso que se le había presentado en sus pesquisas, pero la razón lo hacía negarse a tal posibilidad. “¿Visiones, sueños; sesiones hipnóticas y experiencias extracorporales?”; evidentemente, no.

Y así, mientras la mente de Tovar escrutaba por respuestas, en la azotea de Ferex, el hombre de marrón optaba por mostrar luz en el universo de complejidad que azotaba la consciencia de Izan, atendiendo a la realidad de que nadie, en semejantes circunstancias, podría simplemente poner la mente en blanco y entender.

– Escucha Izan, somos seres especiales, canalizamos energía vital por naturaleza, sin embargo, podemos absorber la que precisemos, de acuerdo a nuestras prioridades o necesidades; yo, por ejemplo, lo he hecho para extender mi vida, odio la sola idea de lucir como un viejo decrepito, detesto este diseño que nos condena a abandonar la plenitud

con tanto apresuramiento; por eso me parezco tanto al mismo Agenor que estuvo en sala el día que tú y Laia nacieron – hizo una pausa, lanzó un fuerte suspiro ante el claro estupor que sus palabras generaban en el par de chico y continuó. –Estuve ahí y fue solamente por ella; porque un primordial de primera línea como yo siente muy dentro de sí cuando otro, aún por nacer, lo llama; es una conexión energética que supera la comprensión generalizada de la humanidad. Pero apareciste tú y entendí que mi responsabilidad intrínseca iría más allá que simplemente garantizar el nacimiento de Laia, sino alinearte como su primordial de segunda línea.

Izan y Ednar parecieron consumirse en estupefacción. La entreabierta boca del primordial de segunda línea denotaba una profunda sensación de incompreensión, no solo de lo que escuchaba, sino de lo que vivía. Recordó lo que les había revelado el doctor Randel hacía poco y la sorpresa del galeno al ver la foto del hombre de marrón.

Se mordió los labios, no entendía ni la naturaleza ni el contexto de su realidad – o de lo que, a la postre, parecía ser su nueva realidad –. Frunció el ceño queriendo hacerle ver a su interlocutor que necesitaba más.

– Es un lazo de sangre, Izan – espetó Agenor, luego de algunos segundos, en los que buscó cómo continuar exponiendo semejante mundo de información. – Ustedes nacieron al mismo tiempo, según los registros, pero no fue así, así como en los gemelos sale uno a la vez, ella lo hizo primero; y su sangre se mezcló con la tuya, porque así debía ser... ¡Yo la mezclé! – aseveró mientras en su mente se reproducían como una película, imágenes de esa mañana del 3 de octubre de 1995 –; y lo hice con el simple fin de consolidar corporalmente lo que ya venía desde antes, desde la esencia de cada uno, desde sus genes; tu compenetración como primordiales... Yo corté tu cordón, antes de que dejara de latir, con la misma tijera con que se cortó el de ella.

Izan tragó en seco, de primera mano, no cavilaba el alcance de lo que estaba escuchando, imágenes que trataba de dibujar en su mente para encontrar la lógica escondida tras tanto absurdo; pero no podía, ni siquiera se le ocurría qué preguntar o sobre qué información sentirse medianamente satisfecho. Si creía ciegamente en lo que el hombre de marrón le decía, la explicación definitiva de su vínculo con la chica de la valla sería un hecho; sin embargo, se enfrascaría en la concepción de todo lo demás y de lo que, seguramente, le faltaría por dilucidar cuando accediera al contenido del dispositivo de almacenamiento que le había sido entregado. Para su suerte, su entrañable amigo había prestado sesuda atención, pudiendo articular un planteamiento un tanto objetivo.

– Digamos que creemos todo esto que estás diciendo, ¿qué es de Laia?; si no la mataste tú, ¿quién fue? Y por muy estúpida que te parezca la duda,

eso es lo que nos interesa saber.

Así, mientras Agenor lanzaba un profundo suspiro, acentuando esa sonrisa arrogante, pero erradicando esa proyección de superioridad para dar paso a un soplo de humildad; y mientras en Bajada de Piedra, Tovar revoloteaba con mirada incisiva el planisferio con las fotos y datos de las chicas, horadando por aquello que en su conciencia le mostrara el camino a seguir; una inexorable verdad sería expuesta.

– Hay una cosa, simplemente le decimos monstruo, porque su nombre sacude las entrañas de quien lo pronuncia. Es una cosa que ha acompañado a los primordiales desde el inicio de los tiempos; es un nivelador cuyo único propósito es consumirnos y destruirnos; y cada cierto tiempo actúa sobre los primordiales de primer nivel, seleccionando una camada, le da la vuelta al mundo persiguiéndolos y quedándose para sí con toda esa energía vital... Y Laia es la número 17 de esta ocasión.

Entonces Izan comprendió lo que ya debió haber esclarecido, tal vez desde su experiencia extracorporal con Andra. Afinó su visión y los ojos le brillaron ni que el sol se reflejara directamente en ellos. Un corrientazo le recorrió la nuca a la par que su entreabierta boca denotaba un influjo de expectación y ansiedad casi que sublimes.

“17 chicas y el cadáver de la número uno no aparece”, se dijo Tovar para sus adentros; y el cielo brilló para él.

– Eida, que rectifiquen la prueba de ADN de los restos del pantano.

– ¿Por qué, señor?

– Solo hazlo y que sea con la mayor discreción.

Y volvió a posar sus ojos sobre aquel mapa de la muerte, solo que ahora concentró su mirada en el rostro de Laia Versailles.

– El nivelador cree que somos una distorsión y actúa como nuestro depredador; y yo quiero detenerlo – asestó Agenor, al tiempo que se alejaba del par de chicos, con dirección al borde de la azotea.

– ¿Qué haces?

– Debo retirarme, Izan; te veo en Osencia; debemos salvar esos ojos grises. Estaré al tanto, cuando tú vayas, ahí estaré.

El hombre de marrón se sujetó de una cuerda que había atado a una base de hierro cercana y se deslizó por la pared de la estructura. Izan y Ednar corrieron hasta el borde; desde donde lo verían encender una motocicleta, despedirse de ellos con un brazo en alto y alejarse por el angosto callejón,

dejando ante ellos respuestas, ciertamente; pero también un escenario insospechado.

Capítulo 13

- XIII -

PRISIONERA

Era como una realidad alterna, tal cosa no parecería posible ante los ojos de Izan o Agenor, hasta ahora los únicos testigos de los atributos de la terrorífica casona. Al contrario de lo antes visto y percibido, la estructura lucía ahora muy distinta, ya no desvencijada y abandonada, sino como debió relucir en sus inicios, en sus glorias, como seguramente la tuvieron aquellos que la ocuparon al principio y gozaron de su tranquilidad, lejanía y esplendor. Cada pared desprendía vida, colores claros en armónica mixtura con sendas tonalidades tenues y oscuras, destacaban un universo nada parecido al de las visiones del chico. La acertada distribución, calidad y gama del mobiliario, enaltecían cada detalle de la madera y piezas de hierro brillantes que servían de anclaje entre los tablones fielmente alineados y encajados de las paredes. Ventanas traslúcidas ataviadas con selectos tejidos, permitían visualizar claramente el horizonte de arbustos sacudidos por el viento. Y ahí, en el centro, el candelero pendiendo del techo, imponente y deslumbrante. El piso no rechinaría, para nada; era perfecto en su composición y construcción. Todo en derredor se distinguía por su cuido e indemne estado. Los adornos sobre los elegantes aparadores destacaban el brillo de la plata y el cristal. En el comedor, algunas pinturas colgaban de las paredes, circundando la mesa y sillas que parecían recién salidas de la ebanistería, finamente talladas, con un centro de flores rojas en un jarro de cristal. Más allá, cada corredor y recinto adyacente endilgaba una sensación de brío casi que inquietante; la laboriosidad de quienes dieron forma a la estructura se avistaba en cada resquicio. El gran salón, el que lucía la pintura de Jeremías R., se mostraba tal cual, impecable, con una innegable apariencia a nuevo, incluso superior a la que las visiones habían proyectado. Las habitaciones contiguas, cada una con acabados y mobiliario prominentes, daban fe de confortabilidad y finura; una de ellas repleta de atributos infantiles masculinos. Y a los pocos metros, uno de los cuartos de baño, el más grande; iluminado y engalanado con detalles de acero inoxidable, brillante porcelanato y mobiliario de primera clase. Frente al espejo, Scott Dolande rasuraba su rostro mientras, en el fondo, se escuchaba una melodía tranquilizante, proveniente de un reproductor ubicado en una de las habitaciones colindantes. A la par que se afeitaba, su garganta tarareaba la música, disfrutando cada nota, delineando una estela de sosiego que solo para él tenía valor o trascendencia. Y allá, un poco más al fondo, después del salón de la pintura, por el segundo corredor, donde otros recintos engalanados con acabados sobrios y refinados complementaban la distribución de la residencia; resaltaba un habitáculo de paredes ensombrecidas y ventanas de cristales oscurecidos, cubiertas por cortinas grises. En el regazo estaba ella, inconsciente, conectada a una

intravenosa que le dosificaba un líquido transparente de tonalidad un tanto amarillenta. Vestía unos harapos que en algún momento fueron blancos y que le cubrían totalmente desde el cuello hasta la punta de los pies, nada de ella era visible, solo su cabeza y el brazo del cual pendía el tubo de la intravenosa. De su cuero cabelludo, frente y de atrás de sus orejas se veían salir unos cables negros, gruesos, cuyos extremos se sujetaban a la piel por una sustancia gomosa azulada. Los cables conectaban con un aparato de base rectangular, color negro, con un solo indicador de luz blanca que marcaba un tanto más de la mitad de recorrido, de una escala sin números y con una incontable cantidad de líneas blancas que funcionaban como indicadores. El dispositivo metálico, no más grande que una caja de zapatos, aparte de emitir la brillante luz, producía un sonido similar al de un transformador de voltaje. A esa cosa estaba conectada Laia, que respiraba sosegadamente y parecía sumida en un profundo letargo.

La cerradura giró, dejándose escuchar claramente la rotación de los engranajes internos y el repliegue de los pestillos. Pausadamente, la puerta dio paso a la figura de Scott, que por primera vez habría de quedar más que clara, no para Laia, sino para quienes ahora, uno desde el diván de Andra y el otro, desde quién sabe dónde y con su innata capacidad, atestiguaban un instante que se revelaba efímero, pero indiscutiblemente simultáneo. Izan y Agenor estaban ahí, observaban a Laia y a su raptor, pero para ellos la casa lucía y hedía como siempre, diezmada por las inclemencias del tiempo y el abandono; azotada por esa insoportable hediondez que para ellos resultaba ya en sinónimo de muerte. ¿Y la melodía?, ahí estaba, inesperado elemento que, para ellos, aplicaba al entorno una insoportable dosis de ansiedad.

Scott Dolande, el supuesto asistente de Lucas Roldan, de Star House, lucía imponente, con mirada verduzca y sagaz, piel casi transparente, cabellos rubios, lacios y brillantes y contextura atlética. Caminó hasta su prisionera y posó su mirada, primero en ella, y luego en el aparato rectangular, con especial atención en lo que marcaba la luz. Explayó una leve sonrisa de satisfacción, respiró hondo y, con tono optimista, sentenció: "pronto, Laia, ya muy pronto habremos terminado y podrás descansar".

Se reclinó sobre la cama y le estampó un beso en el entrecejo; revisó la frecuencia con la que la intravenosa liberaba el contenido de la bolsa y, viendo que todo seguía tal cual, dio la vuelta y caminó hasta la puerta; no obstante, en el umbral, se detuvo, parpadeó con deliberación y miró de costado, como quien afina sus sentidos en la búsqueda de algo que ver o escuchar. La satisfacción de antes ya no estaba, había mutado a inquietud. Scott Dolande sintió la presencia de algo o alguien ahí dentro. Respiró hondo, cerró la puerta y se marchó; dejando dentro, aunque en

otro universo, tal vez; a Izan y Agenor, que no se atrevieron a seguirle.

Izan estaba inmerso en otra sesión hipno-terapéutica, lo que debería ser una nueva aventura tipo viaje astral. Inició de forma diferente, primeramente, se detuvo afuera de la casona que retenía a Laia, emulando la visión que se dibujó en su mente cuando Agenor lo ayudó a absorber energía y a proyectarse más allá de la azotea de Ferex. Observó todo en derredor, tal cual lo hizo en esa ocasión, constatando la similitud del entorno. Entró e hizo el mismo recorrido, solo que más rápido, hasta llegar al acceso de ese salón, que lucía tan diferente al resto de la estructura. Justo allí se toparía con Agenor, que como aparecido de la nada, se detendría ante él, tal cual en la primera sesión con Andra, solo que ahora no le impediría continuar, sino que lo auparía. Ambos se concentrarían en la pintura de Jeremías, la clave que debía llevarlos a Osencia; y grabarían en su memoria, con el mayor lujo de detalles, esa representación artística de la casona.

Para Agenor las cosas ya estaban más claras. En el primer encuentro fortuito que tuvo con la manifestación etérea de Izan, supuso que podría tratarse del captor de Laia, pero la voz gruesa del fondo, la que ambos persiguieron en ese momento, así como la patidifusa reacción del chico, le profundizó el desconcierto. Ahora reconocía a Izan como el primordial de segundo nivel de Laia, razón que explicaba el por qué pudo llegar hasta ese punto; su fuerte vínculo le impulsó a semejante nivel de aproximación, algo que Agenor sabía no podría alcanzar sin articular un esfuerzo mucho mayor. En esta ocasión, cual alianza de intereses, los dos caminarían hacia el mismo objetivo a través de ese salón y buscarían el recinto, avanzando pausadamente, temiendo que el rechinar del suelo con cada paso que daban, alertara al enemigo. Izan trataría de guiar, recordaba el deteriorado corredor, sabía cuál era la habitación; ¿cómo olvidar los detalles de esas visiones de muerte? Así, llegaron hasta la puerta, sin embargo, se detendrían al escuchar unos pasos aproximarse.

Cuando al fin lo vieron aparecer, cuando su presencia por el pasillo opacó el sonido de esa música que tanto parecía encantar a Scott Dolande; el mundo se detuvo. Estáticos, a la expectativa de alguna reacción, sintiendo un temor parecido al que invade la mente cuando una terrible pesadilla parece transmutar a la realidad, esperaron; pero Scott simplemente avanzó, se acercó, exponiendo sus rasgos tan claros como una fotografía; atravesando sus cuerpos en su andar al habitáculo que servía de calabozo de su rehén.

Ahora estaban dentro, solos con Laia; y allí permanecerían por unos instantes más, analizando el contexto, tratando de determinar cuánto más de espacio les estaría dejando el enemigo para actuar. El dispositivo tras la cama marcaba un paulatino avance, no faltaría mucho para completar lo que sea que estuviese haciendo. Izan se acercó hasta el borde del lecho, miró con detenimiento y perplejidad la bolsa de la intravenosa; luego, variando su expresión a ternura y devoción, plantó su mirada sobre

el rostro de la chica de los ojos grises, quien parecía languidecer; tal vez morir. Quiso tocarla, pero no podría, él solo era consciencia, esencia; ya no levitante; con una concepción material etérea, aunque lo suficiente como para percibir cualquier cosa no animada. Le habló, como lo había hechos en sus visiones nocturnas, pero el resultado sería el mismo.

Agenor, por su lado, hurgó con sus ojos el cajón metálico de luz brillante e incontables líneas blancas; no reconocía lo que era, pero sí lo comprendía. “Es un núcleo de absorción, Izan; está canalizando y concentrando la energía de Laia y toda la que ella pueda obtener; la acumula para la cosa; para el monstruo”.

Izan cayó en estupefacción, todo el universo en que se había adentrado desde su encuentro con Agenor en Ferex, pasando por la revisión rápida, pero sesuda, que dio al contenido de la memoria microSD al volver de Punta del Norte, se explayó en su agitada mente cual enorme mural de recortes periodísticos. Todo estaba frente a sus ojos, su comprensión definitiva de lo que era un primordial, de cómo la noción que manejaban Regina y Alana, a pesar de su cercanía a la realidad, no eran más que un compendio de supuestos que buscaban explicar algo que existía de por sí, pero que no se les había puesto de manifiesto; el incierto punto de concurrencia donde debía encajar la joya de Versailles, el anillo con resabios del oro encantado de la hechicera y que, en medio de las hipótesis esotéricas que le envolvían, parecía tener algo que ver con el linaje de un primordial de primera generación: Orson De Versailles, los primeros ojos grises de la estirpe. Ahora, el monstruo actuaba, ese ser de procedencia indeterminada, de potencial desconocido, de propósitos indignos para unos, aunque necesarios para él, por su naturaleza y filosofía. Esa cosa requería energía y su lacayo de mirada verduzca sabía atender a esa petición con intrepidez y empeño.

Entonces, la dejaron; no había más nada que hacer; cruzaron una breve mirada de estupefacción. Los labios de Agenor dibujarían la palabra “Osencia” antes que cada mente tomara por su lado. De la consulta de Andra, Izan salió directamente a la estación de policía, claro, no sin antes haber resumido, con ofuscación y emoción, lo que su nueva experiencia astral le había mostrado. Ofuscación, por el contexto, cargado de pavor y ansiedad ante la incertidumbre; y emoción, por la constatación de la presencia de Laia y la ventana que se abría para liberarla antes del inminente final. En conjunto, los detalles se ligaban en un compendio que exponía una realidad que ni la psíquica, y mucho menos Ednar, podrían manejar de primera mano. No obstante, Andra quedaría satisfecha por los logros de la sesión y por la nueva postura del chico ante su naturaleza y las circunstancias que lo envolvían, motivaban y sostenían; hasta Ednar empezaría a comprender y a aceptar el alcance de lo que era partícipe.

Ya en la estación, desde el otro lado del recinto, su mirada se encontraría con la de Tovar, quien de inmediato se levantaría de su asiento y le haría

gestos de insistente invitación a acercarse; y es que, luego del allanamiento en Bajada de Piedra, había intentado localizar al chico para disculparse, saber de él y de su visita a Punta del Norte, pero ahora fue Izan el que no respondió, no por desquite, sino porque su encuentro con Agenor marcó un antes y un después que no tenía idea de cómo plantearlo ante Tovar.

Entonces, los chicos se aproximaron velozmente e ingresaron a un salón reservado, no muy grande, dedicado específicamente a la investigación de casos complicados, como bien lo era el de Laia Versalles. Un tablero giratorio blanco, lleno de fotos, recortes, registros, líneas de marcador y apuntes en tipografía no muy comprensible, resaltaba a primera vista. Eida, que también estaba dentro, procedió a cerrar la puerta y así quedaron solamente los cuatro.

– Izan; no es ella – espetó Tovar, con los ojos cargados de intriga y emoción. – Los restos del pantano no son de ella.

– Lo sé, aún está viva.

– No me digas que tú y tus visiones.

Izan respiró hondo, ya no había más que elucubrar al respecto, las cosas eran así, incomprensibles, inaceptables; mas así resultaban y no quedaba más que admitirlas en la medida de las posibilidades de cada quien.

– Ha sido así.

Tovar observó a su subalterna, quien a pesar de estar al tanto de casi todos los detalles incongruentes de la investigación y de la relación de Izan con la víctima, denotaba una sensación de perplejidad, incluso sufrible para cualquiera con más noción del contexto del caso. Ya él había hablado con ella, tratando de llevarla a comprender todo y aceptar lo que pudiera, todo con el fin de colaborar adecuadamente en la resolución del misterio tras la desaparición de la chica; sin embargo, estaba claro en que para ella y su experiencia en la fuerza policial, muchos de los supuestos no parecerían más que posibilidades haladas de los cabellos. Pero ahí estaba, a expensas de lo que el raro muchacho podría exponer y de lo que su jefe inmediato dispondría ejecutar.

– La verificación de las pruebas de ADN por los forenses determinó que no son los restos de Laia. Alguien alteró los resultados o la muestra, no sé; la división interna ya está eso – retomó Tovar, girando en horizontal el tablero, para dejar al descubierto el mapamundi confiscado en la casa en Bajada de Piedra, con las conexiones elaboradas por Agenor. – Esto lo encontramos en el operativo, estamos suponiendo que, si seguimos el orden establecido aquí, los restos que encontramos son de la chica desaparecida en Río de Janeiro, el caso inmediatamente anterior al de

Laia. Ahora, ¿qué tienes tú que decir?, dame lo que sea que tengas, así hayas ido al mismo infierno a buscar la información.

Izan sonrió levemente, se sentía importante; y lo era. Ednar sacó su teléfono celular y desplegó un mapa con la ubicación de Osencia.

– Parece que es un con fin de mundo – afirmó el chico.

– Ese es el lugar, ahí está Laia.

Un lapso de sepulcral silencio se hizo del encuentro, cada quien maniobrando en su mente con la información, tratando de encontrar el sentido, así no fuera necesariamente lógico.

– Necesito al dibujante, tengo en mi memoria la casa y el rostro del verdadero secuestrador; porque Agenor no es el enemigo.

– ¿Y qué es entonces?

– Tal vez el único que nos puede ayudar a salvar a Laia y detener a quien ha matado a todas esas chicas.

Capítulo 14

- XIV -

OSENCIA

En total hermetismo se mantendrían los nuevos hallazgos en el caso de Laia Versailles. El inesperado giro de una investigación de homicidio a otra de posible secuestro, marcó una reorientación de los esfuerzos logísticos y de inteligencia del equipo al mando de Tovar. Bajo ninguna circunstancia, nadie, ni siquiera Regina o Alana, deberían darse por enterado que los restos encontrados en el pantano no correspondían a Laia; cualquier difusión accidental o premeditada de esta información podría resultar en extremo peligroso para la vida de la chica, máxime cuando no se contaba aún con datos precisos acerca de la identidad del nuevo sospechoso, solo el dibujo hablado generado a partir de las imágenes visualizadas por la mente del único "testigo ocular"; Izan Bustamante. Tovar giró instrucciones precisas de mantener en reserva la información hasta haber asegurado a Laia, cosa que Eida y su equipo inmediato comprendieron; finalmente, dentro de la fuerza policial, eran muy pocos los enterados, por lo que no le sería tan difícil dar con el paradero del hablador, de darse el caso. Igualmente, la sospecha de que los restos podrían corresponder al de la chica brasileira, de acuerdo al orden cronológico de desapariciones encontrado en el sótano en la casa de Bajada de Piedra y debidamente corroborado por las investigaciones de Eida; no se notificarían hasta segunda orden. Tovar no estaba dispuesto a poner en riesgo su caso, indistintamente de lo que claramente representaría para él y su equipo el descubrir y exponer un modus operandi internacional. Lo trascendental era encontrar a Laia, rescatarla, atrapar al culpable y entender con la mayor racionalidad posible el contexto; aunque en el informe final le correspondiera manipular datos en aras del bienestar de todos los involucrados y de la justicia.

Ahora, Osencia los esperaba. Eida hizo una investigación rápida acerca del recóndito lugar, desconocido para la mayoría absoluta de la gente. Enclavado en medio de la nada, a más de 800 kilómetros y casi tres mil metros de altura sobre el nivel del Pacífico. Casi no encontró datos del pueblo; se trataba de esos lugares que parecen existir solo cuando alguien los busca. Por su parte, Izan trabajó afanosamente con el dibujante, atendiendo a sus requerimiento con la mayor precisión posible. Al cabo de unas 3 horas se contaba con el rostro del presunto secuestrador y la fachada de la casona. En adición, con regla y lápiz, el mismo chico reprodujo una aproximación de la planta arquitectónica, cosa que podría facilitar una eventual incursión.

El dibujo hablado entró en la base de datos. Tovar asignó a tres personas para que buscaran similitudes y no se detuvieran hasta encontrar algo, o

bien, ratificar la inexistencia de datos. Así mismo, retomó pesquisas en el hotel donde Laía fue vista por última vez. Un par de llamadas y la transmisión de la foto al gerente, dieron como resultado, al cabo de una media hora tal vez, una respuesta inesperada: alguien estaba dispuesto a confesar, una persona que no podía más con la culpa y al ver el rostro del sospechoso, claudicó de su silencio. Era uno de los operarios de mantenimiento del hotel quien, gracias a un importante ofrecimiento monetario, facilitó acceso a un salón libre para que "alguien" fingiera una actividad. El hombre, que fue trasladado rápidamente a la estación, declaró su participación, pero siendo desconocedor del propósito final del individuo, quien nunca le facilitó detalle alguno de su persona o procedencia; aunque reconoció haber sido testigo del final. "Ví cuando la sacó por los pasillo internos, yo ayudé a que tuviera paso libre por ciertas secciones del hotel hasta la salida... Ya no podía hacer nada, me amenazó; así que dejé que se largara; luego todo salió en las noticias y comprendí en lo que me había metido; y ya no puedo más", dijo; y entregó lo que le quedaba del dinero que se le había pagado, lo que contribuiría a acelerar la búsqueda de la identidad del secuestrador.

No se contaba con el margen de tiempo que se dedicó a rastrear el rostro de Agenor hasta los registros de migración; que sería donde justamente se encontrarían los datos de Scott Dolande, gracias a una huella digital extraída del dinero e ingresada al sistema de control migratorio. La imagen del pasaporte colombiano, lo más probable falso, se desplegaría en pantalla con los datos y el rostro que respondía al perfilado por el dibujante. El manifiesto del vuelo, rápidamente revisado por Eida, los llevaría determinar la procedencia original del visitante: Brasil. Y una rápida revisión a los pasaportes de todos los ocupantes permitiría ubicar a una chica con igual descripción facial que la desaparecida en Río de Janeiro, claro está, con otro nombre. La trayectoria quedó al descubierto; todo el patrón expuesto por Agenor en su planisferio parecía responder a una abrumadora y oscura realidad.

El equipo se armó. En principio, Tovar dudó de la posibilidad de incluir en su avanzada hacia Osencia, a dos universitarios sin experiencia en acciones policiales; pero su instinto y lo acontecido en las últimas semanas, le decían que dejar fuera a Izan y, por ende, a su inseparable compañero, era inadmisibile. Así, definió la estrategia, el grupo de 4 se movilizaría al apartado poblado a hacer el recorrido de reconocimiento y dar con la casa; atrás, un equipo de respaldo se mantendría apostado en la comunidad inmediatamente anterior, pero sin llamar la atención, preparados para llegar a Osencia y ser los refuerzos necesarios ante cualquier eventualidad.

Dicho todo, a la mañana siguiente, Tovar, Eida, Izan y Ednar se aproximarían a su destino por una angosta carretera de grava y tosca, luego de haber cumplido un recorrido de casi 7 horas hasta encontrar un borroso letrero con el nombre del poblado. En los últimos kilómetros del

recorrido vieron muy pocas personas desplazándose a pie o en caballos; ningún otro vehículo se escuchó o se vio. Al cabo de pocos minutos de pasar el letrero, aparecieron las primeras casas, el camino se hizo un poco más ancho y el horizonte se despejó. Entre árboles de variados tamaños, pequeños sembradíos, potreros y herbazales, se explayaba un caserío cuyas viviendas se apreciaban muy distantes entre sí. Tovar, que iba al volante de la camioneta todo terreno designada a la misión, no se detendría hasta pasada la primera vivienda.

– Bien, repasemos, Izan va conmigo, Eida con Ednar; ninguno de los dos hará nada o dirá algo para lo que no sea autorizado por nosotros. ¿Está claro, chicos?

Un silencioso movimiento de afirmación valió.

– Y lleven sus abrigos, son 18 grados aquí; bueno, quien lo necesite – sugirió Tovar, con un halo de sarcasmo. – Hace 7 horas estábamos a 30, no está mal sentir algo de frío.

Izan sonrió y se aprestó a bajar, pero Tovar lo contuvo.

– No, Eida y Ednar se bajan aquí, inicien por esa casa. Nosotros nos adelantaremos a la siguiente. Recuerden preguntar lo más amenos posibles, dudo mucho que la policía ronde este lugar muy seguido; así que si ya están extrañados – y señaló hacia la vivienda recién superada, donde una mujer cargando un bebé, acompañado de otro niño, observaban fijamente desde el portal –, más lo van a estar cuando nos identifiquemos y preguntemos por la vieja casa.

– De acuerdo, señor – atendió Eida. – Vamos chico, hay que empezar.

Durante el recorrido, tanto Izan como Ednar lograron fortalecer un vínculo casi que de compañeros de aventura con el par de policías, entre los lapsos de silencio, sueño, música y las paradas para comer e ir al baño; las 7 horas de camino dieron paso a una definición de lo que sí se podía hacer, de lo que no; y a una sensación de conexión de equipo que hizo sentir al par de chicos, piezas importantes. Ahora, en Osencia, se observaría si de la percepción es posible pasar a los hechos.

Tovar movió el vehículo y dejó a Eida y Ednar caminando en dirección a la primera casa. La mujer y el niño corrieron hacia adentro y cerraron la puerta con tal premura que el sonido de las trancas se escuchó claramente.

– Ya empezamos mal – sugirió Eida.

Por su parte, unos 100 metros más adelante, Tovar estacionó frente a otra vivienda, a la cual le seguía, a menos distancia, tal vez 100 metros,

otra. Izan bajó primero y pudo observar en el portal a un anciano, que con una humeante pipa, lo miraba fijamente. Tovar dio la vuelta al auto y se ubicó a un costado del chico.

– Bien, empecemos.

Y así iniciaría el barrido por el poblado, entre raras miradas, silencio, resistencia a tan siquiera responder un saludo. Sería una jornada interesante y perturbadora; la negativa de los pocos que se atrevían a responder parecía indicar que no se daría tan fácilmente con el objetivo; la distancia entre las casas y lo variado del terreno, no daban paso a tener una visión general del tamaño de la comunidad; mucho menos permitía distinguir en la distancia alguna casa que respondiera al tamaño de la descrita por Izan, máxime cuando todas las viviendas de la zona eran pequeñas y proyectaban pertenecer a familias con carencias económicas. Osencia lucía cual sinónimo de pobreza.

Pero la luz al final del túnel siempre llega o, por lo menos, para el cuarteto de investigadores. Pasado ya el medio día, luego de almorzar, mientras tomaban un descanso a orillas del camino, bajo la sombra de un frondoso árbol, alejados de las viviendas; Izan notó, por uno de los retrovisores, que un chico en bicicleta se detuvo a unos 15 metros detrás de la camioneta. El muchacho observaba con insistencia el vehículo, aunque su actitud corporal era vacilante; por momentos parecía querer aproximarse más y por otros, devolverse por donde llegó. Izan advirtió a Tovar, quien sin dudar, salió de la camioneta y caminó hasta ubicarse en la parte posterior; desde allí clavó su mirada en el chico y cuando percibió cierta intención de retirarse, le llamó.

– Muchacho, ven; no te preocupes; si quieres hablar con nosotros, puedes acercarte con confianza.

Dudó por algunos segundos, al tiempo que los demás optaron por salir también del vehículo. Izan observó al desconocido por algunos instantes y percibió algo dentro de sí, una rara sensación de cercanía, como si aquel rostro le resultara conocido, aunque su consciencia le afirmara, con indiscutible seguridad, lo contrario.

– Vamos; acércate – insistió Tovar, agitando la mano en gesto de amistad.

Avanzó, llevando su bicicleta consigo, hasta ubicarse a unos 3 metros del grupo de visitantes que tanto revuelo ya causaba en el poblado.

– Hola – dijo.

– Soy Boris Tovar, detective de policía; ella es Eida, mi colega, y ellos son unos amigos que nos ayudan con un caso. ¿Deseas conversar con

nosotros?

El chico, de no más de 16 años, enfocó sus negros y brillantes ojos en Izan, como lo hace aquel que desea o busca transmitir algo aún en el silencio; su entreabierta boca sugería necesidad de hablar, pero se contenía, tal vez por inseguridad o temor. Izan lo comprendió, la anómala sensación no era más que una revelación; aquella capacidad que antes no conocía y que ahora, gracias a Agenor, debía formar parte de su normalidad, ineludiblemente actuaba. "Es un primordial", pensó sin titubeo.

Se adelantó al grupo, colocándose por delante de Tovar.

– Hola, soy Izan – y extendió su mano con aplomo.

El chico, con algo de recelo, atendió al gesto y dibujó una tímida sonrisa en su rostro. No dijo su nombre, pero respondió a la amabilidad del desconocido.

– ¿Puedo confiar en ti?

– Puedes confiar en todos los que estamos aquí – asentó Izan.

– Escuché que están buscando ese lugar, el que nadie puede nombrar.

Tovar intercambió miradas de desconcierto con Eida y Ednar, la sugestión que acompañaba aquella expresión, denotaba cierto aire de aprensión e inquietud; quedaba claro que la casona que buscaban sí era conocida y que simplemente todos los residentes sondeados se habían limitado a ocultar la información.

– ¿Que no se puede nombrar?; ¿qué quieres decir? – indagó Izan.

Eida se aproximó y levantó el boceto con el trabajo del dibujante del departamento de policía y preguntó si era ese el lugar al que se refería; el chico asentó de inmediato.

– ¿Qué sabes sobre esa casa?

– Lo que la gente sabe, lo que se cuenta.

– Dinos, por favor – instó Izan.

Paseo su mirada por todos, reafirmando para sí mismo esa percepción de confianza que Izan le había proyectado y que era necesaria para atreverse a hablar de aquella cosa que en el pueblo era innombrable.

– Esa casa es Osencia; antes de ella no había nada aquí, quienes la construyeron fueron los primeros en adueñarse de todas estas tierras, en la época en que tomabas cada hectárea hasta donde la vista se perdía. Con el tiempo, la familia desapareció, se esfumaron; el viejo murió y todo su legado se fue destruyendo; dividieron la tierra y la ofrecieron a algunos allegados que asentaron su familias, las mismas que siempre hemos estado; pero hay un acuerdo, más nadie puede mudarse aquí; todos los que recibieron su parte saben eso; nadie puede vender, solo heredar a las nuevas generaciones y vivir en la maldición de la pobreza... Y la casa y lo que quedó de la propiedad original sigue en manos de algún desconocido heredero. Eso es lo que se cuenta.

– ¿Y por qué nadie puede hablar de la casa?

– Porque cada 5 años Osencia ruge, esa casa habla desde su escondrijo, donde nadie puede ir porque ella no deja que nadie se acerque. Esa casa tiene vida y hace poco empezó a rugir otra vez.

– ¿Rugir? – inquirió Tovar, con estupor.

– Sí, ruge – afirmó el chico, con la mirada turbada –; todas las madrugadas y así lo hará por mucho tiempo, como lo hizo hace 5 años.

Izan se contuvo por unos instantes, sabía que sobre ellos se cernía una nube de desconcierto que profundizaba todo lo inverosímil que, a la postre, había caracterizado el caso de Laia Versalles; aunado al hecho de estar seguro que quién les revelaba el secreto de Osencia, era alguien como él.

– ¿Sabes cómo llegar?

– Nadie puede, no hay forma; quien lo intenta termina perdido, a veces por días. Hace unos años un niño simplemente jamás volvió; bueno, es lo que dicen... Les puedo asegurar que no hay forma de llegar. Unos amigos y yo lo intentamos una vez y tuvimos que volver, casi nos perdemos.

– ¿Y dónde empieza el camino?

El chico guardó silencio, se apartó unos metros e hizo un gesto a Izan para que se acercara. Tovar comprendió que, por alguna razón, el muchacho se sentía más cómodo con Izan, así que lo instó a corresponder al llamado.

– Ve, él confía en ti.

Izan se desplazó y se acercó lo suficiente como para poder conversar en

baja voz.

– ¿Qué sucede?

– Dijiste que puedo confiar en ti.

– Y es así. Dime, ¿qué pasa?

– A veces puedo ver dentro de esa casa y sentir un olor insoportable y nauseabundo. Puedo ver a alguien caminando por sus pasillos y escuchar el charrasqueo de sus viejos tablones; pero solo veo una silueta enorme, de ojos brillantes, casi blancos, manos largas; algo que no parece humano. ¿Y tú?, ¿qué ves allá dentro?

– ¿Sabes lo que somos? – apuntó con extrañeza Izan, ante el cuestionamiento tan claro y directo del chico.

– ¿Lo que somos? No sé, pero esto que siento ahora solo lo había sentido dos veces, la primera vez, hace 5 años; luego, de unas semanas para acá, que la casa empezó a rugir; y ahora, desde que llegaron al pueblo y mientras hablo contigo.

– Eres como yo; eres un Primordial.

El chico agitó la cabeza, evidentemente no sabía nada y mucho menos comprendía lo que Izan le manifestaba; pero estaba claro en lo que sentía, aunque no en el alcance de tal impresión. Su condición le había permitido percibir la presencia de otros como él en dos distintos momentos; 5 años atrás cuando, seguramente, alguna víctima fue trasladada a la casona, siguiendo el patrón que ya los canadienses tenían bastante definido; y ahora, con Laia, que para Izan, seguía ahí encerrada.

– Hagamos algo, llévame hasta ahí, dime por dónde debemos tomar para encontrar la casona y cuando todo termine, te prometo que volveré y de mostraré lo que eres y el porqué de muchas cosas que seguramente no tienen respuestas para ti.

Luego de algunos momentos de reflexión, el chico asentó con un gesto y un “de acuerdo”.

– Por cierto, mi nombre es Jeremías – añadió, mientras caminaban hacia el vehículo.

El nombre taladró los oídos de Izan, pero se contuvo, no podía debilitar el nexo de confianza que se había construido con la única persona dispuesta a acercarlos al objetivo de la avanzada. Tovar tomó la bicicleta del chico y la acomodó en el portaequipaje de la camioneta, mientras Izan le indicaba que se ubicara en el asiento delantero. Así, recorrieron unos 500 metros

hasta un punto en el que Jeremías señaló una desviación a la derecha, por una trocha angosta que daba paso a una pendiente que, al remontarla, los posicionó en una locación que permitía apreciar los techos de la mayoría de las viviendas del caserío. Recorrieron unos treinta metros más hasta un punto donde la trocha parecía terminar. En eso, un grito resonó en el interior de la camioneta, era Jeremías, exigiendo que Tovar se detuviera, cosa a la que accedió abruptamente. Seguido, el chico bajó rápidamente, claramente aterrorizado. Izan hizo lo propio y se acercó, tratando de comprender lo que acontecía. Jeremías tenía la mirada puesta sobre un sendero, aún más angosto; que se abría entre los arbustos, a la izquierda de la trocha.

– Eso no estaba ahí. Esa senda no estaba ahí.

– ¿Qué quieres decir?

– Nunca lo había visto.

Jeremías, aterrorizado, con el rostro pálido y mirada perturbada, corrió con avidez hasta la parte posterior de la camioneta, abrió la puerta y extrajo su bicicleta. Enseguida, se alejó por la trocha sin mediar más palabras, dejando en desconcierto a todos.

– No sé cómo vamos a hacer para no salir locos después de todo esto – advirtió con algo de sarcasmo Ednar, casi al oído de Eida.

– Bien – enfatizó Tovar –, si esa es la ruta, sigamos.

– Pero dijo que eso no estaba ahí – espetó Ednar –; ¿qué quiso decir?, ¿que apareció de la nada?

– Tal parece – acotó Izan.

Tovar empuñó su arma y dio la indicación de avanzar. Eida hizo lo propio. Instantes después, los cuatro avanzaban en silencio y con cautela por la estrecha senda. El trino de algunas aves, el sonido del viento y uno que otro ruido de algún animal rastrero acompañaron la discreción de los caminantes que, a este punto, sucumbían ante la incertidumbre y la expectación. Recorrieron unos 10 o 15 metros antes de tomar un recodo a la derecha; luego, menos de 10 metros hasta un punto donde el sendero se abría para dar lugar a una altiplanicie en cuyo promontorio se elevaba la misteriosa casona.

Aquí estaban, al fin, al pie de la desvencijada y aterradora estructura, tal cual Izan la recordaba de su visiones.

– ¡Ahí está! – exclamó Izan, emocionado. – Es Osencia.

Y como cosa predispuesta, un soplo de aire que acrecentó la frígida sensación que predominaba en el lugar, se diseminó en la altiplanicie, ni que de un presagio se tratara, sacudiendo con fiereza los arbustos cercanos y bañando los rostros de cada uno, con frías gotas de agua que parecían querer horadar la piel y helar la sangre. Izan giró su mirada hacia las montañas, esas elevaciones que se apreciaban tan claramente en sus visiones y, justo en ese momento, percibió ese repugnante aroma, que penetraba por sus fosas nasales, hasta más allá de sus pulmones.

Capítulo 15

- XV -

JUEGOS MENTALES

Mientras Tovar y Eida daban un rodeo de reconocimiento, Izan y Ednar esperaban a pocos pasos de la escalinata por la que ya antes él había subido, pero en un contexto distinto. Osencia, o más bien, la casa, lucía muy parecida a la derruida estructura que había visualizado en sus visiones nocturnas y en los viajes guiados por Andra, salvo ciertos detalles, como el prolijo entablado en las ventanas y el candado que, en conjunto con una cadena de gruesos eslabones, condenaba la puerta principal. Ciertamente era diferente a la apariencia que de ella percibió cuando tuvo ese episodio de revelación en la azotea de Ferex, en donde pudo apreciar la estructura como debió lucir en sus años de esplendor y en dónde observó a Laia, sometida a algún raro procedimiento. Se trataba de dos estados o momentos tan distantes y disímiles, que evidentemente provocaban un escenario de confusión que alentaba una profunda sensación de distorsión. Izan lograba ubicar en su mente el lugar exacto donde Laia debía estar, esa habitación horrorosa, apastosa y desvencijada; o bien, oscura, con cortinas grises y paredes ensombrecidas. Para él se trataba del mismo sitio.

Tovar se adelantó hasta la puerta y revisó el candado, la estupefacción se dibujaría en su rostro al notar que el mismo no contaba con ranura para una llave o cualquier otro mecanismo para abrirlo, era solo una enorme pieza de hierro con su aldaba.

- No hay forma de abrirlo – espetó Tovar, claramente sorprendido.
- ¿No hay puerta trasera? – inquirió Ednar.
- Sí, pero parece estar condenada por dentro, tal vez con tablones también – atendió Eida.
- Tocaré entrar a la fuerza.
- ¿Quién reforzaría así esta casa? – preguntó Eida.
- Definitivamente alguien que no quiere que sea abierta – indicó Izan, mientras sus ojos bailaban de un lugar a otro, como quien busca algo sin saber qué exactamente, al tanto que se esfuerza por comprender el entorno.
- Bien, volveré al auto, sin herramientas no vamos a poder entrar. Trataré

de romper alguna de esas ventanas.

– ¿Sin una orden ni nada más, señor? – sugirió Eida.

– No creo que en este fin de mundo alguien se preocupe por eso. Por lo que entendí, nadie sabe cómo llegar aquí.

– Espere, Tovar – espetó Izan, extrayendo su teléfono móvil del bolsillo, constatando la inexistencia de acceso a la red. – ¿Alguien tiene señal?

– Aquí no hay servicio celular – aclaró Eida –; pero tenemos un teléfono satelital para estos casos.

– ¿A quién llamarás? – preguntó Tovar, a la par que facilitaba el aparato al chico.

– A mi hipnoterapeuta; necesitamos la guía de alguien con experiencia. Esto es un juego mental.

Izan se acercó, sujetó el candado con una de sus manos y lo volteó por todos lados.

– ¿Alguien ha visto alguna vez algo así?, ¿existen candados así? Que yo recuerde, nadie vende un candado que no pueda abrirse.

– ¿Y por qué dices que es un juego mental? – preguntó Tovar, con tono misterioso.

– Porque el monstruo puede jugar con las mentes.

Nuevamente la estupor hizo acto de presencia, solo para Izan podía estar un tanto más claro el asunto del monstruo y sus atributos, solo él había tenido acceso y revisado, aunque no tan profundamente, la información que Agenor le había compartido; para el resto, particularmente Ednar y Tovar, lo poco que el chico les había transmitido, no resultaba en suficientes datos como para poder asimilar la idea que enmarañaba semejante expresión. Era una proclamación de inaudito poder; inconcebible posibilidad; casi como afirmar que más allá del perpetrador del secuestro, había una fuerza oscura y desconocida, que cual deidad, penetraba en los profundo de la conciencia para jugar y hacer ver a su títeres, lo que le apeteciera.

Y mientras Izan seguía sujetando el candado, cavilando acerca del cómo exponer su situación a Andra; y el resto elucubraba, o más bien, intentaba razonar algo que le obsequiara un atisbo de lógica a las circunstancias, del fondo emergería una voz que, irónicamente, remarcaría lo que ya no era

ninguna novedad.

– Están viendo solamente lo que él quiere que vean.

Tovar y Eida reaccionaron en acorde, empuñando sus armas y girando sus cuerpos rápidamente, hacia el punto de procedencia de la voz. Era Agenor, que cumpliendo su palabra empeñada, hacía acto de presencia. Con una sonrisa algo sarcástica y los brazos extendidos hacia arriba, siguió caminando, solo que ralentizando el paso.

– Tranquilos, oficiales; creo que a este punto ya deberían estar más claros en que yo no soy el enemigo aquí.

– Eso no es algo determinante – enfatizó Tovar, en tanto avanzaba pausadamente a su encuentro. – Date la vuelta.

Lo revisó rápidamente, al cabo de lo cual, ambos se encaminaron hasta la casa, claro está, Tovar custodiando al recién llegado. Izan se detuvo en el borde de la escalera, exteriorizando perturbación, y es que aún, con todo lo que ya sabía sobre su naturaleza, la de Laia y la de Agenor, asegurarse de las intenciones definitivas del singular individuo no le resultaba del todo posible.

– Aquí estoy Izan, tal cual te prometí.

– Dices que estamos viendo lo que él quiere que veamos; sé más específico – reclamó Tovar, mientras enfundaba su arma y aupaba a Eida a hacer lo mismo.

– Ni guarden sus armas, tal vez las vayamos a necesitar.

Ágenor posó su mirada en la puerta de la casona, la cadena y el candado; luego se aproximó un tanto más a Izan y, lanzando un fuerte suspiro, continuó.

– ¿Revisaste la información?

– En lo que pude, es demasiada.

– Así que esto es Osencia – dijo, avanzando hasta la puerta principal. – Y he aquí la principal prueba de lo que les digo; estamos viendo lo que él quiere que veamos – y sujetó el candado con una de sus manos.

– ¿Cómo entramos? – inquirió Izan.

– Es un espejismo – afirmó, en tanto se volteaba y explayaba en su rostro un manto de suspenso. – Él empleará cualquier mecanismo de

defensa con tal de evitar que alguien interfiera en sus planes.

– Juegos mentales.

– Tal cual, Izan. Son como encantos; como un hechizo.

El tono lúgubre con el que Agenor acompañó sus palabras generó en el grupo una sensación de intriga. Lo inconcebible primaba sobre cualquier atisbo de racionalidad. ¿A quién se le ocurría tan siquiera pensar o pronunciar una frase relacionada con el acervo brujo? Pero, ¿por qué no dar pie a cualquier posibilidad?, total, el contexto parecía tan sobrenatural y desalineado de lo que se infiere por realidad.

Y fue ese lapso de tiempo, en que cada uno trataba de adornar con matices de comprensión lo que parecía sacado de una historia de superstición, el que aprovechó Izan para escarbar en su mente y conjeturas, lo que sería la respuesta al instante. Regina y Alana adornarían sus recuerdos con sus voces e historias; se desplazaría, entonces, hasta los años de Orson De Versailles, la peste de Marsella, Eliette y el anillo enaltecido con oro de hechicera. Y levantaría la mirada y la pondría en aquella cosa a la que nunca le había prestado la más mínima atención, sobre la que nadie tendría por qué reservarle importancia alguna. Ahí estaba, el ojo de la puerta, ese por el que los de dentro observan a los de fuera antes de decidir abrir o no la puerta de su morada. Era un agujero circular perfecto, más el ojo de vidrio y su soporte no estaban, era un hueco vacío en la madera, cubierta de telarañas que, al limpiarlo, seguramente permitiría mirar hacia adentro. Pero aquello a nadie le interesaría, ni al mismo Izan que, en ese instante, comparaba el tamaño del redondel con el del anillo en su posesión. “Será qué”, pensó. “¿Será qué?”; volvió a pensar.

Así, ante la perpleja y expectante mirada del resto, incluso de Agenor, que no lograba dilucidar del todo el contexto y mucho menos prever las acciones del otro Primordial presente en la escena; avanzó los pocos pasos que lo separaban de la desvencijada puerta, rebuscó en uno de sus bolsillos, extrayendo el anillo en cuestión. Lo miró por unos instantes, lo notó más brillante que nunca. Los demás también posaron su mirada y su silencio sobre la Joya de Versailles, sin comprender lo que acontecía. Ednar, en medio de su peculiar forma de ser, entreabrió la boca y, con un leve suspiro, despidió una expresión que acrecentaría el nivel de incertidumbre del grupo.

– Es la llave – sugirió.

Miradas de extrañeza se posaron sobre el chico, reflejo del esfuerzo que cada uno hacía por concluir algo que contara con algo de sentido. Pero no habría tiempo para cavilar más; Izan, que sucumbía ante su propia interpretación del momento, obviando de una buena vez la búsqueda de

respuestas lógicas, extendió su brazo hasta acercar el anillo al orificio del ojo de la puerta. Cuando la joya se encontraba a milímetros de la superficie de madera, Izan sintió como el metal se despegó de sus dedos, atraído por una fuerza invisible que provocó que el mismo penetrara perfectamente en el agujero.

Y cuando eso se dio, no hubo tiempo para sorprenderse. La visión de todos empezó a temblar. Sus cuerpos no se movían, sin embargo, todo en derredor se agitaba como si de una imagen televisiva distorsionada por alguna interferencia, se tratara. La puerta, la casa, el piso, el techo, los arbustos, el horizonte, el cielo; todo se sacudía fuertemente, menos ellos; sus cuerpos, sus consciencias, se mantenían inamovibles, fieles testigos de otro evento de inconcebible proporción. Así, sin dar tiempo de tan siquiera intentar comprender algo, un blanco y cegador resplandor copó el entorno, acompañado de un agudo chillido, parecido al de un silbido, que taladraba los tímpanos hasta horadar el cerebro. Izan cubrió sus oídos con sus dedos medios, al tiempo que las palmas de sus manos buscaban limitar el resplandor que lograba traspasar los párpados sin mayor esfuerzo. Los demás intentaron lo mismo, aunque en principio no decidían si tapar sus ojos o sus oídos primero; nadie sin saber qué hacer, a dónde ir ni qué esperar; dejando caer sus cuerpos, sometidos a lo ineludible.

Aunque apenas fueron dos minutos de ensordecedor ruido y cegador resplandor, la percepción de eternidad se hizo presente. Al cabo, progresivamente fueron librando sus ojos y oídos, irguiendo sus cuerpos y proyectándose nuevamente ante la vieja construcción que, ahora, les abría sus puertas y ventanas. Izan, perplejo, notó el anillo tirado sobre la polvorienta alfombra que antecedió a la puerta y que, en un decolorado rojo, delineaba el nombre Osencia. Se inclinó para recogerlo, mientras el resto, salvo Agenor, parecía no salir del asombro provocado por el reciente acontecimiento, otro más que se sumaba a lo ya insólito de todas las circunstancias que los rodeaban. Al sujetarlo, sintió una fuerte sacudida en su interior y una suave y entrecortada voz se atravesó en sus sienes, operando como un llamado tan claro como jamás lo habría percibido desde la primera vez que vio y escuchó a Laia en su mente.

– ¡Está aquí, puedo sentirlo! – expresó con irrefutable convencimiento.

Tovar no esperó explicaciones ni propias ni extrañas; de inmediato se adelantó, al tanto que Izan se incorporaba. Con el arma empuñada, golpeó de una patada la puerta, dando acceso inmediato a la casa. Eida se aproximó, dejando atrás a Agenor y al par de chicos, ante el llamado de su superior. Resguardándose mutuamente, penetraron la estructura que se presentaba silente, lúgubre y asquerosa en su esencia.

“Está aquí”, volvió a espetar Izan, solo que ahora con elevado y emotivo tono de voz. Tovar previó lo que estaba por suceder y se preparó para acompañar y proteger al chico, en lo que sería su carrera directa hacia la

sección de la casona en la cual, según sus visiones, estaría confinada la chica de los ojos grises.

– Eida, ve por el otro lado, asegura el lugar.

– Sí señor.

La agente corrió en dirección contraria de Izan y Tovar, al tanto que Ednar y Agenor se quedaron en la zona principal, absortos, pero al pendiente de cualquier otra situación inesperada.

– Mira – gritó Ednar, señalando un pared al fondo –; me parece que es la pintura que Izan ha visto en sus sueños; bueno, sus visiones.

– Justamente, Ednar; yo también la he visto, la pintura de un tal Jeremías R.

Ednar miró con extrañeza a Agenor y, luego, caminó con paso presuroso hasta la representación de arte que resaltaba a Osencia en sus, quizás, más esplendoroso años.

– Jeremías – dijo, con tono introspectivo.

– ¿Sucedde algo?

– ¿Qué posibilidades hay de que, justamente hoy, nos encontráramos con alguien de nombre Jeremías?

– ¿Qué quieres decir?

– El chico del pueblo que nos guio hasta aquí; su nombre era Jeremías.

Agenor enarcó las cejas y desorbitó sus ojos. Para él, bajo estas condiciones, no había espacio para coincidencias.

Por su lado, Izan y Tovar avanzaron rápidamente, pero con precaución, hasta alcanzar la puerta de la habitación donde Laia debía estar. Muy dentro de sí, el primordial de segundo nivel percibía su presencia, la escuchaba y se compenetraba. Las explicaciones de Regina, un tanto fantásticas, así como las revelaciones de Agenor, tomaron cabida en su mente, en medio del afán de su inconsciente por comprender la naturaleza y razón de todo.

– Con calma Izan, yo abriré.

Unos pasos resonaron tras de ellos, era Eida, que se aproximaba presurosa, afirmando que en la casa no había nadie, al menos del lado

que ella había cubierto.

– Pendiente, vamos a entrar.

Tovar hizo que Izan se colocara tras de él y, luego, sujetó el asidero de la cerradura, girándolo suavemente.

– ¿Lista?

– Sí señor – atendió Eida.

Abrió la puerta y, sobre la cama, en el sitio donde Izan esperaba encontrarla, en ese recinto maloliente y desvencijado; simplemente, como una escenificación de alguna de sus incontables visiones previas; Laia Versailles sucumbía, dormida o inconsciente. Ahí estaba, solitaria, la chica de la valla.

Izan no esperó instrucción alguna de Tovar para poder ingresar a la habitación, por el contrario, corrió desaforadamente hasta postrarse a los pies del viejo camastro. Laia estaba boca arriba, vestida de andrajos, tal cual antes él la había visto. Respiraba, lo que, en principio, era una muy buena señal; no obstante, lucía tan sucia, decrepita y descuidada, que a primera vista podría estar en no muy buenas condiciones físicas o de salud.

– Laia, Laia – repetía Izan, ante la absorta mirada de Tovar y Eida que, en resumidas cuentas, lucían abstraídos del escenario que presenciaban. – Despierta, estoy aquí; despierta.

Ednar y Agenor aparecieron y se contuvieron a la puerta del recinto, lo que vieron los sorprendió, no porque no lo desearan o esperaban, sino por el nivel de ansiedad que la incertidumbre les había provocado previamente. Saber que las dudas se disipaban y que Laia al fin había aparecido, por muy bueno que resultase, exigía algo de tiempo para discurrirlo. Así es la mente.

– ¿Está viva? – preguntó Agenor, con baja voz, aproximándose a Tovar.

– Sí, pero hay que llevarla a urgencia, se nota que está debilitada.

Agenor tragó en seco, miró a Ednar, con esa expresión de asombro y exacerbación que le había generado, frente a la pintura, la no coincidencia del nombre de Jeremías.

En eso, un suspiro emanado de lo más profundo de ese universo alterno en el que residen los que duermen, sueñan o sobreviven en la inconsciencia, se adueñó de la habitación. Como quien escapa de una elucubración mental escalofriante, Laia inhaló aire casi que para reventar

sus pulmones, incorporándose con ímpetu hasta mediana altura y cayendo nuevamente sobre el delgado colchón. Su súbito despertar sacudió el interior de todos, el ritmo cardíaco y la expresión facial de cada uno resultaron bruscamente alterados; y es que aún no habían escapado de la perplejidad, para ahora caer en el pavor.

– Laia, soy yo – insistió Izan, tratando de ocultar su consternación.

La chica, que progresivamente pudo controlar su respiración, paseó su mirada por la habitación para, finalmente, detenerse sobre el rostro del chico que ella también había visto y que, con el mayor detalle posible, había descrito en su diario.

– Eres tú.

Una lágrima brotó, la esperanza que casi se perdía, al fin se manifestaba. La chica de los ojos grises parecía ser salvada. Sin embargo, para ella las cosas no se limitaban simplemente a un rescate, su consciencia le hablaba de lo vivido, del cadalso padecido en manos de quien requería de sus capacidades y energía.

– ¿Lo viste?, ¿lo detuviste?

– ¿A quién?

– Al monstruo.

Izan tragó en seco y volteó a mirar a los demás antes de responderle, con sus ojos posados sobre esa mirada gris que, aunque ahora no luciera igual de radiante, antes le había conquistado.

– No, no lo hemos visto, ni a él ni al que te secuestró en el hotel.

– ¿Cuánto tiempo ha pasado?

– Como mes y medio.

Tovar se acercó, puso su mano sobre el hombro de Izan, observó a Laia, como quien rebusca estar seguro de lo que ve. Respiró hondo y optó por jugar el papel que le correspondía.

– Laia, mi nombre es Boris Tovar, detective a cargo de investigar su desaparición y... – hizo una pausa justo antes de decir supuesta muerte, lo que habría sido una infortunada expresión, dadas las circunstancias –; bueno, creo que ahora lo mejor es que la saquemos de aquí lo antes posible y la llevemos donde un médico, estará de acuerdo en que no luce

para nada bien, ¿verdad?

– No como la chica del anuncio publicitario, ¿verdad? – articuló Laia, dibujando una sonrisa que, por segundos, pareció erradicar de su humanidad, cualquier vestigio de su maltrecha realidad.

– Ven, te ayudaré a levantarte.

Así, Izan, que moría de ganas de abrazarla, pero que aún no tomaba el valor para hacerlo, le ayudó a incorporarse pausadamente. Tovar, al tanto, se acercó a Eida y expuso lo que serían los siguientes pasos a seguir: salir de ahí, solicitar refuerzos para tomar control del lugar, llevar a Laia un centro médico y retomar la investigación, incluso, con los contactos internacionales; evidentemente, había que desbaratar las conexiones y desnudar la incómoda verdad que, para varios países, representaría el saber que habían estado enterrado muertos no correspondientes y que, la desaparecida número uno, seguía siendo buscada infructuosamente. Eida, en seguida, con el teléfono satelital, procedió con el llamado y envío de las coordenadas precisas de Osencia. El grupo, entonces, se encaminó a salir del lóbrego lugar. Izan y Tovar, servían de soportes para el lento andar de una maltrecha Laia, que vería la luz de sol por primera vez en muchas semanas. A poco del umbral de la vieja casona, una sonrisa de satisfacción se dibujó en su rostro; clara manifestación de esa sensación indiscutible que sobre el espíritu, la mente o la consciencia genera la percepción de la libertad, por muy exigua que pueda parecer.

Ya estando todos fuera, salvo Agenor, que se detuvo bajo el marco de la puerta, una brisa congelante les golpeó la piel, penetrándoles casi hasta los huesos. Y tras el mugir del viento, un sonido que simulaba una ininteligible voz, horadó sus oídos con vehemencia. Para nadie había espacio para un ápice más de estupor, sin embargo, lo que en principio debía ser una salida poco compleja: volver por ese camino, tomar el vehículo y alejarse; amenazaba morir en su propia simplicidad.

– Ya me parecía demasiado fácil – gritó Agenor, claramente abrumado. – Como antes les dije, es un espejismo.

– Juegos mentales – concedió Laia, con debilitada voz.

– Quieren hablar claro de una buena vez.

Osencia, en su conjunto, se remeció con fiereza mientras la casona crujía y empezaba a desbaratarse en miles de pedazos. Agenor logró apartarse a tiempo; todos corrieron en lo que el temblor se los permitía. La desvencijada estructura se resquebrajó sobre sí misma, sucumbiendo bajo una nube de polvo y escombros. Y, al tiempo que el desastre los copaba, otro ruido hizo aparición; era el de unos pasos, pero no los de un ser

humano, sino los de otra cosa, una capaz de mover la tierra bajo los pies de cada uno.

Capítulo 16

- XVI -

MONSTRUO

Andra estaba sola, tomando un té caliente en su cocina, al tanto que leía un artículo de neurociología. Si había algo que le encantaba hacer, era estar al corriente de cualquier novedad en el campo de las ciencias del estudio del comportamiento humano; y es que detestaba sobremanera, que su ejercicio profesional fuera tachado como pseudociencia o charlatanería; consciente estaba que, en el contexto social local, el entendimiento de lo que va más allá de lo evidente, está reservado para muy pocos. Le faltaban un par de párrafos para terminar cuando su mente la sustrajo del texto y la trasladó a una borrosa y algo ruidosa imagen, en la que sobresalía la voz de Izan Bustamante. Percibió una clase de llamado, una comunicación cuasi telepática, pues no tenía coherencia, sino bruma e inconsistencia. Abandonó la lectura y la taza de té. Corrió hacia su despacho, requería de silencio y de un contexto más sombrío para tratar de dilucidar lo que se proyectaba en su mente. Cerró las ventanas, soltó las cortinas y se detuvo justo en el centro, con los ojos cerrados, respirando profundamente, buscando concentración, enfocándose en esa extraviada manifestación sonora que le atribuía a la mente de Izan, tratando de comunicarse con ella.

En Osencia, la situación resultaba confusa y en extremo peligrosa. Instantes previos a que Izan enfocara su potencial en lograr algún contacto con su hipnoterapeuta, todos fueron testigos de un fenómeno de naturaleza extraordinaria. Aquel ruido estrepitoso que simulaba los pasos de aproximación de alguna rara manifestación y que sacudía el piso con cada estruendo, dio paso, en medio del polvoriento panorama dejado por el derrumbe, a un ráfaga de tonalidad blanco celeste que se levantaba del suelo, dibujando un arco en el aire y dejando una estela brillante, hasta caer nuevamente, golpeado con firmeza la tierra, sacudiéndolo todo y levantando más polvo.

Absortos, sumidos en un escenario que no daba espacio para cavilar posibilidad o idea alguna, los seis pares de ojos simplemente se aferraban a su propia existencia, en la medida que aquella cosa se acercaba invariablemente. Un "es él" brotó de la débil humanidad de Laia, cuya extenuada mirada reflejaba el movimiento de la ráfaga que, ahora, parecía lanzar un soplo con cada ruidosa emanación.

Un mero acto reflejo se generalizó ante lo irremediable; sus temblorosos cuerpos se arquearon, brazos y manos extendidas, cubriendo sus rostros. Sencillamente, parecía que cada uno había aceptado que no era más que el final; sin embargo, el avance de aquella manifestación se contuvo, el

ruido mermó y las sacudidas terminaron. Algunos segundos después, el entorno era dominado por un ruido eléctrico estable y penetrante. Ya conscientes de que seguían ahí, tal cual; levantaron su miradas y se encontraron con una silueta de unos 3 metros o más de estatura, traslúcida, de tonalidad azulada; contextura humanoide, con las extremidades más alargadas de lo usual. Aquel ser viviente, de naturaleza inconcebible, los observó con detenimiento, uno por uno, al tanto que liberaba un gruñido similar al de un perro rabioso. Postró su atención sobre Agenor, claramente airado, y, luego de algunos segundos, lo hizo sobre Izan, aún con más furia que la previamente exhibida.

– ¡Maldito primordial! – enfatizó, con grueso, imponente y un tanto distorsionado tono de voz.

Empezó a movilizarse lentamente, con dirección hacia Izan, quien aún se mantenía perplejo, incapaz de comprender algo del contexto en el que estaba inmerso. Tovar, cuya condición, destreza y entrenamiento lo diferenciaban y exigían más y mejor capacidad de respuesta ante circunstancias inesperadas, dispuso atacar en lo que sus posibilidades se lo permitieran.

– ¡No! – gritó Agenor, que se había percatado de las pretensiones del detective.

Pero el llamado no tendría el mismo efecto sobre Eida, que al ver que su superior se disponía a disparar sobre aquella cosa, recuperó su arma, apuntó y descargó varias detonaciones que aterrizaron directamente en la silueta y la atravesaron como si de una nube de gases se tratara. La reacción del monstruo fue inmediata. Volteó su negra, brillante y aterradora mirada hacia el punto de procedencia de las descargas, postrándose por escasos instantes sobre los ojos de una perpleja y atemorizada oficial de policía que sucumbía ante lo extraordinario.

– ¿Quieres jugar con lo que no entiendes, pequeña cosa?

Y levantó su brazo izquierdo en dirección a Eida, extendiendo cuatro dedos, deformes y demasiado largos para el tamaño de la palma de sus manos. Habiendo hecho esto, despidió una descarga luminosa, serpenteante y continua, que golpeó sobre el cuerpo de la mujer y la lanzó por los aires a unos 10 metros de distancia. Su nombre retumbó, eran Ednar y Tovar, que, aterrados como el resto, la llamaban, imaginando lo peor.

– ¡Detente! – espetó Agenor, más por reacción que por razón.

– ¿Detenerme?, ¿qué te has creído?

El monstruo se desplazó rápidamente hasta poco más de dos metros de Agenor, encorvó su cuerpo y posó su mirada sobre los ojos marrones de quien, hasta hace poco, era la figura de temer número uno para el universo de Izan. El chico, claramente absorto por lo que acontecía, indagaba en su mente, escudriñaba entre la tamaña cantidad de información que había intentado procesar desde que se involucró en la supuesta muerte y desaparición de su chica de la valla. Y, justo cuando comprendió que aquella rara manifestación se disponía a someter al hombre de marrón, una idea se agitó en su consciencia, al tanto que miraba a Laia, apoyada en el suelo, con la vida discurriendo de su cuerpo.

En eso, la cosa lanzó su descarga luminosa sobre Agenor, sin embargo, el resultado ahora no sería el mismo. El hombre de marrón levantó su mano derecha y, tal cual se lo hizo saber a Izan en la azotea de Ferex, puso en práctica su capacidad de absorber energía.

– ¿Qué tanto crees que podrás soportar, primordial?

Ednar encontró el cuerpo de Eida, sin sentido, tal vez muerta; no estaba seguro. Tovar, por su lado, seguía embarcado en dilucidar algo que ayudara a contribuir a proteger al trío de seres especiales que lucían amenazados por aquella cosa sin sentido, aparecida de quien sabe dónde. Izan, en tanto, definió que necesitaría de alguien que le dijera algo más que lo que sus intentonas por cavilar y concretar le aportaban; y sería Andra la que empezaría a escuchar su voz desesperada, en un contexto borroso y desconcertante.

– Lo que sea necesario – respondió Agenor, tratando de lucir firme y con posibilidades de resistencia.

El monstruo sonrió, y lo hizo de manera espantosa, extendiendo las comisuras de su boca hasta casi debajo de sus largas orejas y mostrando una dentadura grisácea y borrosa que contrastaba con la consistencia de su silueta.

– ¿Qué demonios eres?

Lo tomó por el cuello con su otra mano y lo lanzó casi a los pies de Izan. Volteó la mirada hacia un Tovar impotente y estupefacto, incapaz de responder y de comprender. Le explayó la misma sonrisa, espeluznante y angustiada.

– Ve a ver tu amiga, antes de que muera.

Tovar giró levemente hacia donde Ednar y Eida estaban y aceptó que, al menos por ahora, el escenario lo restaba. Entonces, la cosa se desplazó rápidamente hasta Izan y, con mirada penetrante, intentó ver más allá, detrás de esos ojos que delataban una combinación de sensaciones que

con infamia, carcomían su interior y sus posibilidades.

– Primordial... Primordial... Primordial – le reiteró, con tono irónico, mientras movía su cabeza en son de negación.

Mutó. Asombrosamente, la manifestación inverosímil que resultaba aquella cosa, se fue reduciendo en la medida que se aproximaba mucho más a Izan; y lo hizo hasta materializarse en un hombre de unos 2 metros de estatura, contextura atlética con músculos marcados perfectamente; ojos verde azulados, piel caucásica, como si de un papel se tratara; cabellos rubios, lacios y largos, hasta los hombros. La espantosa cosa ahora lucía como esa personificación de la inalcanzable perfección de la naturaleza humana, tal cual la conciben los ojos de su propia especie.

Y no solamente era él, el hombre rubio y su cuerpo desnudo el que había alterado el contexto, lo era todo; el cielo, el entorno, el suelo, el aire, la luz, la temperatura; el cese del ruido eléctrico. Osencia, a excepción de la arrasada estructura, parecía haber vuelto a la normalidad; o bien, lo que pudiera interpretarse como tal.

– Izan, un primordial de segundo nivel; ¿quién lo creería?

El chico quería articular algo, pero no sabía ni qué ni cómo. Su garganta parecía mantener un nudo, su mente, por su lado, buscaba a Andra y le parecía escucharla, pero no con la suficiente ni necesaria claridad.

– Estás confundido... Pobre chico... ¿Crees que es amor? ¿De veras, allá dentro – y le puso el dedo en la frente – sientes amor por Laia?

Izan, nuevamente, intentó decir algo; no obstante, parecía un esfuerzo de resultado irremediable; solo la ira en su ojos tomó preponderancia.

– Aun no comprendes nada, ni lo que eres, ni lo que es ella. No hay cabida para vagas manifestaciones sentimentales, Izan.

– ¿Qué eres? – al fin pudo decir, con entrecortada voz.

– Una pesadilla, Izan... Tú pesadilla; la de ella, la de él – señaló a Agenor, en el suelo, aun recuperándose de la estrepitosa lanzada por los aires –; soy tu monstruo, tu nivelador; y ustedes son mi alimento.

No dio tiempo para más, lo tomó por el cuello y lo levantó casi sin hacer esfuerzo. Unos disparos resonaron; Tovar había optado por retomar su posición y confrontar a la cosa que ahora no era un silueta traslúcida, sino un cuerpo humano que debería contar con la natural debilidad de sufrir daño; sin embargo, dicha concepción no formaba parte de sus características; al contrario de lo esperado, la balas se incrustarían sobre una especie de aura protectora que resaltaba en tono azulado con cada

impacto, causando que los proyectiles cayeran al suelo.

– No sé de dónde saliste, muchacho, pero no serás tú el que impida que consuma mi cometido.

– ¡Izan! – gritó Agenor, ya vuelto en sí.

Laia, que se mantenía en el suelo, inmóvil, reducida en fuerzas y posibilidades, con los ojos llorosos, incapaz de hacer más que ver, padecer y retorcerse en su interior; en un soplo de reivindicación, apeló en su consciencia, a esa compenetración que había guiado a Izan a encontrarla. Comprendía que tal nivel de conexión debía servir para algo más que el descubrirse y, simplemente, verse morir. Y la vio; a Andra, tratando de orientar a Izan, en tan insospechadas condiciones. Y también percibió a Agenor, buscando entrar en la mente del chico, pretendiendo incidir en su protección y defensa. Fue justo en ese momento cuando los 3 dedujeron que debían actuar como uno solo, si es que acaso querían contar con alguna posibilidad de detener o librarse de aquel monstruo.

En medio de esa reconfiguración de mentes, Izan padecía con dolor la embestida que por el cuello, ya amenazaba con cortarle la respiración y la circulación. La cosa contaba, invariablemente, con la fuerza y facilidad de romperse sin más, pero, igualmente, contaba con esa necesidad de satisfacción e imponencia que solo le brindaría el aplicar el daño pausadamente, a fin de apreciar cada detalle del sufrimiento. El camino hacia el inexorable final.

Lo que el monstruo no sabía era que dentro, en la consciencia de Izan, la hipnoterapeuta, abrumada, sintiendo como propio lo horroroso de los acontecimientos, trataba de apaciguar la desesperación y canalizar la fuerza mental del Izan hacia un solo fin; el que Agenor afirmaba era el único camino.

– Concéntrate, Izan. Debes hacerlo. Olvida el dolor.

Pretensión infundada, tal vez, tomando en cuenta que el chico sentía que la presión en su cuello estaba a punto de dislocarle las vértebras cervicales. Más no era solo ella, Agenor le llevaba a recordar su leve experiencia en la azotea de la galería de arte, donde supo, por primera, lo que era, significaba y podía representar el “absorber”.

Sin embargo, no sería hasta escuchar y sentir a Laia en su mente, que concebiría con un atisbo de firmeza, su origen primordial.

– No te rindas, Izan; no ahora. Lograste encontrarme, me has liberado. Este no ha de ser el final para ninguno de los dos.

Agenor se incorporó hasta donde pudo, un dolor agudo al costado izquierdo le revelaba que, el aventón sufrido, le había dejado más de una costilla rota. Pero pudo llegar hasta donde necesitaba. Así, emulando lo acaecido en Ferex, sujetó a Izan por uno de los tobillos y le proporcionó el último impulso que el chico, ya más consciente de lo que debía hacer, y en medio del dolor, necesitaba para combatir contra su impensado y poderoso contrincante.

Izan reguló su ira y dolor; los hizo transmutar en una infalible conciencia amplificada. Su mente ya no estaba en su cabeza, al contrario, estaba en cada resquicio de su humanidad. Él podía controlar lo que quisiera de sí mismo, a su antojo y posibilidad; y convirtió su cuerpo, como si de un experimentado primordial se tratara, en receptor ineludible de la energía de su derredor. Y más que eso, su cuello y sus manos, con las que había intentado, infructuosamente, de librarse de la presión que le ejercía aquel monstruo que lucía como el hombre más hermoso e inimaginable del mundo; también hicieron lo propio, absorbiendo de la cosa, parte de su inmedible potencial.

El monstruo se percató que, ese inocente y débil primordial de segundo nivel, había variado; pero lo entendería demasiado tarde. Izan sintió que la acumulación de energía en su ser se elevaba rápida y, tal vez, peligrosamente. Andra le advertía que debía regular, Agenor le inducía recanalizar y Laia a contraatacar. “¡Sí!, contraatacar”, pensó y determinó en cuestión de segundos.

Entonces, Izan movió sus manos hasta la mitad del antebrazo del monstruo, al tiempo que sentía más presión en su cuello, señal de que la cosa se disponía a terminar su ataque. Recanalizó, atendiendo a la recomendación del hombre de marrón, e incrementó la resistencia de sus músculos y huesos del cuello, exigiendo aún más fuerza de parte de su atacante, para romperlos y asesinarle, reduciendo drásticamente el dolor; reguló la incidencia de la absorción y ejecutó su contraataque. Sus manos lanzarían un destello luminoso, similar al que la cosa había arrojado sobre Eida y Agenor minutos atrás. El destello se concentraría en el antebrazo y obligaría al nivelador a expeler un aullido de dolor. La energía liberada por la acción de Izan, carcomería la piel, músculos y huesos del monstruos, hasta convertirlos en nada.

Estupefacto, emitiendo gemidos por el dolor, perturbado y airado, retrocedería algunos pasos, al tiempo que Izan caía en cuclillas, respirando profundo, quitándose la mano y el resto del antebrazo que se quedaron sujetos a su cuello. La escena irradiaba espanto y consternación, no obstante, representaba el momento preciso para reconfigurar el balance definitivo de la confrontación. Y Tovar lo haría antes que cualquiera.

Cuando la descarga de energía de Izan partió en dos la extremidad del monstruo, el detective notó lo que ningún otro; la tonalidad de los cabos cauterizados era muy parecida a lo que él ya había presenciado en su experiencia. El color, la textura, la forma en que se recogía la piel y se calcinaba, le demostraba que ahora había un cuerpo que podría ser herido. No obstante, mientras Tovar definía, el monstruo también lo hacía. Teniendo comprendido que el chico se había hecho más fuerte, que ahora era de temer; y viendo lo que le había provocado; levantó su otro brazo, claramente dispuesto a lanzar una letal acometida a un Izan que, aún inclinado sobre el suelo, trataba de recuperarse, no solo de la presión sufrida en su cuello, sino del esfuerzo mental y físico que le representó actuar como lo haría un verdadero primordial.

Agenor también lo percibió. La asestada final era inminente. Dirigió, por fugaces instantes, su mirada a Laia. La chica de ojos grises parecía no poder más. Le obsequió una rara sonrisa y una gesticulación un tanto ininteligible, pero que se aclararía con un soplo de pensamiento en medio de esa conexión mental dentro de Izan que, a la postre, ya amenazaba con desvanecerse. Aquellos segundos fueron suficientes y, justo cuando la cosa, el nivelador o el monstruo; explayando inmedible furia sobre su rostro y mirada, liberaba el destello que debía cercenar la vida de Izan; el hombre de marrón, con hidalguía, aún con el profundo dolor que de sus costillas se desprendía, se incorporaría lo necesario para ubicarse por delante de Izan, precisamente cuando la descarga de energía les alcanzaba.

Mientras esto sucedía, Tovar haría lo propio. Sagazmente, apuntó y descargó lo que le quedaba en su pistola, provocando que el cuerpo del monstruo se sacudiera con cada impacto, despidiendo salpicaduras de sangre y desparramándose como pesado fardo en el suelo. Sin embargo, el embate no sería lo suficientemente propicio ni a tiempo, como para evitar las consecuencias de una liberación de energía desmedida e imposible de absorber con tan poco tiempo.

El silencio cundió. Por leves momentos, cada quien se ocupó de observar si, realmente, el monstruo había caído por los disparos o si debían esperar otro tipo de manifestación. Izan, abrumado por lo que acaba de acontecer y en medio de su aún maltrecha condición, se aligeró a verificar el estado de Agenor, llamándolo con insistencia y sin recibir respuesta; por su parte, Tovar, con la respiración algo agitada, claramente abrumado, recargó su arma y, haciendo ademanes a los demás, para que se mantuvieran en sus posiciones o se alejaran más, si podían; se aproximó hasta la cosa, pretendiendo verificar si vivía o moría.

Ahí estaba, reducido, inmóvil, sin aparente respiración; inerte a primera vista.

– No sé qué eres, pero no esperaré a entenderlo.

Una última detonación opacaría el silencio. La bala del cañón de Tovar se alojaría, inclemente, sobre el ceño del monstruo. Lo que vería a continuación alteraría aún más su ya maltrecha concepción de la realidad, para siempre.

Los cabellos rubios desaparecerían; igual lo harían esos ojos verde azulado. La perfecta contextura atlética de dos metros de longitud, se extinguiría. Todo se alteraría, para dar paso a una insospechada y perturbadora revelación. El cuerpo de un chico de unos 16 años, inerte, tendido sobre el suelo, horadado por los disparos de Tovar, generaría una convulsión de desconcierto; una combinación de sensaciones capaz de desbaratar en millones de pedazos, la fortaleza mental de cualquiera.

Tovar se postró ante Jeremías, con temblorosos labios y llorosos ojos. Izan, que luego de escuchar las últimas palabras esbozadas por la genuina y enigmática humanidad del hombre de marrón, se aproximó de forma prudente, solo para ser partícipe del develamiento de lo que, parecía ser, la naturaleza real del monstruo.

– Jeremías – articuló, con voz entrecortada y tono apabullado, al tanto que su mente lo trasladaba a esa pintura en el salón de la desaparecida casona. – No puede ser. Esto no es posible.

Tovar levantó su mirada y la dirigió a Izan, con inmedible pavor.

– Entonces, ¿él era esa cosa?

El chico no dijo nada, ni siquiera gesticuló; de ninguna forma podría dar respuesta a semejante sinsentido. Tovar se incorporó y, como un ejercicio de autoflagelación, detuvo su mirada sobre Jeremías, mientras lágrimas de desavenencia le recorrían el rostro. Izan volteó su rostro hacia Laia, quien, increíblemente, lucía bastante renovada. Los harapos que la vestían se relegaban al plano de la imperceptibilidad ante su flamante y restaurado brillo. Izan no podía creer lo que veía; los ojos grises vivían y brillaban como en la valla publicitaria. Seguido, observó a Agenor y comprendió lo que el hombre de marrón había hecho. “Nos salvó a ambos”, concluyó, justamente cuando Laia, al fin, le abrazaba con fuerza, sin articular palabra alguna; era solo el calor y la sensación de conexión que entre los dos siempre pareció existir.

Más allá, Ednar, su entrañable compañero, los miraba, con sentimientos de satisfacción por la derrota del monstruo, pero con terribles contradicciones; a sus pies yacía Eida, quien no pudo soportar por mucho tiempo las consecuencias del ataque sufrido. Y aún más allá, desde su recinto privado, Andra, testigo y partícipe sustancial y poco convencional de los sucesos, comprendía y compartía cada sensación; nunca en su vida

había sentido y participado de tal nivel de vinculación con otras mentes.

Así, los eventos que se habían desarrollado en tan poca fracción de tiempo, parecían no tener cabida en las cavilaciones de ninguno. La certeza de los hechos buscaba escudarse tras la sombra de las dudas y de lo inverosímil. Desde lo más alto, el panorama de Osencia se circunscribía a la sinrazón; eran solamente ellos 4 ahora, inmersos en una realidad que parecía fantasía; dominada por la muerte y la destrucción.

Capítulo 17

- XVII -

BAJO UN SOL RADIANTE

Las noticias de la aparición viva de Laia Versalles y el descubrimiento, gracias a la pericia del detective Tovar y su nada convencional equipo, de una cadena internacional de desapariciones y homicidios de mujeres jóvenes; se hicieron eco de los noticieros y medios de comunicación en casi todo el mundo. El rostro de Scott Dolande, entrando y saliendo de los países involucrados, con variedad de pasaportes y alias distintos y en las fechas previas y posteriores a las desapariciones; desató una cacería infernal liderada por INTERPOL y por las agencias de inteligencia de cada país; pero sin resultados positivos. El ahora sospechoso número uno, pasaría a la historia sin aportar mucho a las deliberaciones y juicios del resto de los envueltos en la maraña de casos de desapariciones y homicidios. El mundo seguiría sin conocer detalles sobre sus actividades, posibles colaboradores, motivaciones, objetivos y, más que todo, procedencia.

Tovar, agobiado por los resultados del operativo de rescate de Laia, estuvo a punto de declararse culpable de la muerte de Jeremías, en el extenso y casi que novelesco informe que tuvo redactar, lleno de artilugios para explicar una historia medianamente verídica; sin embargo, no lo hizo así, porque, ante lo acontecido, todos estuvieron convencidos de que habían sido víctimas del juego mental de un ente poderoso, tal vez un Primordial con capacidades superiores e inmedibles, que se había arrogado la potestad de valer su dominio sobre el resto, manteniendo alguna clase de orden superior que considerara preciso o necesario, de acuerdo a su concepción del universo; una entidad que, por alguna razón desconocida, se manifestaba en el físico de un chico, ahora muerto. Así, lo mejor, definido entre Tovar y sus nuevos amigos, sería resaltar el valor heroico de los caídos y, desdichadamente, proyectar la maldad en la personalidad de Jeremías, quien, para los detalles del complicado caso, sería uno de los colaboradores de Dolande, más aún, al no determinársele familiar ni ascendencia definitiva alguna, aunado al hecho de ser un total desconocido para los habitantes del poblado, el cual no se caracterizaba por su hospitalidad. Así como de anómalos resultaron los hechos y la casona, no muy lejos se vislumbraba el entorno de Osencia como tal; una comunidad merecedora de algún estudio de carácter sociológico.

El informe de Tovar adaptó la historia lo mejor posible; incluso, planteó la presencia de un atacante que, seguramente, debía ser Dolande u otro de sus colaboradores, el cual, con un aparato o arma no identificada ni recuperada, atacó a Agenor Colmenares y luego a la oficial Eida, pero dando el tiempo para que esta descargara varios disparos que acabaron

sobre el cuerpo de Jeremías, que estaba ubicado en una posición de fuego cruzado. La confusión generada por el derrumbe de la casa, el enfrentamiento y las consecuencias fatales, dieron paso a la imposibilidad de capturar al atacante. Ciertamente, Tovar se enfrentó a un escenario difícil ante sus superiores, no solo por el operativo en sí, sino por haber involucrado civiles en el mismo; no obstante, la proyección que logró la fuerza policial a nivel local e internacional, así como la opinión pública a favor del detective, frenaron sanciones de mayor peso; una suspensión temporal del trabajo de campo por un par de meses y unas vacaciones obligatorias, sellarían el caso de la desaparición de Laia Versalles, aunque se mantendría abierta la puerta a colaborar en la búsqueda mundial de Scott Dolande,

Al poco tiempo de los acontecimientos en Osencia, muchas cosas habían cambiado. Laia había vuelto a San Eustaquio, con toda la emoción e impacto social que tal reaparición representó. Y qué decir de Regina, que con una eminencia casi que majestuosa, agradecería por toda la eternidad a Izan, por haber resultado en la pista y agente principal para encontrar a su nieta. En medio de sus creencias, la dama resultó ser la más clara fuente primaria de datos, para que Izan se impulsara a descubrirse a sí mismo; un Izan que ahora estaba más claro en su naturaleza, así como en su compenetración y vínculo con Laia; algo que iba más allá de lo que él comprendía, en un principio, como amor. Ednar tampoco era el mismo, su visión sobre la vida, la muerte, las prioridades y proyecciones se modificó radicalmente. Y Andra, que a pesar de su avanzada comprensión de lo no singular, se sumergió en una nueva y fascinante revelación, ahora al corriente de la existencia de los Primordiales. Indudablemente, la concepción del mundo y de la realidad se había transformado para todos.

Seis meses después de los sucesos en Osencia; Laia, Izan, Ednar y una nueva, pero formal novia, compartían una semana en un hotel de playa del pacífico tropical, bajo un sol radiante. Los Primordiales intentaban algo más allá del hecho de esa compenetración intrínseca, pretendiendo dar vida a una relación sentimental. Un reto que, progresivamente, debería ir superándose a sí mismo, como Andra se los había dado por sentado; cuando, tomando como base lo que pudo asimilar de la conexión mental del trio de Primordiales durante la confrontación con el monstruo, así como lo contenido en la memoria micro SD que Izan le proporcionó; dilucidó algunas nociones relacionadas a las capacidades, cualidades y particularidades de estos humanos especiales y lo dificultoso que puede resultar ir en pos de relaciones interpersonales entre seres con atributos nada convencionales y con tan elevado nivel de compenetración; máxime siendo uno el consecuente, por nivel, del otro. No obstante, Izan y Laia se arriesgarían, irían tras esa infracción a los cánones de su estirpe.

A pesar de la documentación histórica, datos, apuntes, registros, árboles genealógicos y demás antecedentes y fundamentos entregados por Agenor, la comprensión global del fenómeno no quedaba del todo clara.

Explicar la procedencia resultaba casi en retroceder a la edad antigua, con información poco precisa y hasta de carácter fantástico en ciertas fuentes; el contexto de la compenetración y la capacidad de comunicación mental entre dichos seres, no tenía mayor explicación, más que su existencia per sé. En fin, ser Primordial se limitaba al contar con esa peculiaridad, calificada en distintos momentos de la historia, como un don, bendición, manifestación diabólica o celestial, derecho, maldición, enfermedad o capacidad especial. Sin embargo, lo que si quedaba del todo claro es que, como Primordial, se puede llevar una vida tan normal como la de cualquiera, o tan especial como su naturaleza lo demande, aprovechando la energía absorbible para ir más allá de lo estrictamente humano.

Izan y Laia eran eso, una nueva manifestación de la concepción Primordial, tal vez, la consecuente excepción de toda regla. Y así como ellos, otros, de antes y de ahora, buscan, como todo ser humano, ir más allá de lo posible y lo probable; y hacen lo que sea eminentemente necesario para conseguirlo.

En Edimburgo de los Siete Mares, la ciudad más alejada de planeta, en el medio del atlántico sur, bajo un sol radiante, luego de un viaje de 6 días, en el puerto de Calshot, el único de la isla de Tristán de Acuña, atracaba un ferry proveniente de Ciudad del Cabo. De él, como último pasajero, bajaría el hombre más buscado, solo que con una apariencia totalmente diferente. Luego de detenerse unos instantes a apreciar la majestuosidad del Pico de la Reina María, caminaría hasta un auto un poco viejo, que lo trasladaría con destino al extremo sur del asentamiento. Allí, a las puertas de una residencia nada desconocida, lo recibiría un infante, de no más de 10 años, que, a carrera, con desbordante alegría, se aproximaría gritando "papá", una y otra vez, hasta imprimir un fuerte abrazo sobre la figura de ese hombre, de ojos verde azulados y cabellos rubios. Desde esa posición, inclinado, recibiendo tan enérgica manifestación de amor, observó esa espléndida réplica de Osencia; su casa, desde siempre y hasta tanto pudiere. Porque existen fuerzas de las que hay que hacerse parte, comprenderlas y asimilarlas, antes de tan siquiera suponerse con la capacidad de confrontarlas.

FIN